EL PALMA

DE LA

JUVENTUD

Selección de tradiciones y poesías, aumentada con diversos escritos que hasta la fecha no habían aparecido en volúmen.

La obra va ilustrada con reproducciones de las acuarelas del popular pintor criollo Pancho Fierro, pertenecientes a la colección que formó don Ricardo Palma.

LIBRERÍA FRANCESA Y CASA EDITORIAL
E. ROSAY
Calle de la Merced, (Unión) 632 y 634
LIMA—1921

CONSEJAS TRADICIONALES

PRELUDIO

Recuerdo que, cuando yo vestía mameluco y calzón con rodilleras, asistía a la tertulia nocturna de una señora más vieja que el escupir, con más arrugas que alma de escribano y más fea que el pecado gordo, la cual congregaba alrededor de su sillón a toda la lechigada del barrio. La buena anciana, con sus gafas relucientes y su gatazo negro sobre la falda de anafaya ,tenía la magia de embelesarnos, refiriéndonos consejas de brujas, duendes, diablos, milagros y aparecidos, y hacíalo con tanto donaire, que a los granujas o mataperros que la oíamos sin pestañear ni perder sílaba nos corrían letanías por el cuerpo, y, al dormir, nos acometían pesadillas y malos sueños.

Ogaño que comienzo a hacerme viejo
y a vivir de recuerdos, de esos días
de infantiles, fugaces alegrías
he pedido a mi espíritu un reflejo.

Pobre tiempo el actual! Las criaturas
no creen en maravillas, ni los muertos
salen ya de sus bóvedas obscuras
tornando los osarios en desiertos,
que a dar, como antes, a los vivos guerra
los difuntos no vienen a la tierra.

Ya ni aquende ni allende
(esta monotonía causa tedio)
se halla para remedio
una bruja ni un duende....

Vamos! Si esto da grima al más camueso.
No hay cosa más prosaica que el progreso.

En este siglo, siglo volteriano
y de indirectas a lo padre Cobos,
palpar queremos todo con la mano
y eso de milagritos.... ¡a los bobos!

Mucho cuento es, pardiez, el libre exámen;
hoy, mediante un científico dictámen,
niños no somos ya zangolotinos
que comulgan con ruedas de molinos.

Y aun los santos misterios que decantan
libros sagrados y conciencias muchas
son enormes, solemnes paparruchas
que se nos atragantan.

Nada nos maravilla ni conmueve
y lo que es misterioso ya no se usa.
La fe sucumbe, la razón impera;
Dios te bendiga, siglo diecinueve,
en que cualquier pelón de mamadera
nace, no como quiera,
sino con ciencia infusa.

Y después de esta tirada de rengloncitos desiguales, que no osaré jurar que sean versos, diréte, lector, que nuestra narradora sabía al dedillo la vida y milagros de la tucumana Angela Carranza,

y la historia del coche de Zavala, y la leyenda del alma de Gaspar, y......

Aquí llegaba mi pluma cuando una cabecita picaruela en cuyos ojos miro yo las niñas de los míos, como diría Trueba, me dice, reclinándose en mi hombro:

— Cuéntame alguno de esos cuentos.

— ¿Eso quieres, emperatriz del mundo y sus alrededores?

¡Dios de Dios! No hay forma de negarse al deseo formulado por una boquita pedigüeña y de repicapunto.

Allá van, pues, sin más preámbulo, estas páginas, zurcidas con reminiscencias de la infancia y datos que la afición a estudios históricos me ha proporcionado después.

LA MISA NEGRA.

CUENTO DE LA ABUELITA

(A mis retoños Clemente y Angélica Palma)

Vé y cómprame un pañuelo
para la baba:
en la tienda del frente
los hay de a vara.
(*Popular*)

Erase lo que era. El aire para las aves, el agua para los peces, el fuego para los malos, la tierra para los buenos, y la gloria para los mejores; y los mejores son ustedes, angelitos de mi coro, a quienes su Divina Majestad haga santos y sin vigilia.

Pues, hijitos, en 1802 cuando mandaba Avilés, que era un virrey tan bueno como el bizcocho caliente, alcancé a conocer a la madre de San Diego. Muchas veces me encontré con ella en la misa de nueve, en Santo Domingo, y era un encanto verla tan contrita, y cómo se iba *elevada*, que parecía que no pisaba la tierra, hasta el comulgatorio. Por bienaventurada la tuve; pero ahí verán ustedes cómo todo ello no era sino arte, y trapacería y embolismo del demonio. Persígnense, niños, para espantar al Maligno.

Ña San Diego, más que menos, tendría entonces unos cincuenta años e iba de casa en casa curando enfermos y recibiendo por esta caridad

sus limosnitas. Ella no usaba remedios de botica, sino reliquias y oraciones, y con poner la correa de su hábito sobre la boca del estómago, quitaba como con la mano el más rebelde cólico *miserere*. A mí me sanó de un dolor de muelas con sólo ponerse una hora en oración mental y aplicarme a la cara un huesecito, no sé si de San Fausto, San Saturnino, San Teófilo, San Julián, San Adriano o San Sebastián, que de los huesos de tales santos envió el Papa un cargamento de regalo a la catedral de Lima. Pregúntenselo ustedes, cuando sean grandes, al señor arzobispo o al canónigo Cucaracha, que no me dejarán por mentirosa. No fué, pues, la beata quien me sanó, sino el demonio, Dios me lo perdone, que si pequé fué por ignorancia. Hagan la cruz bien hecha, sin *apuñuscar* los dedos, y vuelvan a persignarse, angelitos del Señor.

Ella vivía, me parece que la estuviera viendo, en un cuartito del callejón de la Toma, como quien va para los baños de la Luna, torciendo a mano derecha.

Cuando más embaucada estaba la gente de Lima con la beatitud de *ña* San Diego, la Inquisición se puso ojo con ella y a seguirla la pista. Un señor inquisidor, que era un santo varón sin más hiel que la paloma y a quien conocí y traté como a mis manos, recibió la comisión de ponerse en aguaite un sábado por la noche, y a eso de las doce, ¿qué dirán ustedes que vió? A la San Diego, hijos, a la San Diego, que convertida en lechuza salió volando por la ventana del cuarto. ¡Ave María Purísima!

Cuando al otro día fué ella, muy oronda y como quien no ha roto un plato, a Santo Domingo, para reconciliarse con el padre Bustamante, que era un pico de oro como predicador, ya la esperaba

en la plazuela la calesita verde de la Inquisición. ¡Dios nos libre y nos defienda!

Yo era muchacha del barrio, y me consta, y lo diré hasta en la hora de la muerte, que cuando registraron el cuarto de la San Diego halló el Santo Oficio de la Inquisición, encerrados en una alacena, un conejo ciego, una piedra imán con cabellos rubios envueltos en ella, un muñequito cubierto de alfileres, un alacrán disecado, un rabo de lagartija, una chancleta que dijeron ser de la reina Sabá, y ¡Jesús me ampare! una olla con aceite de lombrices para untarse el cuerpo y que le salieran plumas a la muy bruja para remontar el vuelo después de decir, como acostumbra esa gente canalla: «¡Sin Dios ni Santa María!» Acompáñenme ustedes a rezar una salve por la herejía involuntaria que acabo de proferir.

Como un año estuvo presa la pícara sin querer confesar *ñizca;* pero ¿adónde había de ir ella a parar con el padre Pardiñas, sacerdote de mucha *marraqueta*, que fué mi confesor y me lo contó todo en confianza? Niños, recen ustedes un padre nuestro y un avemaría por el alma del padre Pardiñas.

Como iba diciendo, quieres que no quieras, tuvo la bruja que beberse un jarro de aceite bendito, y entonces empezó a hacer visajes como una mona, y a vomitarlo todo, digo, que cantó de plano; porque el demonio puede ser renitente a cuanto le hagan, menos al óleo sagrado, que es santo remedio para hacerlo charlar más que un barbero y que un jefe de club eleccionario. Entonces declaró la San Diego que hacía diez años vivía (¡Jesús, María y José!) en concubinaje con Pateta. Ustedes no saben lo que es concubinaje, y ojalá nunca lleguen a saberlo. Por mi ligereza en hablar y

habérseme escapado esta mala palabra, recen ustedes un credo en cruz.



También declaró que todos los sábados, al sonar las doce de la noche, se untaba el cuerpo con un menjurje, y que volando, volando se iba hasta el cerrito de las Ramas, donde se reunía

con otros brujos y brujas a bailar deshonestamente y oir la Misa Negra. ¿No saben ustedes lo que es la Misa Negra? Yo no la he oído nunca, créanmelo; pero el padre Pardiñas, que esté en gloria, me dijo que Misa Negra era la que celebra el diablo, en figura de macho cabrío, con unos cuernos de a vara y más puntiagudos que aguja de colchonero. La hostia es un pedazo de carroña de cristiano, y con ella da la comunión a los suyos. No vayan ustedes, dormiloncitos, a olvidarse de rezar esta noche a las ánimas benditas del purgatorio y al ángel de la guarda, para que los libre y los defienda de brujas que chupan la sangre a los niños y los encanijan.

Lo recuerdo como si hubiera pasado esta mañana. ¡Jesucristo sea conmigo! El domingo 27 de agosto de 1803 sacaron a la San Diego en burro y vestida de *obispa*. Pero como ustedes no han visto ese vestido, les diré que era una coroza en forma de mitra, y un saco largo que llamaban sambenito, donde estaban pintados, entre llamas del infierno, diablos, diablesas y culebrones. Dense ustedes tres golpecitos de pecho.

Con la San Diego salió otra picarona de su casta, tan hechicera y condenada como ella. Llamábase la Ribero, y era una vieja más flaca que gallina de diezmo con moquillo. Llegaron hasta Santo Domingo, y de allí las pasaron al beaterio de Copacabana. Las dos murieron en esa casa, antes que *entrara la patria* y con ella la herejía. Dios las haya perdonado.

Y fuí y vine, y no me dieron nada.... más que unos zapatitos de cabritilla, otros de plomo y otros de caramelo. Los de cabritilla me los calcé, los de plomo se los regalé al Patudo, y los de caramelo los guardé para tí y para tí.

Y ahora, pipiolitos, a rezar conmigo un rosario de quince misterios, y después entre palomas, besando antes la mano a mamita y a papaíto para que Dios los ayude y los haga unos benditos. *Amenemén, amén.*

CONTRA PEREZA DILIGENCIA

CUENTO

(A mi hijo Vital)

¿Conque tú también, gorgojo, quieres que papá te cuente un cuento? ¿No te basta ya con oirme canturrear:

Al niño que es bueno
y da su lección,
la mamá lo lleva
a la Exposición;
y al niño que es malo
y desaplicado,
taita, Dios lo vuelve
tuerto y jorobado?

No te aflijas, filigranita de oro, que para tí tengo todo un almacén de cuentos. Allá va uno, y que te aproveche como si fuera leche.

Esta era una viejecita que se llamaba doña Quirina, y que cuando yo era niño, en los tiempos de Gamarra y Santa Cruz, vivía pared por medio de mi casa. Habitaba la dicha un cuartito que por lo limpio parecía una tacita de porcelana. Allí no había perro ni michimorrongo que cometieran inconveniencias para la vista y el olfato.

Sobre una cómoda de cedro charolado y bajo urna de cristal veíase el pesebre de Belén con su San José, el de las azucenas, la Virgen y el Niño, el buey, la estrella y demás accesorios, artístico trabajo de afamado escultor quiteño.

¡Cosa mona el Misterio! Alumbrábalo noche y día una mariposilla de aceite, colocada en medio de dos vasos con flores, que doña Quirina cuidaba de renovar un día sí y otro también.

Pero lo que sobre todo atraía mis miradas infantiles, era una tosca herradura de fierro tachonada con lentejuelas de oro, que en el fondo de la urna se destacaba como sirviendo de nimbo a un angelito mofletudo.

Doña Quirina era supersticiosa. No creía, ciertamente, que llevar consigo un pedacito de cuerda de ahorcado trae felicidad; pero tenía por artículo de fe que en casa donde se conserva con veneración una herradura mular o caballar no penetra la peste, ni falta pan, ni se aposenta la desventura.

¿En qué fundaba la viejecita las virtudes que atribuía a la herradura? Yo te lo voy a contar, Vital mío, tal como doña Quirina me lo contó.

Pues has de saber, hijito, que cuando Nuestro Señor Jesucristo vivía en este mundo pecador desfaciendo entuertos; redimiendo Magdalenas, que es buen redimir; desenmascarando a pícaros e hipócritas, que no es poco trajín; haciendo cada

milagro como una torre Eiffel, y anda, anda y anda en compañía de San Pedro, tropezó en su camino con una herradura mohosa, y volviéndose al apóstol, que marchaba detrás de su divino Maestro, le dijo:

— Perico, recoge eso y échalo en el morral.

San Pedro se hizo el sueco, murmurando para su túnica: «¡Pues hombre, vaya una ocurrencia! Facilito es que yo me agache por un pedazo de fierro viejo.»

El Señor, que leía en el pensamiento de los humanos, como en libro abierto, leyó esto en el espíritu de su apóstol, y en vez de reiterarle la orden echándola de jefe y decirle al muy zamacuco y plebeyote pescador de anchovetas que por agacharse no se le había de caer ninguna venera, prefirió inclinarse él mismo, recoger la herradura y guardarla entre la manga.

En esto llegaron los dos viajeros a una aldea, y al pasar por la tienda de un albéitar o herrador dijo Cristo:

— Hermano, ¿quieres comprarme esta herradura?

El albéitar la miró y remiró, la golpeó con la uña, y convencido de que a poco majar en el yunque la pieza quedaría como nueva, contestó:

— Doy por ella dos centavos, ¿acomoda o no acomoda?

— Venga el cobre — repuso lacónicamente el Señor.

Pagó el albéitar, y los peregrinos prosiguieron su marcha.

Al extremo de la aldea salióles al encuentro un chiquillo con un cesto en la mano y que pregonaba:

— ¡Cerezas! ¡A centavo la docena!

— Dame dos docenas — dijo Cristo.

Y los dos centavos producto de la herradura pasaron a manos del muchacho, y las veinticuatro cerezas, con más una de *yapa*, se las guardó el Señor entre la manga.

Hacía a la sazón un calor de infierno, que diz que es tierra caliente y de achicharrar un témpano, y San Pedro, que caminaba siempre tras el maestro, iba echando los bofes, y habría dado el oro y el moro por una poca de agua.

El Señor, de rato en rato, metía la mano en la manga y llevaba a la boca una cereza; y como quien no quiere la cosa, al descuido y con cuidado dejaba caer otra, que San Pedro sin hacerse el remolón se agachaba a recoger, engulléndosela en el acto.

Después de aprovechadas por el apóstol hasta media docena de cerezas, sonrióse el Señor y le dijo:

— Ya lo ves, Pedro; por no haberte agachado una vez, has tenido que hacerlo seis. Contra pereza diligencia.

Y cata el porqué desde entonces una herradura en la casa trae felicidad y...

Chito, chito, chito,
que aquí el cuento finiquito.

LA POESÍA

¿Es arte del demonio o brujería
esto de escribir versos?—le decía,
no sé si a Campoamor o a Víctor Hugo
un mozo de chirumen muy sin jugo.
Enséñeme, maestro, a hacer siquiera
una oda chapucera.—
—Es preciso no estar en sus cabales
para que un hombre aspire a ser poeta,
pero, en fin, es sencilla la receta.
Forme usted líneas de medida iguales,
luego en fila las junta
poniendo consonantes en la punta.
—¿Y en el medio?—¿En el medio? ¡Ese es el cuento!
Hay que poner talento.

EL ROSAL DE ROSA.

(A mi hija Augusta)

Por los años de 1581, el griego Miguel Acosta y los navieros y comerciantes de Lima hicieron una coleta que, en menos de dos meses, subió a cuarenta mil pesos, para fundar un hospital destinado a la asistencia de marineros, gente toda que, al llegar a América, *pagaba la chapetonada,* frase con la que nuestros mayores querían significar que el extranjero, antes de aclimatarse, era atacado por la terciana y por lo que entonces se llamaba *bicho alto* y hoy disentería.

Establecióse así el hospital del Espíritu Santo, suprimido en 1821, y que desde entonces ha servido de Museo Nacional, de colegio para señoritas, de Escuela Militar, de Filarmónica, de cuartel de comisaría, etcétera, etc. Los pontífices acordaron gracias y preeminencias que no dispensaron a otros establecimientos de igual carácter en Lima.

Al respaldo del sitio en que se edificó el hospital quedaba un lote espacioso, en el cual el propietario Gaspar Flores edificó toscamente (que D. Gaspar no era rico para emprender lujosa fábrica) unos pocos cuartuchos, en uno de los cuales naciera el 30 de abril de 1586 su hija Isabel, o sea Santa Rosa de Lima, siendo pontífice Sixto V; rey de España y sus colonias Felipe II, arzobispo de Lima Toribio de Mogrovejo y gober-

nando la Real Audiencia, por muerte del virrey D. Martín Enríquez el *Gotoso,* aquel que, después de veintiún meses de gobierno, se fué al mundo de de donde no se vuelve sin haber hecho nada de memorable en el país. Fué de los gobernantes que, en punto a obras públicas, realizan la de adoquinar la vía láctea y secar el Océano con una esponja.

Gran espacio de terreno ocioso quedaba en el caserón de D. Gaspar Flores, que su hija supo convertir en huerto y jardinillo.

Por aquel siglo, más afición tenían en Lima al cultivo de árboles frutales que a la floricultura, y tanto que en los jardines domésticos, que públicos no los había, apenas si se veían plantas de esas que no reclaman esmero. La flor de lujo era el clavel en toda su variedad de especies.

Las rosas no se producían en el Perú; pues según lo afirma Garcilaso en sus *Comentarios Reales,* los jazmines, mosquetas, clavelinas, azucenas y rosas, no eran conocidas antes de la conquista. Grande fué, pues, la sorpresa de la virgen limeña cuando se encontró con que espontáneamente había brotado un rosal en su jardinillo; y rosal fué, que de sus retoños se proveyeron las familias para embellecer corredores, y las limeñas para adornar sus rizas, negras y profundas cabelleras.

Y tan a la moda pusiéronse las rosas, que el empirismo médico descubrió en ellas admirables propiedades medicinales; y las hojas secas de la flor se guardaban, como oro en paño, para emplearlas en el alivio o curación de complicadas dolencias. Mendiburu, en su artículo *Lozano,* dice que las primeras rosas que se produjeron en Lima fueron las del jardín del Espíritu Santo, confun-

diendo éste, por la vecindad, con el de nuestra egregia limeña.

Cuentan que cuando en 1668 presentaron al Papa Clemente IX el expediente para la beatificación de Rosa, no supo disimular el Padre Santo una ligera desconfianza, y murmuró entre dientes:

—¿Santa? ¿Y limeña? ¡Hum, hum! Tanto daría una lluvia de rosas.

Y milagro fué patente, porque perfumadas hojas de rosa cayeron sobre la mesa de Su Santidad.

Añaden que nació de este incidente el entusiasmo del Papa por Rosa de Lima; pues en dos años expidió, amén del breve para su beatificación (12 de febrero de 1669), otros seis en honor de nuestra compatriota. El último fué nombrándola patrona de Lima y del Perú, y reformando la constitución de Urbano VIII para acelerar los trámites de canonización, la que realizó su sucesor, Clemente X, en 1671, junto con la de San Francisco de Borja, duque de Gandía y general de los jesuítas. Santa Rosa fué canonizada a los cincuenta y cuatro años de su fallecimiento.

Muerto Clemente IX en diciembre de 1669, hallóse en su testamento un fuerte legado para construir en Pistoya, su ciudad natal, una espléndida capilla a Santa Rosa de Lima.

El dominico Parra, en su *Rosa Laureada,* impresa en Madrid en 1760, dice que la primera firma que, como monarca, puso Felipe IV, fué para pedir la beatificación de Rosa; y añade que el 7 de octubre de 1668, día en que celebraron los madrileños las fiestas de beatificación, se vió lucir una estrella vecina al sol.

Cuando en febrero de 1672, siendo virrey el conde de Lemos, marqués de Sarria y duque de

Taurifanco con grandeza de España, se efectuaron las fiestas solemnes de canonización, las calles de Lima fueron pavimentadas con barras de plata, estimándose, según lo afirman cronistas que presenciaron las fiestas, en ocho millones de pesos el valor de ellas y el de las alhajas que adornaban los arcos y altares.

Fué entonces cuando D. Pedro de Valladolid y D. Andrés Vilela, propietarios a la sazón de la casa y jardinillo, cedieron el terreno para que en él se edificase el Santuario de Rosa de Lima.

El rosal que ella cultivara se trasplantó al jardín que tienen los padres dominicos, en el claustro principal de su convento.

LOS MOSQUITOS DE SANTA ROSA.

Cruel enemigo es el zancudo o mosquito de trompetilla cuando le viene en antojo revolotear en torno de nuestra almohada, haciendo imposible el sueño con su incansable musiquería. ¿Qué reposo para leer ni para escribir tendrá un cristiano si en lo mejor de la lectura o cuando se halla absorbido por los conceptos que del cerebro traslada al papel, se siente interrumpido por el impertinente animalejo? No hay más que cerrar el libro o arrojar la pluma, y coger el plumerillo o abanico para ahuyentar al mal criado.

Creo que una nube de zancudos es capaz de acabar con la paciencia de un santo, aunque sea más cachazudo que Job, y hacerlo renegar como un poseído.

Per eso mi paisana Santa Rosa, tan valiente para mortificarse y soportar dolores físicos, halló que tormento superior a sus fuerzas morales era el de sufrir, sin refunfuño, las picadas y la orquesta de los alados musiquines.

Y ahí va, a guisa de tradición, lo que sobre tema tal refiere uno de los biógrafos de la santa limeña.

Sabido es que en la casa en que nació y murió la Rosa de Lima hubo un espacioso huerto, en el cual edificó la santa una ermita u oratorio destinado al recogimiento y penitencia. Los pequeños pantanos que las aguas de regadío forman, son criaderos de miriadas de mosquitos, y como la santa no podía pedir a su Divino esposo que, en obsequio de ella, alterase las leyes de la naturaleza, optó por parlamentar con los mosquitos. Así decía:

—Cuando me vine a habitar esta ermita, hicimos pleito homenaje los mosquitos y yo: yo, de que no los molestería, y ellos, de que no me picarían ni harían ruido.

Y el pacto se cumplió por ambas partes, como no se cumplen.... ni los pactos politiqueros.

Aun cuando penetraban por la puerta y ventanilla de la ermita, los bullangueritos y lanceteros guardaban compostura hasta que con el alba al levantarse la santa, les decía:

—¡Ea, amiguitos, id a alabar a Dios!

Y empezaba un concierto de trompetillas, que sólo terminaba cuando Rosa les decía:

—Ya está bien, amiguitos: ahora vayan a buscar su alimento.

Y los obedientes sucsorios se esparcían por el huerto.

Ya al anochecer los convocaba, diciéndoles:

— Bueno será, amiguitos, alabar conmigo al Señor que los ha sustentado hoy.

Y repetíase el matinal concierto, hasta que la bienaventurada decía:

— A recogerse, amigos, formalitos y sin hacer bulla.

Eso se llama buena educación, y no la que da mi mujer a nuestros nenes, que se le insubordinan y forman algazara cuando los manda a la cama.

No obstante, parece que alguna vez se olvidó la santa de dar orden de buen comportamiento a sus súbditos; porque habiendo ido a visitarla en la ermita una beata llamada Catalina, los mosquitos se cebaron en ella. La Catalina, que no aguantaba pulgas, dió una manotada y aplastó un mosquito.

— ¿Qué haces, hermana? — dijo la santa. — ¿Mis compañeros me matas de esa manera?

— Enemigos mortales que no compañeros, dijera yo — replicó la beata. — ¡Mira éste cómo se había cebado en mi sangre, y lo gordo que se había puesto!

— Déjalos vivir, hermana: no me mates ninguno de estos pobrecitos, que te ofrezco no volverán a picarte, sino que tendrán contigo la misma paz y amistad que conmigo tienen.

Y ello fué que, en lo sucesivo, no hubo zancudo que se le atreviera a Catalina.

También la santa en una ocasión supo valerse de sus amiguitos para castigar los remilgos de Francisca Montoya, beata de la Orden Tercera, que se resistía a acercarse a la ermita, por miedo de que la picasen los jenjenes.

— Pues tres te han de picar ahora — le dijo Rosa, — uno en nombre del Padre, otro en nombre del Hijo y otro en nombre del Espíritu Santo.

Y simultáneamente sintió la Montoya en el rostro el aguijón de tres mosquitos.

Y comprobado el dominio que tenía Rosa sobre los bichos y animales domésticos, refiere el cronista Meléndez que la madre de nuestra santa criaba con mucho mimo un gallito que, por lo extraño y hermoso de la pluma, era la delicia de la casa. Enfermó el animal y postróse de manera que la dueña dijo:

— Si no mejora, habrá que matarlo para comerlo guisado.

Entonces Rosa cogió el ave enferma, y acariciándola, dijo:

— Pollito mío, canta de prisa; pues si no cantas te guisa.

Y el pollito sacudió las alas, encrespó la pluma, y muy regocijado soltó un

¡Quiquiriquí!
(¡Que buen escape el que dí!)
¡Quiquiricuando!
(Ya voy, que me están peinando.)

EL SOMBRERO DEL PADRE ABREGÚ

Hace pocos años que semanalmente, en la tarde del sábado y en la mañana del lunes, veíase en el trayecto de San Pedro a la portada de Guadalupe un clérigo de la Congregación de San Felipe Neri, cabalgado en una mansísima mula y cubierta la cabeza con el clásico sombrero de teja. Era el eclesiástico un viejecito enclenque, tanto como la mula que lo sustentaba, y su cargo de capellán de la ermita del Barranco, a una milla del aristocrático Chorrillos, le imponía la obligación de ir a celebrar allí la misa dominical.

Hasta 1835 había el padre Abregú acostumbrado, como todos los sacerdotes cuando viajan, usar un jipijapa más o menos *guarapón;* pero desde aquel año adoptó el sombrero de teja y la mula tísica para sus excursiones al Barranco. Imagínense ustedes la ridícula figura que haría el santo señor. El lápiz de Pancho Fierro, el espiritual caricaturista limeño, ha inmortalizado la *vera efigies* del padre filipense.

¿Pero por qué el virtuoso y respetado Abregú cabalgaba con sombrero de teja?

Van ustedes a saberlo.

I

Cuando el general Salaverry, allá por los años de 1835, se alzó con el santo y la limosna, pasó Lima por conflictos tales que hubo día en que se vió la capital como moro sin señor; y hasta un jefe de montoneros, el negro León, se posesionó del Palacio, se arrellanó en el sillón de los presidentes de la República y, aunque por día y medio, gobernó como cualquier mandarín de piel blanca. Es decir, que dió un puntapié a la Constitución y que hizo alcaldada y media.

Con la mascarilla de partidarios de una causa política, los bandidos ejecutaban mil fechorías y estaban esos caminos intransitables para la gente pacata y honrada. Agustín *el Largo*, Portocarrero el *Corcovado* y demás jefes de montoneros eran los hombres de la situación, como hoy se dice: Historias de robos, asesinatos y otros estropicios en despoblado eran la comidilla diaria de la conversación entre los vecinos de la capital, que no se atrevían a salir fuera de murallas sin previo acto de contrición, ya que no oleados y sacramentados.

Un sábado de esos, con poncho de balandrán sobre la sotana y un jipijapa en la cabeza, iba nuestro padre Abregú camino del Barranco, cuando de una encrucijada, fronteriza a Miraflores, salieron doce jinetes armados hasta los dientes, y rodearon al viajero, que montaba un bonito caballo.

— ¡ Pie a tierra! — le gritó el capitán de aquellos zafios, apuntándole con un trabuco naranjero; y sin esperar nueva intimación, apeóse el clérigo.

— Diga usted ¡Viva Orbegoso!

—¡Que viva! — balbuceó el padre — y que sea por muchos años.



—¡Bien! Ahora que lo registren.

En un santiamén dos ágiles y prácticas manos le sacaron del bolsillo tres pesos en moneda menuda y un relojillo de plata.

—¡Hombre, estoy por fusilarlo a usted!—dijo el jefe de la cuadrilla al ver lo exiguo del botín. Es mucha desvergüenza salir de paseo y no traer encima más que esa miseria.

—Señores yo soy sacerdote, y un pobre capellán no es un potentado.

—¡Hombre, había usted sido pájaro de cuenta; pero conmigo no vale tener letra menuda! A ver, muchachos, tráiganlo al monte para formarle consejo de guerra.

El capitán de la cuadrilla era un español que había servido en la división de Monet, en la batalla de Ayacucho, y a quien sus compañeros conocían con el apodo del *Filosofo* (grave y no esdrújulo).

Más muerto que vivo siguió el padre Abregú a los bandidos, que a una señal de su jefe se sentaron formando círculo y poniendo en el centro al prisionero.

—Dígame usted ,padre, la verdad purita, porque le va el pellejo si me embauca. ¿Estará Dios en la Hostia que consume un fraile crapuloso?

—Hijo, esos son puntos teológicos que.....

—¡Nada....! Conteste usted sin circunloquios. ¿Baja Dios o no baja?

—Yo te diré, hijo, que puede ser que lo haga con un poquito de repugnancia; pero, lo que es bajar, sí baja; no te quede duda.

Rióse el capitán de montoneros, y dijo:

—Vaya, padre, veo que no es usted molondro, y medio que empiezo a reconciliarme con usted. Ahora, veamos lo que hay en la alforja.

Una botellita de vino dulce, otra de aguardiente forrada en suela, medio pernil, algunos panes, un cuarterón de queso y otros comestibles

fué todo lo que contenía la alforja, y en pocos minutos dieron cuenta de ello los ladrones.

— El caballo no es malejo, aunque podía ser mejor, y con él me quedo. Ahora padre, uno de estos guapos lo sacará del monte y lo pondrá en el camino para que siga a pie su viaje.

— ¡Alto, hermanito! Soy achacoso, y mal puedo, sin gran fatiga y peligro, hacer la media legua que me falta para llegar al Barranco. Suyo es el caballo; pero le ruego me lo preste, que palabra le empeño de devolvérselo antes de una hora.

— Casi, casi estoy tentado de acceder, por ver si cumple.

— Acceda, hijo, y lo palpará.

— Pues.... convenido; y ¡cuenta con engañarme!, porque entonces donde lo pille le clavo una puñalada; que guindarme una sotana es para mí como sorberme un huevo fresco.

Sacado del monte, el padre Abregú cumplió religiosamente el compromiso.

II

El Barranco en aquellos tiempos apenas se componía de la ermita, alzada para dar culto a la milagrosa efigie aparecida en ese sitio, y unos pocos ranchos de estera habitados por indios. Ni Domeyer ni Bregante habían soñado aún en habitarlo y formar de él un precioso arrabal de Chorrillos.

A media noche, el *Filosofo* llamaba cautelosamente a la puerta de la ermita, y el capellán no demoró en abrirle.

— Padre, me ha sido usted simpático porque es hombre de palabra. En prueba de ello, le traigo una mulita en cambio de su caballo, y como contraseña para que a distancia lo conozca mi gente, y en vez de incomodarlo lo proteja, le encargo que siempre que venga al Barranco se ponga su sombrero de teja, que el jipijapa es mucha *guaragua* para un sacerdote humilde.

— Corriente, hijo, por eso no pelearemos. Vé con Dios y con mi bendición.

Y desde la semana siguiente, el mansísimo padre Abregú se convirtió en el tipo que nos ha legado el lápiz de Pancho Fierro (el Goya peruano), sin que después hubiera habido forma, ni por Dios ni por sus santos, de hacerlo renunciar al sombrero de teja y a la mula flaca.

EL JUZGAMIENTO DE CRISTO.

El pretorio está abierto!
Escribas! levantad vuestra cabeza!
En el nombre de Aquel que en el Mar Muerto
abrió tumba al Jordán, el juicio empieza.
Acusad al caído!
Crimen que le imputéis, será atendido.

Ante su juez, sereno
el Justo se halla — ¡impíos!
—Eres, dime, Jesús el Nazareno?
¿Eres, responde, el rey de los judíos?
—Tú lo dices—el Cristo le contesta;
y Caifás, escuchando la respuesta,
exclama lleno de furor insano:
—Atenta contra el César soberano!
¿Qué más, gobernador de la Judea,
tu justicia desea?
Se ha confesado del delito reo!
—Crucifícale! grita un fariseo.
—Crucifícale! gritan los villanos.
—Pues lo queréis, crucificado sea?—
Pilatos dijo, y se lavó las manos.

Y desde entonces, hombres insensatos,
os hace siempre vuestro encono adusto
encontrar para un Justo,
un Judas y un Pilatos.

TRASLADO A JUDAS

CUENTO DISPARATADO DE LA TÍA CATITA.

Que no hay causa tan mala que no deje resquicio para defensa, es lo que querían probar las viejas con la frase: «Traslado a Judas.» Ahora oigan ustedes el cuentecito: fíjense en lo substancioso de él y no paren mientes en pormenores; que en punto a anacronismos, es la narradora anacronismo con faldas.

Mucho orden en las filas, que la tía Catita tiene la palabra. Atención y mano al botón. Ande la rueda y coz con ella.

Han de saber ustedes, angelitos de Dios, que uno de los doce apóstoles era colorado como el ají y rubio como la candela. Mellado de un diente, bizco de mirada, narigudo como ave de rapiña y alicaído de orejas, era su merced feo hasta para feo.

En la parroquia donde lo cristianaron púsole el cura Judas por nombre, correspondiéndole el apellido de Iscariote, que, si no estoy mal informada, hijo debió ser de algún *bachiche* pulpero.

Travieso salió el nene, y a los ocho años era el primer mataperros de su barrio. A esa edad ya tenía hecha su reputación como ladrón de gallinas.

Aburrido con él su padre, que no era mal hombre, le echó una repasata y lo metió por castigo en un barco de guerra, como quien dice: «anda, mula y piérdete.»

El capitán del barco era un gringo borrachín, que le tomó cariño al pilluelo y lo hizo su pajecico de cámara.

Llegaron al cabo de años a un puerto; y una noche en que el capitán después de beberse setenta y siete *grogs* se quedó dormido debajo de la mesa, su engreído Juditas lo desvalijó de treinta onzas de oro que tenía al cinto, y se desertó embarcado en el *Chinchorro*, que es un botecito como cáscara de nuez, y.... ¡la del humo!

Cuando pisó la playa se dijo: «pies, ¿para qué os quiero?» y anda, anda, anda, no paró hasta Europa.

Anduvo Judas la Ceca la Meca y la Tortoleca, visitando cortes y haciendo pedir pita a las treinta onzas del gringo. En París de Francia casi le echa guante la policía, porque el capitán había hecho parte telegráfico pidiendo una cosa que dicen que se llama extradición, y que debe ser alguna trampa para cazar pajaritos. Judas olió a tiempo el ajo, tomó pasaje de segunda en el ferrocarril, y ¡abur!, hasta Galilea. Pero ¿dónde irá el buey que are?, o lo que es lo mismo, el que es ruin en su villa, ruin será en Sevilla.

Allí, haciéndose el santito y el que no ha roto un plato, se presentó al Señor, y muy compungido le rogó que lo admitiese entre sus discípulos. Bien sabía el pícaro que a buena sombra se arrimaba para verse libre de persecuciones de la policía y requisitorias del juez; que los apóstoles eran como los diputados en lo de gozar de inmunidad.

Poquito a poco fué el hipocritonazo ganándole la voluntad al Señor y tanto que lo nombró limosnero del apostolado. A peores manos no podía haber ido a parar el caudal de los pobres.

Era por entonces no sé si prefecto, intendente o gobernador de Jerusalén un caballero medio bobo, llamado D. Poncio Pilatos el catalán, sujeto a quien manejaban como un zarandillo un tal Anás y un tal Caifás, que eran dos bribones que se perdían de vista. Éstos, envidiosos de las virtudes y popularidad del Señor, a quien no eran dignos de descalzar la sandalia, iban y venían con chismes y más chismes donde Pilatos; y le contaban esto y lo otro y lo de más allá, y que el Nazareno había dado proclama revolucionaria incitando al pueblo para echar abajo al gobierno. Pero Pilatos, que para hacer una alcaldada tenía escrúpulos de marigargajo, les contestó: «Compadritos, la ley me ata las manos para tocar ni un pelo de la túnica del ciudadano Jesús. Mucha andrómina es el latinajo aquel del *hábeas corpus.* Consigan ustedes del Sanedrín (que así llamaban los judíos al Congreso) que declare la patria en peligro y eche al huesero las garantías individuales, y entonces dense una vueltecita por acá y hablaremos.»

Anás y Caifás no dejaron eje por mover, y armados ya de las *extraordinarias*, le hurgaron con ellas la nariz al gobernante, quien estornudó *ipso facto* un mandamiento de prisión. Líbrenos Dios de estornudos tales *per omnia sæcula sæculorum. Amén*, que con *amén* se sube al *Edén.*

A fin de que los corchetes no diesen golpe en vago, resolvieron aquellos dos canallas ponerse al habla con Judas, en quien por la pinta adivinaron que debía ser otro que tal. Al principio se manifestó el rubio medio ofendido y les dijo: «¿Por

quién me han tomado ustedes, caballeros?» Pero cuando vió relucir treinta monedas, que le trajeron a la memoria reminiscencias de las treinta onzas del gringo, y a las que había dado finiquito, se dejó de melindres y exclamó «Esto es ya otra cosa, señores míos. Tratándome con buenos modos, yo soy hombre que atiendo a razones. Soy de ustedes y manos a la obra.»

La verdad es que Judas, como limosnero, había metido cinco y sacado seis, y estaba con el alma en un hilo temblando de que, al hacer el ajuste de cuentas, quedase en transparencia el gatuperio.

El pérfido Judas no tuvo, pues, empacho para vender y sacrificar a su Divino Maestro.

Al día siguiente y muy con el alba, Judas, que era extranjero en Jerusalén y desconocido para el vecindario, se fué a la plaza del mercado y se anduvo de grupo en grupo ganoso de averiguar el cómo el pueblo comentaba los sucesos de la víspera.

— Ese Judas es un pícaro que no tiene coteja — gritaba uno que en sus mocedades fué escribano de hipotecas.

— Dicen que desde chico era ya un peine — añadía un tarambana.

— Se conoce. ¡Y luego cometer tal felonía por tan poco dinero! ¡Puf, qué asco! — argüía un jugador de gallos con coracita.

— Hasta en eso ha sido ruin — comentaba una moza de trajecito a media pierna. — Balandrán de desdichado, nunca saldrá de empeñado.

— ¡Si lo conociera yo, de la paliza que le arrimaba en los lomos lo dejaba para el hospital de tísicos! — decía con aire de matón un jefe de club que en todo bochinche se colocaba en sitio donde

no llegasen piedras. — Pero por las *aleluyas* lo veremos hasta quemado.

Y de corrillo en corrillo iba Judas oyéndose poner como trapo sucio. Al cabo se le subió la pimienta a la nariz de pico de loro, y parándose sobre la mesa de un carnicero, gritó:

—¡Pido la palabra!

La tiene el extranjero — contestó uno que por la prosa que gastaba sería lo menos vocal de junta consultiva.

Y el pueblo se volvió todo oídos para escuchar la arenga.

—¿Vuesas mercedes conocen a Judas?

—¡No! ¡No! ¡No!

—¿Han oído sus descargos?

—¡No! ¡No! ¡No!

—Y entonces, pedazos de cangrejo, ¿cómo fallan sin oirlo? ¿No saben vuesas mercedes que las apariencias suelen ser engañosas?

—¡Por Abraham, que tiene razón el extranjero! — exclamó uno que dicen que era regidor del municipio.

—¡Que se corra traslado a Judas!

— Pues yo soy Judas.

Estupefacción general. Pasado un momento gritaron diez mil bocas:

—¡Traslado a Judas! ¡Traslado a Judas! ¡Sí, sí! ¡Que se defienda! ¡Que se defienda!

Restablecida la calma, tosió Judas para limpiarse los arrabales de la garganta, y dijo:

— Contesto al traslado. Sepan vuesas mercedes que en mi conducta nada hay de vituperable, pues todo no es más que una burleta que les he hecho a esos mastuerzos de Anás y Caifás. Ellos están muy sí señor y muy en ello de que no se les escapa Jesús de Nazareth. ¡Toma tripita! ¡Flojo

chasco se llevan, por mi abuela! A todos consta que tantos y tan portentosos milagros ha realizado el Maestro, que naturalmente debéis confiar en que hoy mismo practicará uno tan sencillo y de pipiripao como el salir libre y sano del poder de sus enemigos, destruyendo así sus malos propósitos y dejándolos con un palmo de narices, gracias a mí que lo he puesto en condición de ostentar su poder celeste. Entonces sí que Anás y Caifás se tirarán de los pelos al ver la sutileza con que les he birlado sus monedas en castigo de su inquina y mala voluntad para con el Salvador. ¿Qué me decís ahora, almas de cántaro?

— Hombre, que no eres tan pícaro como te juzgábamos, sin dejar por eso de ser un grandísimo bellaco — contestó un hombre de muchas canas y regular meollo que era redactor en jefe de uno de los periódicos más *populares* de Jerusalén.

Y la turba, después de oir la opinión del Júpiter de la prensa, prorrumpió en un: «¡Bravo! ¡Bravo! ¡Viva Judas!»

Y se disolvieron los grupos, sin que la gendarmería hubiese tenido para qué tomar cartas en esa manifestación plebiscitaria, y cada prójimo entró en casita diciendo para sus adentros:

— En verdad, en verdad que no se debe juzgar de ligero. Traslado a Judas.

LA CASA DE PILATOS

Frente a la capilla de la Virgen del Milagro hay una casa de especial arquitectura, casa *sui géneris* y que no ofrece punto de semejanza con ninguna otra de las de Lima. Sin embargo de ser anchuroso su patio, la casa es húmeda y exhala húmedo vapor. Tiene un no sé qué de claustro, de castillo feudal y de casa de ayuntamiento. (1)

Que la casa fué de un conquistador, compañero de Pizarro, lo prueba el hecho de estar la escalera colocada frente a la puerta de la calle; pues tal era una de las prerrogativas acordadas a los conquistadores. Hoy no llegan a seis las casas que conservan la escalera fronteriza.

El extranjero que pasa por la calle del Milagro se detiene involuntariamente en su puerta y lanza al interior mirada escudriñadora. Y lo particular es que a los limeños nos sucede lo mismo. Es una casa que habla a la fantasía. Ni el Padre Santo de Roma le hará creer a un limeño que esa casa no ha sido teatro de misteriosas leyendas.

Y luego, la casa misteriosa fué conocida, desde hace tres o cuatro generaciones, con nombre a propósito para que la imaginación se eche a re-

---

(1) En los últimos cuarenta años ha sufrido el edificio tales y tantas reparaciones que, modernizado como hoy se halla, no es ni sombra del que yo conocí.

tozar. Nuestros abuelos y nuestros padres la llamaron la *casa de Pilatos*, y así la llamamos nosotros y la llaman nuestros hijos. ¿Por qué? ¿Acaso Poncio Pilatos fué propietario en el Perú?

Entre mis manos y bajo mis espejuelos he tenido los títulos que el actual dueño, compadeciendo acaso mi manía de embelesarme con antiguallas, tuvo la amabilidad de permitirme examinar; y de ellos no aparece que el pretor de Jerusalén hubiera tenido arte ni parte en la fábrica del edificio, cuya área mide cuarenta varas castellanas de frente por sesenta y cinco de fondo.

Y sin embargo, la casa se llama de Pilatos. ¿Por qué?

Voy a satisfacer la curiosidad del extranjero, contando lo mismo que las viejas cuentan y nada más. Se pela la frente el lector limeño que piense que sobre la casa de Pilatos voy a decirle algo que él no se tenga sabido.

La casa se fabricó en 1590, esto es, medio siglo después de la fundación de Lima y cuando los jesuítas acababan de tomar cédula de vecindad en esta tierra de cucaña. Fué el padre Ruiz del Portillo, Superior de ellos, quien delineó el plano; pues ligábalo estrecha amistad con un rico mercader español apellidado Esquivel, propietario del terreno.

Con maderas y ladrillos sobrantes de la fábrica de San Francisco y que Esquivel compró a ínfimo precio, se encargó el mismo arquitecto que edificaba el colegio máximo de San Pablo de construir la casa misteriosa, edificio sólido y a prueba de temblores, que no pocos ha resistido sin experimentar desperfecto.

Por medio de una ancha galería, sótano o bóveda subterránea, de seis cuadras de longitud, está la fábrica en comunicación con el convento de San Pedro que habitaron los jesuítas.

Ese subterráneo, previo permiso del actual propietario de la casa puede visitar el curioso que mis afirmaciones dude, les vendrá de perilla a los futuros escritores de novelas patibularias. En el sótano pueden hacer funcionar holgadamente contrabandistas, y conspiradores, y monederos falsos, y caballeros aherrojados, y doncellas tiranizadas, y todo el arsenal romántico romancesco. ¡Cuando yo digo que la casa de Pilatos está llamada a dar en el porvenir mucha tela que cortar!

¿Para qué se hizo este subterráneo? Ni lo sé ni me interesa saberlo.

La casa hasta 1635 sirvió de posada y lonja a mineros y comerciantes portugueses. Treinta y siete mil pesos de a ocho había invertido Esquivel en la fábrica, y los arrendamientos le producián un interés más que decente del capital empleado. Epoca hubo también en que, hallándose la plaza del mercado situada en San Francisco, fué el patio de la casa de Pilatos ocupado por los vendedores de fruta.

Heredó la casa doña María de Esquivel y Járava, esposa de un general español; y muerta ella, la Inquisición, que por censos tenía un crédito de ochocientos pesos, y otros acredores, formaron concurso. Duró tres años la tramitación del expediente, y en 1694 se decretó el remate de la finca para satisfacer acreencias que subían a doce mil pesos.

D. Diego de Esquivel y Járava, natural del Cuzco, caballero de Santiago y que en 1687 obtuvo título de marqués de San Lorenzo de Valleum-

broso, no quiso consentir en que la casa de su tía abuela pasara a familia extraña; y después de pagar acreedores, dió a los herederos veintiocho mil pesos.

Después de la Independencia cesó la casa de formar parte del mayorazgo de Valleumbroso y pasó a otros propietarios, circunstancia muy natural y sin importancia para nosotros.

Olvidaba apuntar que en tiempo del virrey Amat, a propósito de la expulsión de los jesuítas, se dijo que del sótano de la casa se había sacado un tesoro. No afirmo, consigno el rumor.

Pero a todo esto, ¿por qué se llama esa la casa de Pilatos? No digas, lector, que se me ha ido el santo al cielo. Ten paciencia, que allá vamos.

Cuenta el pueblo que por agosto de 1635 y cuando la casa estaba arrendada a mineros y comerciantes portugueses, pasó por ella, un viernes a media noche, cierto mozo truhán que llevaba alcoholizados los aposentos de la cabeza. El portero habría probablemente olvidado echar cerrojo, pues el postigo de la puerta estaba entornado. Vió el borrachín luces en los altos, sintió algún ruido o murmullo de gente, y confiando hallar allí jarana y *moscorrofio*, atrevióse a subir la escalera de piedra, que es, dicho sea de paso, otra de las curiosidades que el edificio ofrece.

El intruso adelantó por los corredores hasta llegar a una ventana, tras cuya celosía se colocó, y pudo a sus anchas examinar un espacioso salón profusamente iluminado y cuyas paredes estaban cubiertas por tapices de género negro.

Bajo un dosel vió sentado a uno de los hombres más acaudalados de la ciudad, el portugués D. Manuel Bautista Pérez, y hasta cien compatriotas de éste en escaños, escuchando con reveren-

te silencio el discurso que les dirigía Pérez y cuyos conceptos no alcanzaba a percibir con claridad el espía.

Frente al dosel y entre blandones de cera había un hermoso crucifijo de tamaño natural.

Cuando terminó de hablar Pérez, todos los circunstantes menos éste fueron por riguroso turno levantándose del asiento, avanzaron hacia el Cristo y descargaron sobre él un fuerte ramalazo.

Pérez, como Pilatos, autorizaba con su impasible presencia el escarnecedor castigo.

El espía no quiso ver más profanaciones, escapó como pudo y fué con el chisme a la Inquisición, que pocas horas después echó la zarpa encima a más de cien judíos portugueses.

Al judío Manuel Bautista Pérez le pusieron los católicos limeños el apodo de *Pilatos,* y la casa quedó bautizada con el nombre de *casa de Pilatos.*

Tal es la leyenda que el pueblo cuenta. Ahora veamos lo que dicen los documentos históricos.

En la Biblioteca de Lima existe original el proceso de los portugueses, y de él sólo aparece que en la calle del Milagro existió la sinagoga de los judíos, cuyo rabino o *capitán grande* (como dice el fiscal del Santo Oficio) era Manuel Bautista Pérez. El fiscal habla de profanación de imágenes, pero ninguna municiosidad refiere en armonía con la popular conseja.

El juicio duró tres años. Quien pormenores quiera, búsquelos en mis *Anales de la Inquisición de Lima.*

Pérez y diez de sus correligionarios fueron quemados en el auto de fe de 1639, y penitenciados cincuenta portugueses más, gente toda de gran fortuna. Parece que al portugués pobre no le era

lícito ni ser judío, o que la Inquisición no daba importancia a descamisados.

Y no sé más sobre Pilatos ni sobre su casa. Sólo me resta añadir que en el siglo XIX, cuando en toda América alboreaba la Independencia, fué en esa casa donde funcionó la primera logia masónica preparatoria del arribo de San Martín. Los enciclopedistas franceses habían puesto a la moda la masonería, que en nuestro siglo XX reposa en el panteón de las antiguallas.

A MI HIJA.

(*Víctor Hugo*)

Como un niño Jesús, allá en tu infancia,
dormías junto a mí,
y a perturbar tu sueño no alcanzaba
el cántico del ave en el jardín;
y sobre tí sus alas a los ángeles
los sentía batir,
y yo sobre tu almohada deshojaba
clavel, rosa, jazmín;
y lágrimas mojaban mis mejillas
en la noche, al pensar, del porvenir.

Ya llegará mi noche, vida mía,
mi turno de dormir;
sombras me envolverán, y ese silencio
canción no turbará de ave gentil.
En esa negra noche ¡oh mi paloma!
noche eterna, sin fin,
vuelve a mi tumba lágrimas y flores,
lo que a tu cuna di.

HAZ BIEN SIN MIRAR A QUIEN

I

A cinco leguas de Arequipa encuéntrase el pueblo de Quequeña, donde el 6 de enero de 1737 celebrábase con la animación que hasta hoy se acostumbra la fiesta de los Reyes Magos. Los habitantes de la ciudad del Misti habíanse dado cita para la alameda que une Quequeña con el por entonces caserío de Yarabamba, espaciosa alameda formada por corpulentos sauces plantados con regularidad de diez en diez varas.

Después de la procesión y demás ceremonias de iglesia que dejaban al señor cura de Quequeña gran cosecha de duros, ocupáronse los concurrentes en visitar los puestos de vendimia, improvisados bajo los sauces, donde era preciso rendir culto al sabroso *picante* y a la confortadora *chicha* de maíz, que en ocasiones dadas ha sabido hacer de los arequipeños heroicos leones.

Afírmanme que de pocos años acá ha perdido la chicha de Arequipa sus antiguas virtudes, aseveración que yo tengo mis motivos para poner en duda.

Bajo una gran ramada tenían establecidos sus reales el *chogñi* López que era a la sazón el chichero de mayor fama en diez leguas a la redonda, como que diz que elaboraba la chicha más buscapleitos que se ha conocido en los arrabales de Santa

Marta y San Lázaro, desde los tiempos de Pedro Azures de Camporredondo, el fundador de Arequipa, hasta las del general D. Pedro Canseco, muy señor mío y mi dueño.

Muchos, muchísimos *bebes* habían consumido los parroquianos del *chogñi* López, cuando se presentó guitarra en mano el mejor rasgueador de Quequeña, a quien llamaban Marcos *el Caroso*. Recibiéronle con algazara magna, formóse rueda, y Andrés Moreno, guapo muchacho de veinticuatro años, sacó a bailar a Fortunata Sotomayor *la Catiri,* que era una chica de diez y ocho eneros, con más garbo que una reina y con más ángel en la cara que un retablo de Navidad.

La pareja era de lo que se llamaba tal para cual; y no era preciso ser lince para barruntar que Dios los crió el uno para la otra, como al ave para la cazuela. Cuando terminaron de bailar fué unánime el palmoteo; que la verdad sea dicha, él y ella *zapatearon* y *escobillaron* con muchísimo primor.

Entre los que formaban corro hallábase Perico Moreira *el Chiro,* mocetón de treinta años, de atléticas formas y de aviesa mirada, el cual hacía tiempo que andaba bebiendo los vientos por Fortunata, que ni pizca de caso hacía de él, encalabrinada como estaba por Andrés Moreno.

Aquél día subieron de punto los celos de Perico, que no había andado corto en apurar *bebes;*

«y a propósito de un mulo
que atropelló al sacristán,»

que es un pretexto como otro cualquiera cuando lo que se busca es pretexto, armó camorra al fa-

vorecido rival, echó mano al alfiler, y de un mete y saca por todo lo alto, lo dejó redondo.

El asesino, aprovechando de la general sorpresa, emprendió la carrera sin que nadie por el momento pensara en perseguirlo.

Algunos minutos después el gobernador ponía en movimiento una jauría de alguaciles; y los vecinos, por su parte, procuraban también apresar al matador, pues la víctima era muchacho muy querido.

II

Juana María Valladolid *la Collota,* apodo que le vino porque le faltaban dedos en la mano, madre del infortunado Andrés Moreno, hallábase en la puerta de su humilde choza cuando un hombre, jadeante y casi exánime, se detuvo delante de ella y la dijo: «¡Por Dios! Escóndame..... Acabo de hacer una muerte y me persiguen.....»

— Entre usted — le contestó sin vacilar la pobre mujer.

Trascurrido poquísimo tiempo, llegaron vecinos y gente de justicia que informaron a la triste madre de su desdicha.

Horrible lucha se entabló en el alma de aquella mujer. Había dado asilo al asesino de su hijo...., y sin embargo, no debía entregarlo. En esta lucha sin nombre, el sentimiento de caridad cristiana venció al de la venganza.

Cuando se retiraron los vecinos, dejando a la madre entregada a su dolor, cerró ésta la puerta de la choza, y acercándose a la cama debajo de la cual estaba escondido el asesino, le dijo:

— Tu muerte no me habría devuelto a mi hijo, que era mi único apoyo sobre la tierra. Entregán-

dote a la justicia la habría vengado; pero Dios condena la venganza. Yo te perdono, para que el Padre de las misericordias me perdone.

Perico, admirando tan sublime abnegación, la dijo:

— Señora, déjeme usted salir.

— ¿Dónde irás, desgraciado? Yo te protejo, porque la religión me ordena amparar al desamparado.

Y Juana María hizo acostar a Perico en la misma cama en que la víspera había dormido su hijo.

Aquella horrible noche transcurrió lenta como una eternidad para los habitantes de la choza.

La madre sofocaba su llanto para no interrumpir el sueño del asesino. Este también velaba, devorando en su alma todas las torturas del infierno.

Cuando rayó la aurora, la infeliz mujer se levantó debilitada por el insomnio y el dolor, y pronunció las palabras de la salutación angélica:

— ¡Ave María Purísima!

— ¡Sin pecado concebida! — la contestó su huésped.

— No te alarmes — continuó ella: — voy a salir para traer el almuerzo.

A las nueve de la noche cuando el silencio reinaba en Quequeña, María Juana sacó de debajo de su lecho una alcancía de barro, la rompió, y en pesetas y reales contó hasta cincuenta y seis pesos.

— Toma este dinero — dijo — que representa todas las economías de mi vida. Quedo sin hijo que me dé pan y sin recurso alguno; pero la Providencia no me abandonará. Con ese dinero podrás, si Dios te ampara, llegar a Chuquisaca. La hora es favorable para que te pongas en camino.

El caballo en que montaba mi pobre hijo es fuerte y te servirá para la marcha. En esta alforjita tienes provisiones para el viaje. Vé con Dios.

Pedro Moreira no tuvo fuerzas para pronunciar una sola palabra: dos lágrimas se desprendieron de sus ojos, y cayó de rodillas besando la mano de su santa salvadora.

III

Dos años después un desconocido llegaba a la choza de María Juana, a quien la caridad pública se había encargado de mantener en Quequeña, y la dijo:

— Señora, Pedro Moreira me envía. Es un hombre a quien vuestra abnegación ha regenerado. Trabaja honradamente en Potosí y le sonríe la fortuna. El señor cura pondrá todos los meses en vuestras manos cincuenta y seis pesos para que os mantengáis con holgura. Guardad secreto sobre el paradero de Moreira, no sea que la justicia se imponga y mande requisitorias a Potosí.

Al día siguiente hubo en Quequeña otro gran acontecimiento. El hijo de Fortunata y Andrés Moreno le fué robado a su madre.

IV

En una lluviosa tarde de 1762 desmontaban dos viajeros a la puerta de la antigua choza de Juana María, convertida en una limpia casita, habitada por la anciana y por Fortunata Sotomayor. «Quien quiso a la col, quiso a las hojas del rededor»

Uno de los viajeros era un joven sacerdote, a quien el obispo de La Paz acababa de conferir las últimas órdenes sagradas.

El otro era un viejo que, arrodillándose a los pies de Juana María, la dijo:

— Señora, si yo os arrebaté un hijo os devuelvo un nieto sacerdote. Mi arrepentimiento y mi expiación han encontrado gracia a los ojos de Dios, porque me ha concedido reparar en parte el mal que os hice, arrastrado por mi mocedad y mis pasiones.

V

Años más tarde el presbítero Manuel Moreno, cura de una importante parroquia de Arequipa, repartía por mandato de Pedro Moreira, que acababa de fallecer, la gran fortuna de éste en dotes de cinco mil pesos entre doncellas menesterosas. Los descendientes de los matrimonios que dotó y celebró el cura Moreno bendicen la memoria de Pedro Moreira *el Chiro* y de Juana María Valladolid *la Collota* (1).

---

(1) La voz *chogñi* significa legañoso. *Caroso,* manchado. *Catiri,* rubia. *Collota,* manca o lisiada.

LA CONCIENCIA

(Víctor Hugo)

Furiosa tempestad se desataba
cuando, de pieles rústicas vestido,
Caín con su familia caminaba
huyendo a la justicia de Jehovah.
La noche iba a caer. Lenta la marcha
al pie de una colina detuvieron,
y a aquel hombre fatídico dijeron
sus tristes hijos: — descansemos ya.

Duermen todos excepto el fratricida
que, alzando su mirada sobre el monte,
vió en el fondo del fúnebre horizonte
un ojo fijo en él.
Se estremeció Caín, y despertando
a su familia del dormir reacio,
cual siniestros fantasmas del espacio,
retornaron a huir. ¡Suerte cruel!

Corrieron treinta noches y sus días,
y pálido, callado, sin reposo,
y mirando sin ver, y pavoroso,
tierra de Assur pisó.
— Reposemos aquí. Dénos asilo
esta región espléndida del suelo —
Y, al sentarse, la frente elevó al cielo. . .
y allí el ojo encontró.

Entonces a Jubal, padre de aquellos
que en el desierto habitan — haz, le dijo,
que se arme aquí una tienda — y el buen hijo
armó tienda común.
— ¿Todavía lo veis? — preguntó Tsila,
la niña de la blonda cabellera,
la de faz como el alba placentera,,
y Caín respondió: — ¡lo veo aún!

Jubal entonces dijo: — una barrera
de bronce construiré: tras de su muro,
padre, estarás de la visión seguro;
ten confianza en mí —

Una muralla se elevó altanera....
y el ojo estaba allí.
Tubalcaín a edificar se puso
una ciudad, asombro de la tierra,
en tanto sus hermanos daban guerra
a la tribu de Seth y a la de Enós.
De tinieblas poblando la campiña
la sombra de los muros se extendía,
y en ellos la blasfemia se leía:
PROHIBIDO ENTRAR A DIOS —

Un castillo de piedra, formidable,
que a la altitud de una montaña asciende,
de la ciudad enmedio se desprende,
y allí Caín entró.
Tsila llega hasta él, y cariñosa
— Padre, le dice ¿aún no ha desaparecido?—
Y el anciano, aterrado y conmovido,
la responde: — ¡No! ¡no!

Desde hoy quiero habitar bajo la tierra
como en su tumba el muerto. — Y presurosa
la familia cavóle una ancha fosa,
y a ella descendió al fin.
Mas debajo esa bóveda sombría,
debajo de esa tumba inhabitable,
el ojo estaba fiero, inexorable....
y miraba a Caín!!!

EL OBISPO DEL LIBRO Y LA MADRE MONTEAGUDO

(A monseñor José Antonio Roca)

I

Esto que llaman don de profecía, segunda vista o facultad de leer en el porvenir, es tema largamente explotado por los que borroneamos papel. Raro es el pueblo del Perú que no haya poseído profetas y profetisas, santos los menos y embaucadores y milagreros los más. La Inquisición tuvo en muchos casos, como en los de Angela Carranza y la madre San Diego, que gastar su latín para sacar en claro lo que había de inspiración y favor celeste en ciertos facedores de milagros o pronosticadores de dichas y desventuras.

En el monasterio de Santa Catalina de Arequipa había, allá por el siglo XVII, una monja conocida por la madre Ana de los Angeles Monteagudo, de la cual refieren sus paisanos maravillas tales que la hacen acreedora a que Roma la canonice y coloque en los altares.

Leyendo la vida del trinitario fray Juan de Almoguera y Ramírez obispo que fué de Arequipa, encuentro que el reverendísimo en Cristo fué para la santa monja un venero de profecías, algunas de las cuales antójaseme hoy desempolvar para solaz de la gente descreída que pulula en la generación a que pertenezco.

El padre Almoguera, natural de Córdoba en España, se ocupó entre los marroquíes de la redención de cautivos cristianos, mereciendo en premio de su abnegación y afanes que Felipe IV lo nombrase predicador de la real capilla y que en 1658 lo presentase a Roma para el obispado de Arequipa. Sus armas de familia eran castillo de plata, en campo de gules, y por bordura nueve cabezas de moros en campo de oro.

Su ilustrísima esperó que estuviese lista para hacerse a la mar, con rumbo a Indias, la flota de veinte buques que mandaba el almirante Pablo Contreras, y embarcóse en una de las naves. A los dos o tres días de navegación, una tempestad furiosa sumergió en el Océano siete de los bajeles, siendo el primero en hundirse aquel en que iba el obispo. Entre los pasajeros que salvaron, cuéntase al conde de Santisteban, que venía para Lima a desempeñar el cargo de virrey.

Llegó la noticia al Perú por cartas y gacetas, con abundancia de pormenores comunicados por los tripulantes de las otras naves, que habían sido testigos de la catástrofe. Según ellos, hasta las ratas se habían ahogado, fortuna que no tuvo el Perú en 1540, año en que vinieron de España los pericotes embarcados en uno de los tres buques que, con gran carga de bacalao, truchuela y otros comestibles, despachó para el Callao el obispo de Palencia D. Gutierre de Vargas.

Congregóse el Cabildo de Arequipa, y resolvió que desde el día siguiente hiciese la Iglesia aquellas manifestaciones de duelo que son de práctica en los casos de viudedad. Súpolo la madre Monteagudo, y llamando al locutorio a canónigos y cabildantes, les dijo:

— Harán bien vuesas mercedes aplazando por tres meses los honores fúnebres que han dispuesto. Así evitarán el desaire de mandar repicar por el mismo por quien hoy quieren doblar. No diga la malicia que han deseado la muerte del pastor, no aguardando a saberla circunstanciadamente.

Los cabildantes la contestaron que gacetas y cartas no podían mentir sobre hechos que autorizaban con su testimonio centenares de marinos y pasajeros.

— Pues yo digo — repuso con exaltación la monja — que, aunque es cierto que zozobró el bajel, dió tiempo para que su ilustrísima salvase en la barquilla con unos pocos compañeros y llegase a la costa. Digo también que se ha vuelto a embarcar en Cádiz, y navega con viento favorable. Esperen tres meses, y sabrán si hablan más verdad cartas y gacetas que esta humilde sierva del Señor.

Tan grande era la reputación de santidad que rodeaba a la madre Monteagudo, y tan frecuentes eran (al decir de los cronistas) sus milagros y pronósticos, que los cabildantes decidieron llevarse del consejo.

Tres meses después, día por día, se hacía cargo del gobierno eclesíastico de Arequipa el Ilmo. Sr. Almoguera, quien refirió que las circunstancias de su naufragio y salvación fueron las mismas que había puntualizado la madre Monteagudo.

II

Gran obispo fué el trinitario Almoguera, según Echave, Travada y todos los cronistas que de él se ocupan, y debióle Arequipa no pocos bienes.

En su celo por reformar las costumbres un poco relajadas del clero y en su empeño por la ilus-

tración de los párrocos, escribió un famoso libro, que se imprimió en Madrid en 1671, titulado *Instrucción a curas y eclesiásticos de las Indias* (1).

La Inquisición creyó encontrar en el libro una moral poco ortodoxa, y aun lo calificó de injurioso al monarca; pues su ilustrísima dejaba entender que en la corte se anteponía el favor al verdadero mérito, acordándose beneficios en América a clérigos indignos.

El Santo Oficio declaró prohibido el libro; y el Consejo de Indias, en representación de la corona, le echó una filípica al autor, a quien desde entonces los cortesanos dieron en llamar *el obispo del libro*.

Hablándose un día delante de la madre Monteagudo sobre la desgracia en que, para con la corte, había caído el trinitario, dijo un caballero que acababa de llegar de España:

— Tienen los arequipeños obispo de por vida; pues me consta que en la coronada villa no hay quien hable en favor del Sr. Almoguera.

— Pues se equivoca, hijo mío — interrumpió la Monteagudo, — que el señor Almoguera Arzobispo es ya de Lima. Créeanlo, que es verdad, y acuérdense de lo que digo.

Estas palabras de la madre Monteagudo corrieron inmediatamente por la ciudad; mas a pesar de la fe que inspiraban sus profecías, dudaron todos que ésta se realizase, tomando en cuenta que su ilustrísima tenía quejosa a la sacra real majes-

(1) El único ejemplar que de este libro existe en Lima perteneció a la valiosísima biblioteca de mi ilustrado amigo el doctor Javier Prado, quien tuvo la fineza de desprenderse de esta joya bibliográfica para obsequiármela en 1917.

tad, hostil a la Inquisición y ofendidos a muchos malos sacerdotes que, amparados por padrinos de influencias, habían ido a España a querellarse de agravios positivos o supuestos.

Sin embargo, no pasaron seis meses sin que el Sr. Almoguera recibiese la real cédula y los documentos pontificios que lo constituían arzobispo de Lima.

He aquí la manera como, contra toda previsión, se realizó en la corte en 1673 un nombramiento que los conocedores de la política palaciega habían calificado, no sin razón, de imposible.

Vacante el arzobispado de Lima por muerte del Ilmo. Sr. Villagómez, vióse la reina madre doña Mariana de Austria, regente de la monarquía durante la minoridad de Carlos II, asediada de pretendientes. Presentóla el secretario de Estado una lista de todos los obispos de América, en la cual no consignó a Almoguera, por imaginarse que este nombre disgustaría a su soberana.

La reina, después que el secretario leyó la lista, preguntó:

—¿Cuál es el más antiguo de los obispos peruleros?

—Señora, a ese no lo he apuntado, temeroso de ofender a vuesa majestad.

—¡Ah! ¿Será *el obispo del libro?*

—Sí, señora.

—Pues nombra arzobispo de Lima al *obispo del libro.*

—¿A fray Juan de Almoguera? — preguntó maravillado el ministro y recelando no haber oído bien.

—No sé cómo se llama, a tí toca averiguarlo. Lo que mando es que hagas arzobispo al *obispo del libro.*

III

El nuevo arzobispo murió el 2 de marzo de 1676, a la edad de setenta y un años, y a la misma hora en que falleció daba en Arequipa la triste noticia la madre Ana de los Angeles Monteagudo. Según la *Guía del virreinato* para el año 1796, el Sr. Almoguera está en olor de santidad, porque su cadáver se encontró, después de un siglo, incorrupto.

En el obispado de Arequipa sucedió al Sr. Almoguera el mercenario fray Juan de la Calle; y el día en que con grandes fiestas verificó su entrada en la ciudad, dijo a sus compañeras la inspirada monja: «¡Ay, hermanitas! No veremos a nuestro obispo ni él nos verá a nosotras.»

En efecto, el Sr. Calle se sintió enfermo pocos días después de su llegada y murió a las cinco semanas.

No habiéndome propuesto en esta tradición más que apuntar las profecías de la madre Monteagudo que se relacionan con el *obispo del libro*, terminaré indicando a los que deseen hacer más amplio conocimiento con la monja catalina que lean su vida, escrita por el agustino Alonso Cabrera o el libro de D. Ventura Travada.

La madre Monteagudo murió en edad muy avanzada el 10 de enero de 1686.

Según el déan Valdivia, en sus *Apuntes históricos sobre Arequipa* se envió a Roma expediente canónico para la beatificación de la monja catalina; pero se fué a pique el buque que conducía el protocolo, y Arequipa se quedó sin santa.

En 1890 los arequipeños han vuelto a promover el expediente. Pronto tendrán santa en casa.

LOS POLVOS DE LA CONDESA

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL DÉCIMOCUARTO VIRREY DEL PERÚ

(Al doctor Ignacio La Puente)

I

En una tarde de junio de 1631 las campanas todas de las iglesias de Lima plañían fúnebres rogativas, y los monjes de las cuatro órdenes religiosas que a la sazón existían, congregados en pleno coro, entonaban salmos y preces.

Los habitantes de la tres veces coronada ciudad cruzaban por los sitios en que sesenta años después el virrey conde de la Monclova debía construir los portales de Escribanos y Botoneros, deteniéndose frente a la puerta lateral de palacio.

En éste todo se volvía entradas y salidas de personajes más o menos caracterizados.

No se diría sino que acababa de dar fondo en el Callao un galeón con importantísimas nuevas de España, ¡tanta era la agitación palaciega y popular!, o que como en nuestros democráticos días se estaba realizando uno de aquellos golpes de teatro a que sabe dar pronto término la justicia de cuerda y hoguera.

Los sucesos, como el agua, deben beberse en la fuente ;y por esto, con venia del capitán de arcabuceros que está de facción en la susodicha puerta, penetremos, lector, si te place mi compañía, en un recamarín de palacio.

Hallábanse en él el Excmo. Sr. D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera Bobadilla y Mendoza, conde de Chinchón, virrey de estos reinos del Perú por S. M. D. Felipe IV, y su íntimo amigo el marqués de Corpa. Ambos estaban silenciosos y mirando con avidez hacia una puerta de escape, la que al abrirse dió paso a un nuevo personaje.

Era éste un anciano. Vestía calzón de paño negro a media pierna, zapatos de pana con hebillas de piedra, casaca y chaleco de terciopelo, pendiendo de este último una gruesa cadena de plata con hermosísimos sellos. Si añadimos que gastaba guantes de gamuza, habrá el lector conocido el perfecto tipo de un esculapio de aquella época.

El doctor Juan de Vega, nativo de Cataluña y recién llegado al Perú, en calidad de médico de la casa del virrey, era una de las lumbreras de la ciencia que enseña a matar por medio de un *récipe*.

— ¿Y bien, D. Juan? — le interrogó el virrey más con la mirada que con la palabra.

— Señor, no hay esperanza. Sólo un milagro puede salvar a doña Francisca.

Y D. Juan se retiró con aire compungido.

Este corto diálogo basta para que el lector menos avisado conozca de qué se trata.

El virrey había llegado a Lima en enero de 1639, y dos meses más tarde su bellísima y joven esposa doña Francisca Henríquez de Ribera, a la

que había desembarcado en Paita para no exponerla a los azares de un probable combate naval con los piratas. Algún tiempo después se sintió la virreina atacada de esa fiebre periódica que se designa con el nombre de terciana y que era conocida por los incas como endémica en el valle del Rímac.

Sabido es que cuando en 1378 Pachacútec envió un ejército de treinta mil cuzqueños a la conquista de Pachacamac, perdió lo más florido de sus tropas a estragos de la terciana. En los primeros siglos de la dominación europea, los españoles que se avecindaban en Lima pagaban también tributo a esta terrible enfermedad, de la que muchos sanaban sin específico conocido y a no pocos arrebataba el mal.

La condesa de Chinchón estaba desahuciada. La ciencia por medio de su oráculo D. Juan de Vega, había fallado.

— ¡ Tan joven y tan bella ! — decía a su amigo el desconsolado esposo. ¡ Pobre Francisca ! ¿ Quién te habría dicho que no volverías a ver tu cielo de Castilla ni los cármenes de Granada? ¡ Dios mío! ¡ Un milagro, Señor, un milagro!....

— Se salvará la condesa, excelentísimo señor — contestó una voz en la puerta de la habitación.

El virrey se volvió sorprendido. Era un sacerdote, un hijo de Ignacio de Loyola, el que había pronunciado tan consoladoras palabras.

El conde de Chinchón se inclinó ante el jesuíta. Este continuó:

— Quiero ver a la virreina, tenga vuecencia fe y Dios hará el resto.

El virrey condujo al sacerdote al lecho de la moribunda.

II

Suspendamos nuestra narración para trazar muy a la ligera el cuadro de la época del gobierno de D. Luis Jerónimo Fernández de Cabrera, hijo de Madrid, comendador de Criptana entre los caballeros de Santiago, alcaide del alcázar de Segovia, tesorero de Aragón y cuarto conde de Chinchón, que ejerció el mando desde el 14 de enero de 1629 hasta el 18 del mismo mes de 1639.

Amenazado el Pacífico por los portugueses y por la flotilla del pirata holandés *Pie de palo*, gran parte de la actividad del conde de Chinchón se consagró a poner al Callao y la escuadra en actitud de defensa. Envió además a Chile mil hombres contra los araucanos y tres expediciones contra algunas tribus de Puno, Tucumán y Paraguay.

Para sostener el caprichoso lujo de Felipe IV y sus cortesanos, tuvo la América que contribuir con daño de su prosperidad. Hubo exceso de impuestos y gabelas, que el comercio de Lima se vió forzado a soportar.

Data de entonces la decadencia de los minerales de Potosí y Huancavelica, a la vez que el descubrimiento de las vetas de Bombón y Caylloma.

Fué bajo el gobierno de este virrey cuando en 1635 aconteció la famosa quiebra del banquero Juan de la Cueva, en cuyo banco — dice Lorente — tenían suma confianza así los particulares como el gobierno. Esa quiebra se conmemoró, hasta hace poco, con la mojiganga llamada *Juan de la Cova, coscoroba.*

El conde de Chinchón fué tan fanático como cumplía a un cristiano viejo. Lo comprueban muchas de sus disposiciones. Ningún naviero podía recibir pasajeros a bordo, si previamente no exhibían una cédula de constancia de haber confesado y comulgado la víspera. Los soldados estaban también obligados, bajo severas penas, a llenar cada año este precepto, y se prohibió que en los días de Cuaresma se juntasen hombres y mujeres en un mismo templo.

Como lo hemos escrito en nuestros *Anales de la Inquisición de Lima,* fué esta la época en que más víctimas sacrificó el implacable tribunal de la fe. Bastaba ser portugues y tener fortuna para verse sepultado en las mazmorras del Santo Oficio. En uno solo de los tres autos de fe a que asistió el conde de Chinchón fueron quemados once judíos portugueses, acaudalados comerciantes de Lima.

Hemos leído en el librejo del duque de Frías que en la primera visita de cárceles a que asistió el conde se le hizo relación de una causa seguida a un caballero de Quito, acusado de haber pretendido sublevarse contra el monarca. De los autos dedujo el virrey que todo era calumnia, y mandó poner en libertad al preso, autorizándole para volver a Quito y dándole seis meses de plazo para que sublevase el territorio; entendiéndose que si no lo conseguía, pagarían los delatores las costas del proceso y los perjuicios sufridos por el caballero.

¡Hábil manera de castigar envidiosos y denunciantes infames!

Alguna quisquilla debió tener su excelencia con las limeñas cuando en dos ocasiones promulgó bando contra las *tapadas;* las que, forzoso es decirlo, hicieron con ellos papillotas y tirabuzones.

Legislar contra las mujeres ha sido y será siempre sermón perdido.

Volvamos a la virreina, que dejamos moribunda en el lecho.

III

Un mes después se daba una gran fiesta en palacio en celebración del restablecimiento de doña Francisca.

La virtud febrífuga de la *cascarilla* quedaba descubierta.

Atacado de fiebres un indio de Loja llamado Pedro de Leyva, bebió para calmar los ardores de la sed del agua de un remanso, en cuyas orillas crecían algunos árboles de *quina*. Salvado así, hizo la experiencia de dar de beber a otros enfermos del mismo mal cántaros de agua en los que depositaba raíces de cascarilla. Con su descubrimiento vino a Lima y lo comunicó a un jesuíta, el que, realizando la feliz curación de la virreina, hizo a la humanidad mayor servicio que el fraile que inventó la pólvora.

Los jesuítas guardaron por algunos años el secreto, y a ellos acudía todo el que era atacado de tercianas. Por eso, durante mucho tiempo, los polvos de la corteza de quina se conocieron con el nombre de *polvos de los jesuítas*.

El doctor Scrivener dice que un médico inglés, Mr. Talbot, curó con la quinina al príncipe de Condé, al delfín, a Colbert y otros personajes, vendiendo el secreto al gobierno francés por una suma considerable y una pensión vitalicia.

Linneo, tributando en ello un homenaje a la virreina condesa de Chinchón, señaló a la quina el nombre que hoy le da la ciencia: *Chinchona*.

Mendiburu dice que al principio encontró el uso de la quina fuerte oposición en Europa, y que en Salamanca se sostuvo que caía en pecado mortal el médico que la recetaba, pues sus virtudes eran debidas a pacto de los peruanos con el diablo.

En cuanto al pueblo de Lima, hasta hace pocos años conocía los polvos de la corteza de este árbol maravilloso con el nombre de *polvos de la condesa.* (1)

---

(1) La primera esposa del conde de Chinchón llamóse doña Ana de Osorio, y por muchos se ha creído que fué ella la salvada por las virtudes de la quina. Un interesante estudio histórico publicado por D. Félix Cipriano Zegarra en la *Revista Peruana en* 1879, nos ha convencido de que la virreina que estuvo en Lima se llamó doña Francisca Henríquez de Ribera. Rectificamos, pues, con esta nota la grave equivocación en que habíamos incurrido.

LA TRADICIÓN
DE LA SAYA Y MANTO

Cuando se quiere salir del paso hablando del origen de algo ya muy rancio, viene a la boca esta frase: «Eso se pierde en la noche de los tiempos».

Tratándose de la saya y manto, no figuró jamás en la indumentaria de provincia alguna de España, ni en ninguno de los reinos europeos. Brotó en Lima tan espontáneamente como los hongos en un jardín.

¿En qué año brotó ese hongo? Mucho, muchísimo he investigado, pero sin fruto. No obstante, me atrevo a afirmar que la saya y manto nació en 1560.

Véanse ahora las razones en que fundo mi afirmación, y me prometo que el lector no habrá de estimarlas como antojadizas.

Lima se fundó el 18 de Enero de 1535, no excediendo de diez las mujeres oriundas de España que se avecindaron en la capital. Casi podría nombrarlas. Es, pues, tan claro, como el agua de

puquio que sólo de 1555 a 1560 pudo haber limeñas hijas de padre y madre españoles, o de peninsular e india peruana, en condiciones de formar un núcleo capaz de imponer moda como la de la saya y manto. Nadie disputa a Lima la primacía, o mejor dicho, la exclusiva en moda, que no cundió en el resto de América, y que dió campo a las criollas mejicanas para que bautizasen a las limeñas con el apodo de *las enfundadas.*

En el Perú mismo, la saya y manto fué tan exclusiva de Lima, que nunca salió del radio de la ciudad. Ni siquiera se la antojó ir de paseo al Callao, puerto que dista dos leguas castellanas de la capital.

En 11 de abril de 1601 inauguróse el tercero de los Concilios convocados por el santo arzobispo Toribio de Mogrovejo, al que sometió la abolición de la saya y manto, bajo pena de excomunión. Si Su Ilustrísima pone el tema sobre el tapete en sus Concilios de 1583 y 1591, como hay Dios que mis paisanas se quedan sin saya y manto. La población de Lima apenas si excedía de treinta mil almas, y las devotas de la saya y manto, que constituían la sociedad decente de la ciudad, si los cálculos estadísticos no marran, podrían fluctuar por entonces entre setecientas y ochocientas *enfundadas.*

El arzobispo olvidó en 1601, que desde 1590 en que vino a Lima doña Teresa de Castro, esposa del virrey don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, la saya y manto había reforzado muchísimo sus filas. Entre camaristas, meninas y criadas, trajo doña Teresa veintisiete muchachas españolas, a las que aposentó en palacio, y todas las que, en el trascurso del año, encontraron en Lima la media naranja complementaria. Además,

en la comitiva del virrey, y con empleo en el Perú, vinieron cuarenta y tantos presupuestívoros con sus mujeres, hermanas, hijas y domésticas.



Las recientemente llegadas, por novelería unas, y por congraciarse con las limeñas legítimas otras, todas dieron en enfundarse.

Doña Teresa fué de las primeras en vestir saya y manto, sugestionada acaso por su marido, pues la historia nos cuenta que el virrey anduvo siempre a la greña con el arzobispo. Algo, que no mucho, he relatado sobre tal tema en mi tradición *Las querellas de Santo Toribio.*

Es mi sentir, repito, que Su Ilustrísima anduvo desacertado en la elección de la oportunidad, pues admitiendo mi creencia de que la saya y manto naciera en 1560, cuarenta años después, esto es, en 1601, año del tercer Concilio, las devotas de la extravagante indumentaria serían ya todas las limeñas, esto es, tres o cuatro mil hijas de Eva, las que alborotaron el cotarro hasta el punto de sembrar semilla de cisma. Ello es que el Concilio no pronunció fallo.

Los virreyes, marqueses de Guadalcázar y de Montecláros y otros, intentaron también abolir la saya y manto; pero no pasaron de intento. Virrey hubo que se limitó a encomendar a los maridos que no permitiesen a la costilla ni a sus hijas tal indumentaria, lo que fué como dar el encargo al Archipámpano de las Indias. Tan cierto es que nunca los hombres tomamos carta en juego de modas, que hoy mismo las dejamos tranquilas cuando lucen sobre la cabeza los fenomenales sombrerotes a la moda. Ya desaparecerán sin que intervengamos los varones.

La primitiva saya que perduró hasta cinco o seis años después de la batalla de Ayacucho, fué, y dicho sea en puridad de verdad, una prenda muy antiestética, especie de funda desde la cintura a los pies, que traía a la mujer como engrilletada, pues apenas podía dar paso mayor de tres pulgadas.

Para las *tapadas*, en España y en todas las capitales de virreinato americano, la mantilla y el rebocillo eran los encubridores del coqueteo. Para la tapada limeña lo fué el manto negro de sarga o de borloncillo, no del todo desprovisto de gracia. La llamada *saya de tiritas* era una curiosa extravagancia. Anualmente, en la tarde del día de la Purciúncula, efectuábase una romería a la Alameda de los Descalzos, donde los buenos padres obsequiaban con un festín a los mendigos de la ciudad. Las más hermosas y acaudaladas limeñas concurrían a ese acto enfundándose en la más vieja, rota y deshilachada de sus sayas, y contrastando con esa miseria, ostentaban el riquísimo chal y las valiosas alhajas de siempre. Todas consumían siquiera un pedazo de pan y una cucharada de la sopa de los pobres.

Con la independencia, la revolución alcanzó también a la saya, y sin que las jamonas ni las viejas renunciacen a la primitiva saya de *carro*, las jóvenes crearon la *gamarrina*, la cual, cuatro años después, convirtieron en la *orbegosina*. Se diferenciaban, más que en la forma, en el color del raso: la gamarrina, contemporánea del presidente general Gamarra, era de raso negro o cabritilla, y la *orbegosina*, en homenaje a su sucesor el general Orbegoso, era azulina o verde oscura. La saya se convirtió en enseña de partido político.

Como se ve, la gamarrina y la orbegosina se apartaban algo de la saya primitiva, pues en la parte baja eran relativamente más holgadas y llevaban un ruedo de raso claro por adorno.

Cuando en 1835 el general Salaverry encabezó la revolución contra la presidencia de Orbegoso, nació la *salaverrina*, de falda suelta y airosa, que permitía libertad de movimientos. Esta fué la sa-

ya que tanta fama diera a la tapada limeña, pues con ella, amén de la gentileza corporal, salieron a lucir las agudezas del ingenio. Esa fué la tapada que yo conocí en mis tiempos de colegial y que, por mi voto, aun existiría.

Después de 1850, la relativa holgura social, producida por los millones de la Consolidación, dió incremento al comercio francés y a las modas de París. Lo que en tres siglos no consiguieron ni Santo Toribio ni los virreyes, desapareció sin resistencias ni luchas, poquito a poco. En 1860, justamente a los tres siglos de nacido el hongo, desapareció la saya y manto en procesiones y paseos. Nació sin partida de bautismo comprobatoria de cuándo, cómo ni por qué. Ha muerto lo mismo; sin partida de defunción, ni fecha fija, ni motivo cierto que la excluyese.

6

A LOS OJOS DE . . . . .

¿Que soy cobarde? ¡Corriente!
Téngote pánico atroz
y huyo de ti, dulce niña,
que soles tus ojos son
y temo arder en su llama
mariposa del amor.
Asegurado de incendios
quisiera estar, como hay Dios,
para resistir, sin miedo
de tu mirada el fulgor.
Huyo de ti que eres, niña,
animada tentación,
capaz de tornar a un santo
en un muy gran pecador.
Eva, la del Paraíso,
tus ojos lindos debió
tener, sin disputa, cuando
Adán dió aquel resbalón,
cuyas consecuencias paga
la prole hasta el día de hoy.
Los rayos del sol son nieve,
en la tropical región,
comparados de tus ojos
con el fuego abrasador.
No me mires, que me quemas
el ya enfermo corazón,
y me ha recetado el médico
que lo precaba del sol.

UNA ASTUCIA DE ABASCAL

I

Que el excelentísimo señor virrey D. Fernando de Abascal y Souza, caballero de Santiago y marqués de la Concordia, fué hombre de gran habilidad, es punto en que amigos y enemigos que alcanzaron a conocerlo están de acuerdo. Y por si alguno de mis contemporáneos lo pone en tela de juicio, bastaráme par obligarlo a arriar bandera referir un suceso que aconteció en Lima a fines de 1808; es decir, cuando apenas tenía Abascal año y medio de ejercicio en el mando.

Regidor de primera nominación, en el Cabildo de esta ciudad de los reyes, era el señor de.... ¿de qué?, no estampo el nombre por miedo de verme enfrascado en otro litigio *pati-gallinesco*.... Llamémoslo H....

Su señoría el regidor H... era de la raza de las cebollas. Tenía la cabeza blanca y el resto verde; esto es, que a pesar de sus canas y achaques, todavía galleaba y se le alegraba el ojo con las tataranietas de Adán. Hacía vida de solterón, tratábase a cuerpo de príncipe, que su hacienda era pingüe, y su casa y persona estaban confiadas al cuidado de una ama de llaves y de una legión de esclavos.

Una mañana, cuando apuraba el Sr. de H.... la jícara del sabroso chocolate del Cuzco con ca-

nela y vainilla, presentósele un pobre diablo, vendedor de alhajas, con una cajita que contenía un alfiler, un par de arracadas y tres anillos de brillantes. Recordó el sujeto que la Pascua se aproximaba y que para entonces tenía compromiso de obsequiar esa fruslería a una chica que lo traía engatusado. Duro más, duro menos, cerró trato por doscientas onzas de oro, guardó la cajita y despidió al mercader con estas palabras:

— Bien, mi amigo, vuélvase usted dentro de ocho días por su plata.

Llegó el día del plazo, y tras este otro y otro, y el acreedor no lagraba hablar con su deudor; unas veces por que el señor había salido, otras porque estaba con visitas de gente de copete, y al fin porque el negro portero no quiso dejarlo pasar del zaguán. Abordólo al cabo una tarde en la puerta del Cabildo, y a presencia de varios de sus colegas le dijo:

— Dispenseme su señoría si no pudiendo encontrarlo en su casa me le hago presente en este sitio, que los pobres tenemos que ser importunos.

— ¿Y qué quiere el buen hombre? ¿Una limosna? Tome, hermano, y vaya con Dios.

Y el Sr. de H.... sacó del bolsillo una peseta.

— ¿Qué es eso de limosna? — contestó indignado el acreedor. — Págueme usía las doscientas onzas que me debe.

— ¡Habráse visto desvergüenza de pícaro! — gritó el regidor. — A ver, alguacil. Agárreme usted a este hombre y métalo en la cárcel.

Y no hubo remedio. El infeliz protestó; pero como las protestas del débil contra el fuerte son agua de malvas, con protestas y todo fué nuestro hombre por veinticuatro horas a chirona por

desacato a la caracterizada persona de un municipal o *municipillo.*

Cuando lo pusieron en libertad anduvo el pobrete con su queja de Caifás a Pilatos; pero como no presentaba testigos ni documentos, lo calificó el uno de loco y el otro de bribón.

Llegó el caso a oídos del virrey, y éste hizo ir secretamente a palacio a la víctima, le interrogó con minuciosidad y le dijo:

— Vaya usted tranquilo y no cuente a nadie que nos hemos visto. Le ofrezco que para mañana o habrá recobrado sus prendas o irá por seis meses a presidio como calumniador.

II

Exceptuando las noches de teatro, al que Abascal sólo por enfermedad u otro motivo grave dejaba de concurrir, recibía de siete a diez a sus amigos de la aristocracia. La linda Ramona, aunque apenas frisaba en los catorce años, hacía con mucha gracia los honores del salón, salvo cuando veía correr por la alfombra un ratoncillo. Tan melindrosa era la mimada hija de Abascal. que su padre prohibió quemar cohetes a inmediaciones de Palacio, porque al estallido acometían a la niña convulsiones nerviosas. ¡Repulgos de muchacha engreída! Corriendo los años no se asustó con los mostachos de Pereira, un buen mozo a quien mandó el rey para hacer la guerra a los insurgentes, y que no hizo en el Perú más que llegar y besar, conquistando en el acto la mano y el corazón de Ramona y volviéndose con su costilla para España. ¡Buen calabazazo llevaron todos los marquesitos y condesitos de Lima que bailaban por la chica el *Agua de nieve!* Aquella no-

che concurrió, como de costumbre, el Sr. de H.... a la tertulia palaciega. El virrey agarróse mano a mano en conversación con él, pidióle un polvo, y su señoría le pasó la caja de oro con cifra de rubíes. Abascal sorbió una narigada de rapé, y por distracción sin duda guardó la caja ajena en el bolsillo de la casaca.

De repente Ramona empezó a gritar. Una arañita *morroñosa* se paseaba por el raso blanco que tapizaba las paredes del salón, y Abascal, con el pretexto de ir a traer agua de melisa o el frasquito del vinagre de los siete ladrones, que es santo remedio contra los nervios, escurrióse por una puertecita, llamó al capitán de la guardia de alabarderos y le dijo:

—D. Carlos, vaya usted a casa del Sr. de H... y dígale a Conce, su ama de llaves, que por señas de esta caja de rapé que dejará usted en poder de ella, manda su patrón por la cajita de alhajas que compró hace quince días, pues quiere enseñarlas a Ramoncita, que es lo más curiosa que en mujer cabe.

III

A las diez de la noche regresó a su casa el Sr. de H... y la ama de llaves le sirvió la cena. Mientras su señoría saboreaba un guiso criollo, doña Conce, con la confianza de antigua doméstica, le preguntó:

—¿Y qué tal ha estado la tertulia señor?

—Así, así. A la cándida de la Ramona le dió la pataleta, que eso no podía faltar. Esa damisela es una doña Remilgos y necesita un marido de la cáscara amarga, como yo, que con una paliza a tiempo estaba seguro de curarla de espantos. Y

lo peor es que su padre es un viejo pechugón que me *codeó* un polvo y se ha quedado con mi caja de los días de fiesta.

—No, señor. Aquí está la caja, que la trajo uno de los oficiales de Palacio.

—¿A qué hora, mujer?

—Acababan de tocar las ocho en las nazarenas, y obedeciendo al recado que usted me enviaba, le dí al oficial la cajita.

—Tú estás borracha, Conce. ¿De qué cajita me hablas?

—¡Toma! De la de alhajas que compró usted el otro día.

El Sr. de H.... quedó como herido por un rayo. Todo lo había adivinado.

A los pocos días emprendió viaje para el Norte, donde poseía un valioso fundo rústico, y no volvió a vérsele en Lima.

Por supuesto, que comisionó antes a su mayordomo para que pagase al acreedor.

El caballeroso Abascal recomendó al capitán de alabarderos y al dueño de las alhajas que guardasen el secreto; pero la historia llegó a saberse con todos sus pormenores, por aquello de que "secreto de tres, vocinglero es."

¡AL RINCON! ¡QUITA CALZON!

(A Monseñor Manuel Tovar)

El liberal obispo de Arequipa Chávez de la Rosa, a quien debe esa ciudad, entre otros beneficios, la fundación de la Casa de expósitos, tomó gran empeño en el progreso del seminario, dándole un vasto y bien meditado plan de estudios, que aprobó el rey, prohibiendo sólo que se enseñasen derecho natural y de gentes.

Rara era la semana por los años de 1796 en que su señoría ilustrísima no hiciera por lo menos una visita al colegio, cuidando de que los catedráticos cumpliesen con su deber, de la moralidad de los escolares y de los arreglos económicos.

Una mañana encontróse con que el maestro de latinidad no se había presentado en su aula, y por consiguiente los muchachos, en plena holganza, andaban haciendo de las suyas.

El señor obispo se propuso remediar la falta, reemplazando por ese día al profesor titular.

Los alumnos habían descuidado por completo aprender la lección. *Nebrija* y el *Epítome* habían sido olvidados.

Empezó el nuevo catedrático por hacer declinar a uno *musa, musœ*. El muchacho se equivocó en el acusativo del plural, y el Sr. Chávez le dijo:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

En esos tiempos regía por doctrina aquello de que *la letra con sangre entra*, y todos los cole-

gios tenían un empleado o bedel, cuya tarea se reducía a aplicar tres, seis y hasta doce azotes sobre las posaderas del estudiante condenado a ir al *rincón.*

Pasó a otro. En el nominativo de *quis vel quid* ensartó un despropósito, y el maestro profirió la tremenda frase:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

Y ya había más de una docena arrinconados, cuando le llegó su turno al más chiquitín y travieso de la clase, uno de esos tipos que llamamos *revejidos,* porque a lo sumo representaba tener ocho años, cuando en realidad doblaba el número.

— *¿Quid est oratio?* — le interrogó el obispo.

El niño o *conato* de hombre alzó los ojos al techo (acción que involuntariamente practicamos para recordar algo, como si las vigas del techo fueran un tónico para la memoria) y dejó pasar cinco segundos sin responder. El obispo atribuyó el silencio a ignorancia, y lanzó el inapelable fallo:

—¡Al rincón! ¡Quita calzón!

El chicuelo obedeció, pero rezongando entre dientes algo que hubo de incomodar a su ilustrísima.

—Ven acá, trastuelo, Ahora me vas a decir que es lo que murmuras.

—Yo, nada, señor.... nada — y seguía el muchacho gimoteando y pronunciando a la vez palabras entrecortadas.

Tomó a capricho el obispo saber lo que el escolar murmuraba, y tanto le hurgó que, al fin, le dijo el niño:

—Lo que hablo entre dientes es que, si su señoría ilustrísima me permitiera, yo también le haría una preguntita, y había de verse moro para contestármela de corrido.

Picóle la curiosidad al buen obispo, y sonriéndose ligeramente, respondió:

— A ver, hijo, pregunta.

— Pues con venia de su señoría, y si no es atrevimiento, yo quisiera que me dijese cuántos *Dóminus vobiscum* tiene la misa.

El Sr. Chávez de la Rosa, sin darse cuenta de la acción, levantó los ojos.

— ¡Ah! — murmuró el niño, pero no tan bajo que no lo oyese el obispo. — También él mira al techo.

La verdad es que a su señoría ilustrísima no se le había ocurrido hasta ese instante averiguar cuántos *Dominus vobiscum* tiene la misa (1).

Encantólo, y esto era natural, la agudeza de aquel arrapiezo, que desde ese día le cortó, como se dice, el ombligo.

Por supuesto, que hubo amnistía general para los arrinconados.

El obispo se constituyó en padre y protector del niño, que era de una familia pobrísima de bienes, si bien rica en virtudes, y le confirió una de las becas del seminario.

Cuando el Sr. Chávez de la Rosa, no queriendo transigir con abusos y fastidiado de luchar sin fruto con su Cabildo y hasta con las monjas renunció en 1804 el obispado, llevó entre los familiares que lo acompañaron a España al cleriguito del *Dominus vobiscum,* como cariñosamente llamaba a su protegido.

---

(1) Mi amigo el presbítero español D. José María Sbarbi, ocupándose en *El Averiguador*, periódico madrileño, de esta tradición, asegura que son ocho los *Dominus vobiscum*.

Andando los tiempos, aquel niño fué uno de los prohombres de la independencia, uno de los más prestigiosos oradores en nuestras Asambleas, escritor galano y robusto, habilísimo político y orgullo del clero peruano.

¿Su nombre?

¡Qué! ¿No lo han adivinado ustedes?

En la bóveda de la catedral hay una tumba que guarda los restos del que fué Francisco Javier de Luna-Pizarro, vigésimo arzobispo de Lima, nacido en Arequipa en diciembre de 1780 y muerto el 9 de febrero de 1855.

UNA MODA QUE NO CUNDIÓ

Los matrimonios aristocráticos o de personas acaudaladas se celebraban en Lima con muchísimo boato, allá en los tiempos del rey. Otro tanto pasaba con los bautizos.

En el oratorio de la casa de la novia se adornaba el altar con profusión de flores y de luces, y a las ocho en punto de la noche efectuaba la nupcial ceremonia un canónigo de la Catedral, el prior de alguna de las comunidades, o el capellán de la familia, cuando no era cleriguillo de misa y olla, salvo las rarísimas ocasiones en que el arzobispo santificaba la unión. Sabido es que las personas de copete compraban el derecho de oir

misa en casa y de mantener capellán rentado, amén de otros privilegios como los que tuvo el marqués de la Bula, y que han servido de tema para una de nuestras tradiciones precedentes.

A la ceremonia religiosa seguía, no un saragüete, propio de gente de poco más o menos, sino un espléndido sarao que terminaba después de las doce de la noche. Por esos tiempos no se estilaba que los novios desapareciesen, como por escotillón, para ir a dar el primer mordisco al pan de la boda en una pitoresca casa de campo o en uno de los elegantes balnearios vecinos a la ciudad. A lo sumo, después de despedidos los convidados, los conyuges se hacían conducir en calesa a la casa en que iban a establecer el nuevo hogar.

En los antiguos libros parroquiales abundan las partidas de matrimoio en que el cura declara que sirvieron de testigos fulano y zutana, y que los padrinos de los contrayentes fueron San Jose y la Virgen. Tal era la fórmula de todo matrimonio entre pobres de solemnidad, hasta que el señor Benavente, primer arzobispo republicano, la declaró abolida. Ese compromiso menos tienen ahora san José y la Virgen.

Doña Angela Zeballos, esposa del virrey Pezuela, se propuso singularizarse rompiendo de golpe y zumbido con la secular manera de hacer los matrimonios. Por lo menos había resuelto que sus hijas, si se casaban en Lima, lo hiciesen diferenciándose de sus paisanas.

En 1817, derrotado por los patriotas de Chacabuco, regresó el brigadier Osorio, y para consolarse del agravio que Marte le infiriera negándole laureles en el campo de batalla, se propuso cosechar mirtos en los dominios de Venus y de



Himeneo. Ya era tiempo, pues su señoría el general frisaba en las cuarentta y siete navidades.

El 14 de Agosto de 1817 circuló entre la aristocracia limeña una esquela que a la vista tengo y la cual, copiada *ad pedem literœ,* dice:

CON EL BRIGADIER DON MARIANO OSORIO, SE CASA DOÑA JOAQUINA DE LA PEZUELA Y ZEBALLOS. LOS PADRES DE ÉSTA SE LO COMUNICAN A USTED, ESPERANDO LOS ACOMPAÑE EN SU SATISFACCIÓN.

Nada de particular ofrecería la esquela si no la hubiese comentado don Manuel Joaquín de Cobos, regidor del cabildo de Lima, encargado de la policía de la ciudad, personaje a quien estuvo dirigido el ejemplar que conozco.

Ese don Manuel Joaquín de Cobos fué autoridad muy popular, y poseo una acuarela de Pancho fierro que lo representa en traje de cabildante, con sombrero de tres candiles, bastón con borlas y espadín. Su señoría era gran devoto de las musas, y conozco de él un romance titulado *Mi testamento,* en el cual dice que es:

hijo de un macho y de una hembra,
de cristiano matrimonio,
porque en mi tierra, a Dios gracias,
no se la pone el demonio.

Pasaba don Manuel Joaquín por derrochador de agudezas de ingenio y cuentan que en 1815 casi anduvo a estocadas con el conde de Casa Dávalos, porque habiéndole llegado de España a un hermano suyo, que era todo un bobo de Coria, la cruz de Carlos III, le dijo a aquél el señor Cobos en plena tertulia de cabildantes:

— Felicite usted de mi parte a su hermanito por la semejanza que con Nuestro Señor Jesucristo le ha dado el rey nuestro señor.

— No sé — contestó el conde, que era hombre de malas pulgas. — en qué pueda parecerse mi hermano al divino Redentor.

— Hombre, en que a Jesucristo le dieron una también una cruz..... y no la merecía.

— Usted, señor regidor, usa por lengua una cuchilla — le contestó el condesito, volteando la espalda y enviándole después a sus padrinos. Entiendo que la sangre no llegó al río.

Dice el comentador de la esquela que, como de costumbre, se comió el 15 de Agosto en palacio a las cinco de la tarde; que la familia se levantó de la mesa a las seis, trasladándose al salón de ceremonia, donde damas y caballeros de lo más empingorotado de la ciudad esperaban a los novios; que pasaron los asistentes a la capilla de palacio, en la que el arzobispo Las Heras bendijo la unión, funcionando como padrinos los padres de la joven; que, terminada la ceremonia, en vez del sarao que el concurso se prometía, empezó doña Angela a rezar en voz alta un rosario, con las obligadas oraciones de apéndice, a todo lo que la sociedad hizo coro; que concluído el rezo, los recién casados y los padrinos subieron al coche de gala, encaminándose al teatro, en el cual se daba aquella noche una famosa comedia de vuelos, la que terminó antes de las once; y por fin, que regresados a palacio, se cenó en familia.... y todo el mundo a la cama.

Ya se imaginará el lector que esta singular manera de hacer una boda no cayó en gracia a la *crême* limeña, y que ello fué la comidilla de todas

las conversaciones, en que las que a doña Angela se la ponía como a hoja de perejil.

Tres meses después, en la Pascua de Diciembre, la viuda del marqués de Mozobamba del Pozo casó a una de sus hijas, habiendo repartido entre sus invitados la siguiente esquelita, que parece un sinapismo cargado de cantárida aplicado a la virreina.

La Marquesa de Mozobamba del Pozo convida a usted al matrimonio de su hija Mercedes con el Doctor don Faustino de la Cueva y Salazar, a las ocho de la noche del día 25, previniéndole que no habrá rosario.

Bien dicen los que dicen que de pequeñas causas nacen grandes efectos. Desde la noche del casamiento de su hija Joaquina, empezó la impopularidad del virrey Pezuela, a la que puso término el motín de Aznapuquio, que expulsó del país al representante de la corona.

EL CAPITAN ZAPATA

I

—Quede, pues, vuesa merced mucho con Dios, que yo hasta verme en Potosí no descabalgo, y poco ha de acorrerme la fortuna, que ciega es y a los audaces ampara, si no fino millonario.

—Oigale Dios, señor capitán, y vaya mucho con él, y no olvide que palabra le tomo de sacarme de pobre con las migajas de su dicha — contestó, con sonrisa burlona, el alférez de arcabuceros reales D. Rodrigo Peláez, dando una estrecha empuñada al capitán de picas y sobresalientes don Martín Zapata.

Tal fué el final de un diálogo que, a la puerta del Cabilde de Lima, tuvieron en cierta tarde del año de gracia 1557 dos bravos militares, que fama de esforzados conquistaron batiéndose contra la rebeldía de Francisco Hernández Girón.

Las guerras civiles de los conquistadores habían llegado a su término, y ni semilla de bochincheros quedaba en el extenso virreinato del Perú.

El capitán Zapata, convencido de que ya las armas no ofrecían porvenir a los hombres de guerra, había decidido irse a Potosí en pos de la madre gallega, y sin más alambicarlo, arregló la maleta, enfrenó el caballo, y pian piano emprendió viaje al Alto Perú.

Era por entonces el capitán un mancebo de veinticinco pascuas floridas, de marcial apostura, moreno de color y con bigotes a la turca. Había llegado al Perú seis años antes y cuando las rebeldías estaban candentes. Sentó plaza de soldado, y batiéndose con tanto denuedo, que grado a grado fué ganando ascensos. No se sabía a punto fijo de cuál de los reinos de España era oriundo: unos lo creían andaluz y otros castellano viejo, pues de ambas provincias hablaba con entero conocimiento.

A pesar de su mocedad no despuntaba por el juego, el vino y los amoríos, que nunca se le conoció el menor chichisbeo con soltera, casada o viuda, sino por un excesivo celo religioso que picaba en fanatismo. Confesaba y comulgaba el primer domingo del mes; era seguro encontrarlo en misa de alba y en el rosario nocturno; no desperdiciaba fiesta ni sermón, y no hubo cofradía en la que no figurase como hermano. Tanto ascetismo en un soldado mozo, a fe que era como para hacerse cruces. A otros prójimos con menos los ha canonizado Roma.

II

Llegado Zapata a Potosí en 1558, dividió su tiempo entre las prácticas devotas y el cateo de minas, yéndole tan propiciamente en la última faena, que a poco, en 1562, descubrió una riquísima veta de plata, a la que bautizó con su apellido. Inmediatamente escribió a su amigo el alférez Peláez y lo destinó como administrador de la mina, asegurándole por sueldo el cuatro por ciento de los provechos.

La *Zapata*, en los diez años que la explotó su descubridor y dueño, fuera de los quintos pagados a la corona, produjo barras por valor de más de tres millones de pesos de a nueve reales.

El capitán no era un avaro insaciable, y en 1573 vendió la mina a una sociedad de vascongados, contrató en Arica un navío, lo lastró con barras de plata y...., ¡velas y buen viento!...., desembarcó con su ingente caudal en Cádiz. Allí repartió un cuarto de milloncejo entre iglesias y monasterios, y aun estableció no sé qué fundación piadosa para alivio de viudas y huérfanos.

Pero ¡cosa rara!, un día el opulentísimo *perulero* (como llamaban a los que volvían a España con procedencia de esta región de las Indias) anocheció y no amaneció en Cádiz. Persona y caudal se habían evaporado.

Ello es que la justicia se cansó de hacer indagaciones sin sacar nada en claro, y que el pueblo gaditano se echó a inventar leyendas, a cual más absurda y maravillosa. Por supuesto que en todas figuraba el diablo, cargando a la postre con el beato y sus tesoros.

III

D. Rodrigo Peláez continuó aún por tres o cuatro años en Potosí, rellenando la hucha como empleado en la mina; pero por ciertas quisquillas con sus nuevos patrones los vascongados, hizo dimisión del puesto y decidió regresar a España. Tenía ya el riñón bien cubierto, como que era dueño de más de cien mil duros, capitalito decente para vivir en su tierra a cuerpo de príncipe.

Avistaba ya las costas españolas, cuando la nave que lo conducía fué abordada por unos pi-

ratas berberiscos, que condujeron al alférez y a sus compañeros de viaje cautivos a Argel, y allí los vendieron como esclavos al visir Sig-Al-Emir.

D. Rodrigo, con varios de sus compatriotas, fué destinado al cultivo de uno de los jardines que en los alrededores de la ciudad poseía el visir; y llevaba ya el infortunado español dos meses de cautiverio sin conocer a su amo y señor.

Al fin una tarde, con gran comitiva de musulmanes, fué Sig-Al-Emir a visitar su propiedad, y apenas si favoreció con una mirada desdeñosa a alguno de sus esclavos. Hizo la Providencia que una de esas miradas cayese sobre el cautivo Peláez.

Por la noche, libre ya de acompañantes, el emir mandó llamar a su cámara al esclavo español, y tan luego como se encontró a solas con él, le dijo:

—Abrázame, Rodrigo Peláez. ¿No me reconoces?

El capitán Zapata era el visir de Argel.

IV

La vida aventurera de Zapata la relataremos brevemente.

Muchacho de doce años se embarcó como grumete, y un naufragio lo llevó a las costas de España, donde vagando de pueblo en pueblo, vivió como a Dios plugo ayudarlo durante seis años. Vínose al Perú, alistóse en la milicia, pasó a Potosí y enriqueció.

En los seis meses de su residencia en Cádiz dióse maña para poco a poco trasladar a Argel su cuantiosa fortuna. Con ella y con lo despejado

de su ingenio alcanzó a conquistar el cariño del sultán, quien lo elevó al rango de visir.

Su fervor religioso en América y España fué la máscara tras la que se escondía el más fiel de los sectarios de Mahoma. Cuando en 1570 se estableció la Inquisición en el Perú, empezó el capitán Zapata a recelar que por ponerse camisa limpia en viernes, no comer gallina degollada por mano de mujer, lavarse los brazos de las manos a los codos, o cualquiera futesa del rito de Mahoma, llegara a descubrirse la superchería y a intimar relaciones con el Santo Oficio. Por eso se apuró a vender la mina y poner mar de por medio entre él y los hombres de la cruz verde.

DE MENOS HIZO DIOS A CAÑETE

He aquí otra tradición ajena, sin la que tampoco puede pasarse mi libro, y que, en mi pluma, no es sino rapidísimo extracto de la que, con mucha galanura de forma y abundancia de pormenores, publicó en *El Perú Ilustrado* mi carísimo compinche *Perpetuo Antañón.* Quiero sí añadir que la verdadera fuente de la historieta se encuentra en los *Viajes* o Memorias de Stevenson, secretario de Lord Cochrane, obra a la que remito, en consulta, a los que pretendan hacer más amplio conocimiento con los dos protagonistas de la tradición.

I

Concluía el segundo tercio del pasado siglo, y eran muy populares en Lima dos mercachifles o buhoneros ambulantes, mozos que frisaban en los veinte eneros. Hijo de la verde Erín era el uno, rubio como unas candelas, de ojos azules y vigoroso de formas, y bautizádolo había el pueblo con el nombre de *Ambrosio el Inglés*. Era el otro un mancebo, natural de Santander, en España, moreno de color y agraciado de figura, a quien los vecinos de esta noble ciudad de los Reyes conocían por *Juanito el Montañés*.

Los dos mercachifles habían principiado por hacerse cruda guerra, arrebatándose uno a otro la *marchantería*, lo que nos autoriza para asegurar que no podían alcanzar mucho medro. Por fin, después de dos años de mutua enemiga, entraron en razón y convinieron en asociarse, lo que fué acertadísimo; pues desde ese día empezaron a prosperar que era una maravilla.

Los dos eran mozos extremados en todo, y tanto como se habían odiado así se intimaron en la amistad. Ambrosio el Inglés y Juanito el Montañés durmieron bajo el mismo techo, partieron de un pan y comieron en un plato, sin que hubiese entre ellos ni mío ni tuyo.

¡Beneficios de la paz! Mientras existió entre los dos mercachifles rivalidad abierta, apenas si ganaban para mantenerse; pero al año de estar en armonía dieron balance, y halláronse con que eran dueños de cien peluconas, de esas que hoy no se ven ni en monetario.

Al montañés se le despertó la codicia, y pensó ya en cosas mayores: poner tienda y dejarse

de andar corriendo calles. El inglés, más sesudo y flemático, le combatió el pensamiento; pero aferrado Juan con su idea, tuvo Ambrosio que ceder. Los mercachifles se habían jurado, al asociarse, estar en punto a negocios siempre tan unidos como los dedos de la mano.

Alquilaron en la esquina de Judíos una covachuela casi fronteriza al portal de Botoneros, la habilitaron con el pequeño capitalito adquirido y con mil pesos más que en zarazas, bayeta de Castilla y otros lienzos les fiaron unos comerciantes, y.... ¡a la mar, madera!

Pero fué el caso que con la nueva posición brotaron ciertos humillos en nuestros ex mercachifles; cambiaron de traje y método de vida y, digámoslo de una vez, hasta Cupido, para cuyas flechas el gringo y el montañés habían tenido sobre el pericardio del corazón doce pulgadas de blindaje, se adueñó de ellos.

Dicho está con esto que tanto y tanto resbalaron, que cayeron al fin de bruces, y se encontraron en quiebra y endrogados en dos mil duretes.

—¿Y qué hacemos ahora? — preguntó Juanito a su socio.

—¿Qué hemos de hacer? Entregar las llaves al Consulado — contestó el irlandés.

—¡Qué Consulado ni qué niño muerto! — exclamó el santanderino. — Cerremos la tienda, tiremos las llaves al río y echémonos a volar, que ¡quién sabe la suerte que Dios nos tiene deparada!

— Sí, cuando menos la mitra de arzobispo para ti y el bastón de virrey para mí — replicó con aire de zumba el flemático Ambrosio.

—¿Y por qué no? De menos hizo Dios a Cañete — concluyó el compañero.

Y desde ese día nadie volvió a ver en Lima ni a Ambrosio el Inglés ni a Juanito el Montañés.

II

El 6 de junio de 1796 fué día de fiesta solemnísima en Lima, como que en él se realizó la entrada del Excmo. Sr. D. Ambrosio O'Higgins, marqués de Osorno y virrey del Perú, conocido en la historia patria con el mote de *El virrey inglés*. Quien pormenores biográficos conocer quiera sobre este personaje y su rápido encumbramiento, búsquelos en nuestra tradición titulada *¡A la cárcel todo Cristo!*

Dice Perpetuo Antoñón (y mucho de esto también cuenta en su libro el viajero Stevenson) que tan luego como las campanas de la catedral anunciaron que el nuevo virrey entraba en el palacio de Pizarro, salió del de Toribio de Mogrovejo una magnífica carroza arrastrada por seis robustas mulas piuranas, negras retintas, conduciendo al Ilmo. Sr. D. Juan Domingo González de la Reguera, caballero gran cruz de Carlos III y décimosexto arzobispo de Lima, a hacer la visita de etiqueta al representante del monarca. Cuando el venerable prelado se adelantaba a saludarle, descendió el virrey del solio, avanzó a su encuentro y le tendió los brazos, en los que se arrojó el arzobispo, quedándose largo rato tiernamente estrechados con gran asombro de los circunstantes. Mientras así se tenían, un oidor que estaba cercano diz que oyó, a fuer de buen oidor, que se cambiaron en voz bajísima estas palabras:

—¡Juanito! ¡Quién nos dijera!....

—¡Ambrosio! Te lo dije.... De menos hizo Dios a Cañete.

EL SALMO DE LA VIDA

(*Longfelovv*)

¡Ah ¡no! No me digais con voz doliente
que la vida es un sueño
que el alma muere donde el cuerpo acaba,
que es nuestra fin incierto.
Polvo que vuelve al polvo es la sentencia
funesta para el cuerpo;
pero el alma, que es luz, en luminosa
región busca su centro.
Placeres y amarguras no son sólo
de la existencia objeto;
la vida es acción viva, afán perenne;
la vida es lucha, es duelo.
La obra del tiempo es lenta, y el tiempo huye
rápido como el viento;
y el corazón la marcha del combate
sigue siempre batiendo.
¡Alerta! En la batalla de la vida
reposar un momento
es torpe cobardía... la victoria
es hija del esfuerzo.
Da un adiós al pasado, y del mañana
no te ofusque el destello;
pón la esperanza en Dios, en Dios tan sólo,
y lucha con denuedo.

La Historia nos lo dice: la constancia,
el valor y el talento
engrandecen al hombre. ¡Fe y audacia!
También grandes seremos.
Y más tarde ¡quién sabe si otro hermano
al cual agobie el peso
del infortunio, revivir se sienta
siguiendo nuestro ejemplo!
Trabajar es luchar. A la obra, a la obra,
sin desmayar, obreros!
Grabemos esta máxima en el alma:—
Trabajar y.... esperemos.

LA HISTORIA DEL PERU POR EL PADRE URIA

A Carlos Wiesse

Si del cielo al pisar la portería
San Pedro me dijera
que en tu amor no creyera,
créemelo, vida mía,
de la puerta del cielo me volvía.
(*De autor anónimo*).

Mutatis mutandis, cuatro cuartos de lo mismo que el enamorado poeta habría hecho yo, hace justamente medio siglo cabal, si el apóstol de las llaves, mientras limpiaba de moho a éstas por el poco uso que de ellas hace el portero, pues sé de buena tinta que, en los tiempos que vivimos sólo de higos a brevas se abren las puertas del cielo para dar entrada a un justo; si San Pedro, repito, me hubiera dicho que esa *Historia del Perú* era pura filfa, y que nunca, ni en soñación, la escribiera el agustiniano monje del convento de Lima fray Juan de Dios Urías, colombroño por el apellido del famoso capitán cuya mujercita, hembra de bonita lámina y de saleroso reconcomio, trabucó el seso al bíblico y santo rey David.

Pero vuelto yo al mundo y a mi tierra, después de haber desdeñado la celeste gloria, me habría quedado patidifuso y aliquebrado al encontrarme con que cuando algún prójimo pretende

hacer tragar como verdad inconcusa algún embuste histórico, todo aquel que de ilustrado blasone lo interrumpe, diciendo con aire de fisga: — Vaya, mi amigo, doble esa hoja, porque lo que refiere sólo puede haberlo leído en la Historia del Perú escrita por el padre Urías.

A medida que vamos desapareciendo los que conocimos y tratamos hasta 1857 o 58, en que murió, al fraile pseudo historiador, empieza a tomar consistencia la especie de que realmente escribió sobre historia patria, y que escribió largo y ceñido; y hasta ha habido benditos de Dios que, al solicitar libro, en el salón de lectura de la Biblioteca nacional, han pedido la *Historia del Perú* por el padre Urías, no faltando algún memo o bobalicón que adjudicara la paternidad del libro al Vidal y Uría, clérigo batallador de reciente fecha, que no flojo escándalo provocara con su biliosa pluma.

Esbocemos ahora, a grandes rasgos, la personalidad del padre Juan de Dios Urías, hasta rematar en el por qué llegó su nombre a la posteridad con fama de historiador. ¿Escribió libro? No recuerdo dónde, he leído que las tres cosas más difíciles son: tomar la embocadura a una flauta, divertirse cuando lo manda un médico, y comenzar a escribir un libro. Yo sé que su paternidad no venció esta última barricada.

Consta del legajo llamado de Desapropios existente en el archivo conventual de Lima, que el padre Urías nació en Arequipa, y que en 1801 vistió en su ciudad natal el hábito agustino. Consta también que después de profeso vino a Lima para completar sus estudios en San Ildefonso, famoso colegio que los hijos del santo obispo de Hípona sustentaban en el Perú.

El padre Urías nunca se mezcló en capítulos conventuales ni aspiró al desempeño de cargo alguno. Rehuía intimidades con sus compañeros de claustro, con los que era estrictamente cortés, y nada más. Cuando, septuagenario ya y enfermo, se vió inhabilitado para frecuentar la calle, cobró afecto por los padres Angulo y Acevedo, que eran los más jóvenes de la comunidad, y que iban a hacerle compañía en su ya poco visitada celda.

El padre Urías era, en Lima, un personaje calcado sobre el tipo de los refinados abates, que antes de la Revolución lucieron tanto en los salones de la corte francesa. Vestía con aseo y elegancia el hábito agustino, luciendo siempre guantes de piel, medias de seda y charolado zapato con hebilla de oro. Para él el ejercicio de sus funciones sacerdotales no iba más allá de la celebración de misa diaria, a las ocho o nueve de la mañana, y hacer acto de presencia en las fiestas y asistencias oficiales de comunidad. El pudo decir, como el famoso obispo autor de *Los dos cuchillos*: "Entréme fraile, pero la frailería no entró en mí". Jamás ocupó la sagrada tribuna; pero su palabra culta y amena se escuchaba con agrado en los más aristocráticos salones de Lima. Era lo que hoy llamamos un buen *causeur* o conservador, como decían nuestros antepasados.

Decíase, ignoro si con fundamento, que el padre Urías, por la sábana de abajo, estaba emparentado con varios títulos de Castilla, pues su madre, nacida en Inca y casada con un español establecido en Arequipa, era la quinta hija del conde de ***, acaudalado propietario de valioso fundo rústico en la jurisdicción de Chincha. Conversando sobre la personalidad del agustiniano historiador, nos decía ha pocos años su amigo el pa-

dre Angulo, que el padre Urías halló que, en los tiempos del rey, era bocado más suculento ser frile en convento rico, que ser aristócrata pobre.

Fray Juan de Dios Urías, salvo cuando repicaban gordo y había banquete en San Agustín, nunca acudía a la mesa conventual. Iba con llaneza a almorzar en casa de la condesa tal y a comer en casa del marqués cual; y es fama que tuvo muy buen diente. No era gorrón o pegajoso, pues turnaba manteles entre sus muchas relaciones con la gente de pergaminos y caudal.

Por los años de la primera y aun de la segunda administración del mariscal Castilla, las oficinas públicas, los tribunales de justicia y hasta los senadores y diputados cesaban de funcionar con la primera campanada de las tres de la tarde, campanada que resonaba en la torre de la catedral para que los canónigos diesen comienzo al obligado rezo.

Por entonces, en Lima, en toda casa de buen gobierno, la mesa de familia, minutos más, minutos menos, comenzaba a las cuatro de la tarde. Pero, de tres a cuatro, ¿dónde tomarían el *aperitivo* los altos empleados de palacio, los magistrados y los padres de la patria? Broggi, Klein y demás, con sus aseadas, elegantes y bien servidas instalaciones, estaban todavía en el Limbo. En cambio, en todas las casas de algún fuste estaba listo a esa hora el agasajo de buen moscatel o legítimo pisco para los amigos, que la cerveza era tenida entonces por una abominación.

Era notorio que a nuestro agustiniano le enviaban anualmente, de regalo, sus deudos de Ica y de Chincha, colmadas botijuelas de aguardiente de chirimoya, naranja, durazno y otras frutas: y con toda llaneza trasponían los umbrales de la

celda magistrados, ediles, congresales, oficinistas, caballeros de rancio y noble abolengo, y hasta tres o cuatro pajarracos de pluma, muchachos de la Bohemia de esa época, entre los que se contaba el hoy anciano que este artículo confecciona. Vaya, si le he *codeado* copitas al historiador padre Urías, copitas que nos servía su lego, al que los tertulios bautizaron con el apodo de *el hermano Mostoverde.*

Paréceme estar viendo la espaciosa celda. Una sala de ocho varas castellanas en cuadro, con dos puertecitas que conducían a dos alcobas; gran mesa con tapete de paño azul, sobre la que lucía gran tintero de plata con salvadera o arenillero del mismo metal y media docena de plumas de ave; un estante modesto con infolios en pergamino; dos canapés de cuero de Córdoba y una docena de sillones del mismo pelaje, y claveteados *Voilá tout.* ¡Ah! Olvidaba lo principal. Entre las dos puertecitas que conducían a las alcobas había, a guisa de aparador, unas tablas con limetas, copas y vasos, y debajo un gran baúl, que, como verá el lector, era una arca santa, un misterio sacratísimo.

Habríamos dejado de ser peruanos los que se congregaban en la celda para saborear el traguito, no hubieran dado suelta a la lengua ocupándose en la política de actualidad, o hablando de hechos de reciente pasado que alguna concomitancia tuvieron con aquella. Ya se sabe que cuando dos peruanos platicamos sobre política, surge la guerra civil, y si somos tres se desencadena la anarquía. Sobre cualquiera futesa, como si en la batalla de Agua Santa, por ejemplo el *Vapor del Norte,* corrió más o corrió menos que el *Vapor*

del Sur (1) surgía animada controversia de opiniones. Felizmente allí estaba el padre Urías para serenar ánimos con sólo decir:—No se acaloren ustedes, caballeros, ni rasguen sangre, que eso lo tengo con puntos y comas, y bien documentado, en *mi historia* del Perú—y con el índice apuntaba el baul misterioso.—Ahí la tienen ustedes íntegra hasta el día, y la leerán después de mi muerte.

Y a cada triquitraque, el marrullero fraile traía a cuento su historia, de la que a nadie había leído o enseñado página, y que yacía encerrada bajo llave en el baúl que todos mirábamos con respetuosa curiosidad.

—¿Pero a qué hora escribe su paternidad?—le preguntó una tarde cierto mozo impertinente.

Y fray Juan de Dios, sin la menor vecilación, contestóle:

—A media noche, hijo, a media noche, para que nadie ni ruído alguno me perturbe.

Y así se hizo artículo de fe entre sus contemporáneos lo de que el padre Urías era un insigne historiador, cuya modestia corría pareja con su laboriosidad.

Y volaban los años, y el padre Urías continuaba... cortándonos el pelo con maquinita.

No podría precisar la fecha, pero fué dos o tres años después de la batalla de la Palma, día en que por última vez estuve en la celda, cuando el padre Urías emprendió el viaje eterno, haciendo antes entrega de la misteriosa llave a su cofrade el padre Acevedo. Este, una semana después del sepelio, convocó en la celda a varios sacerdo-

---

(1) Motes con que los traviesos limeños distinguían a los dos caudillos.

tes y a amigos seglares del difunto, y se abrió el baúl. En efecto.... allí estaba la historia del Perú, desde 1839 hasta poquísimos días anteriores al del fallecimiento. No constaba ella de una sola página manuscrita, sino de la colección íntegra del diario *El Comercio*, desde Mayo de 1839, en que apareció el primer número. La labor del padre Urías había consistido en formar paquete mensual del periódico, atado cada paquete con balduque rojo o blanco, y escribiendo sobre un cartoncito este membrete, en letra gruesa: "Historia del Perú—Mes y año".

En puridad de verdad, hay que convenir en que el padre Urías no nos había mentido. ¿A qué fuente de consulta más veraz y fecunda podrán acudir los futuros historiadores, que a la encerrada por el agustiniano fraile en el enigmático baúl?

¡El Comercio! ¡El Comercio! Esa es la Historia del Perú por el padre Urías.

LOS ESCRUPULOS DE HALICARNASO

I

No hay antiguo colegial del Convictorio de San Carlos en quien el nombre de Halicarnaso no despierte halagüeños recuerdos de los alegres juveniles días.

¡Halicarnaso!... ¿Era esta palabra apodo o apellido? No sabré decirlo porque los colegiales jamás se cuidaron de averiguarlo.

Halicarnaso era un zapatero remendón que tenía establecidos sus reales en un tenducho fronterizo a la portería del colegio, tenducho que, allá por los tiempos de rectorado del ilustre D. Toribio Rodríguez de Mendoza, había sido ocupado por aquel vendedor de golosinas a quien el poeta Olmedo, colegial a la sazón, inmortalizó en esta décima:

"A las diez llegó Estenós,
muy peripuesto y ligero,
y le dijo al chinganero:
Déme usted, *ño* Juan de Dios,
medio de jamón, en dos
pedazos grandes, sin hueso;
y no le compro a usted queso
porque experimento tal
arranquitis de metal,
que no me alcanza para eso".

Halicarnaso tenía vara alta con los carolinos.

En la trastienda guardaba los tricornios y los *comepavo*, vulgo fraques, con que el domingo salían los alumnos hasta la portería, y de cuyas prendas se despojaban en la vecindad cambiándolas por el sombrero redondo y la levita.

El zapatero disfrutaba del privilegio de tener, a las horas de recreo, entrada franca al patio de *Naranjos*, al patio de *Jazmines* y al patio de *Chicos*, nombres con que desde tiempo inmemorial fueron bautizados los claustros del Convictorio.

En cuanto al patio de *Machos*, ocupado por los *manteístas y copistas* o externos, era el lugar donde nuestro hombre se pasaba las horas muertas, alcanzando a aprender de memoria algunos latinajos y dos o tres problemas matemáticos.

Halicarnaso desempeñaba con puntualidad las comisiones que los estudiantes le daban para sus familias; proveía, a espaldas del bedel, de frutas y bizcochos; y tal era su cariño y abnegación por los futuros ciudadanos, que se habría dejado hacer añicos en defensa del buen nombre de San Carlos.

En las procesiones y fiestas oficiales a que concurrían los alumnos del Convictorio, con su rector y profesores, luciendo éstos la banda azul, colmo de las aspiraciones de un joven, era de cajón la presencia de Halicarnaso.

Las tapadas pertenecientes a las feligresías del Sagrario, San Sebastián y San Marcelo sostenían el tiroteo de agudezas y galanterías con los carolinos, y las muchachas de Santa Ana y San Lázaro militaban bajo la bandera de los fernandinos.

¡Ah tiempos aquellos! La boca se me hace agua al recordarlos.

Los colegiales no formábamos *meetings* políticos, ni entrábamos en *clubs* eleccionarios, ni pretendíamos dar la ley y gobernar al gobierno. Estudiábamos, cumplíamos o no cumplíamos con el precepto por la cuaresma, y los domingos nos dábamos un hartazgo de *muchacheo* o mascadura de lana.

En muchas de las travesuras o colegialadas de los carolinos tomó parte Halicarnaso como simple testigo; pero al referirlas en el vecindario, dábase por actor en ellas y llenábase los carrillos diciendo: "Nosotros, los colegiales, somos unos diablos. El otro día entre Pancho Moreyra, Cucho Puente, Pepe Aliaga, Bachito Correa, Manongo Morales, el *curcuncho* Navarrete y yo, hicimos torería y media en la huerta del Noviciado".

En lo único que jamás consiguieron los colegiales utilizar los servicios y el afecto de Halicarnaso, fué en hacerlo correvedile cerca de sus Dulcineas. Por ningún interés divino o humano quiso el zapatero usurpar sus funciones a Mercurio. Halicarnaso era en este punto de una moralidad a toda prueba.

Pero lo que no alcanzaron los colegiales, lo consiguió en tres minutos una limeña vivaracha, de esas que el teólogo inventor de los tres enemigos del alma colocó tras del mundo y del demonio. Ahí verán ustedes.

II

Los estudiantes de Derecho canónico, o sea de último año de leyes, eran conocidos con el nombre de *cónsules*, y gozaban de la prerrogativa de

salir a pasear los jueves desde las tres o cuatro de la tarde hasta las siete de la noche.

Una tarde, jueves por más señas, presentóse en la puerta del zapatero una tapada de saya y



manto que, a sospechar por el único ojo descubierto lo regordete del brazo, las protuberancias

de oriente y occidente, el velamen y el *patiteo*, debía ser una limeña de rechupete y palillo.

— Maestro — le dijo, — tenga usted buenas tardes.

— Así se las dé Dios, señorita — contestó Halicarnaso inclinándose hasta dar a su cuerpo la forma de acento circunflejo.

— Maestro — continuó la tapada, — tengo que hablar con un *cónsul* que vendrá luego. Tome usted cuatro pesos para cigarros y déjeme entrar en la trastienda.

Halicarnaso, que hacía mucho tiempo no veía cuatro pesos juntos, rechazó indignado las monedas, y contestó:

— ¡Niña! ¡Niña! ¿Por quién me ha tomado usted? ¡Vaya un atrevimiento! Para tercerías busque a Margarita *la Gata*, o a Ignacia *la Perjuicio*. ¡Pues no faltaba más!

— No se incomode usted maestrito. ¡Jesús y qué genio tan cascarrabias había usted tenido! — insistió la muchacha sin desconcertarse. — Como yo lo creía a usted amigo de D. Antonio...., por eso me atreví a pedirle este servicio.

— Sí, señorita. Amigo y muy amigo soy de ese caballerito.

— Pues lo disimula usted mucho, cuando se niega a que tenga con él una entrevista en la trastienda.

— Con mi lesna y mi persona soy amigo del colegial y de usted, señorita. Zapatero soy, y no conde de *Alca* ni marqués de *Hucte*. Ocúpeme usted en cosas de mi profesión, y verá que la sirvo al pespunte y sin andarme con tiquis miquis.

— Pues, maestro, zúrzame ese zapato.

Y en un abrir y cerrar de ojos, la espiritual tapada rompió con la uña la costura de un remonono zapatico de raso blanco.

Como no era posible que Halicarnaso la dejase pisando el santo suelo, sin más resguardo que la media de borloncillo, tuvo que darla paso libre a la trastienda.

Por supuesto que el galán se apareció con más oportunidad que fraile llamado a refectorio.

El zapatero se puso inmediatamente a la obra, que le dió tarea para una horita.

Mientras palomo y paloma disertaban probablemente sobre si la luna tenía cuernos y demás temás de que, por lo general, suelen ocuparse a solas los enamorados, el buen Halicarnaso decía, entre puntada y puntada:

— En ocupándome en cosas de mi arte.... nada tengo que oponer..... Conversen ellos y zurza yo, que no hay motivo de escrúpulo.

Y luego al clavar estaquillas canturreaba:

"La pulga y el piojo
se quieren casar:
por falta de trigo
no lo han hecho ya."

III

Estos escrúpulos de Halicarnaso nos traen a la memoria los del conquistador Alonso Ruiz, a quien tocó buena partija en el rescate de Atahualpa, y que hizo barbaridad y media con los pobres indios del Perú, desvalijándolos a roso y belloso. Vuelto a España, con cincuenta mil duros de capital, asaltóle el escrúpulo de si esa fortuna era bien o mal habida, y fuése a Carlos V y le expuso

sus dudas, terminando por regalar al monarca los cincuenta mil. Carlos V admitió el apetitoso obsequio, concedió el uso del *Don* a Alonso Ruiz, y le asignó una pensión vitalicia de mil ducados al año, que fué como decirle: "Come, que de lo tuyo comes".

EN LA BIBLIOTECA

Autógrafo para Estanislao Zeballos

El libro es el sublime
sulfato del espíritu;
por él el genio osado
de un más allá va en pos.
El libro es una antorcha
que el caos ilumina;
eléctrica cadena
que al hombre une con Dios.

!Descúbrete, poeta!
Templo es la Bibioteca.
Aquí tu pensamiento
dé culto al ideal.
El libro no es cadáver
que tiene por mortaja
el polvo de los siglos....
El libro es inmortal.

ANALISIS

Ampliación de Bartrina

A mi hijo Ricardo

Un día, convertido en alquimista,
a analizar echéme los quilates
del talento de cierto publicista,
y del talento del pobre
borroneador de muchos disparates
oro no resultó, sino vil cobre.

La misma teología,
que es la ciencia de Dios, nos da parálisis
si merodeando en ella noche y día
hallamos, a la postre, en buen análisis
que es una reverenda algarabía.

Siempre de analizar surgió la duda;
de ella a la negación sólo hay un paso;
y tengo por fortísimo fracaso
irse el alma al infierno..... por sesuda.

Quien analiza pierde en musarañas
el tiempo, y gasta flema.....
que otro busque la X del problema
y quémese, al buscarla, las pestañas.....
Eso de analizar quede, en sustancia,
para los jueces de primera instancia.

En la mísera tierra no resiste
al análisis nada. Al sol que viste
reverberar espléndido en la esfera,
manchas le halla cualquiera
que al telescopio la pupila ajuste;
y hasta yo que soy miope, no es embuste,
encuentro en la muchacha más bonita,
si no un lunar, siquiera una pequita.

¡Análisis ¡Análisis! ¡Pamema!
Hasta el gramatical, bien me requema.
¡A otro can, a otro can con ese hueso!
¡Síntesis! es el lema del progreso.

Por eso es lo mejor no requemarse
con averiguaciones,
y pasar sobre mil y mil cuestiones
como sobre áscuas para no quemarse.
Lo demás es romperse las narices
para luego salir por la tangente.
Si quieres ser dichoso, francamente,
no analices, Ricardo, no analices.

EL ALACRAN DE FRAY GOMEZ

(*A Casimiro Prieto Valdez*)

Principio principiando;
principiar quiero,
por ver si principiando
principiar puedo.

In diebus illis, digo, cuando yo era muchacho, oía con frecuencia a las viejas exclamar, ponderando el mérito y precio de una alhaja: "¡Esto vale tanto como el alacrán de fray Gómez!"

Tengo una chica remate de lo bueno, flor de la gracia y espumita de la sal, con unos ojos más pícaros y trapisondistas que un par de escribanos:

........Chica
que se parece
al lucero del alba
cuando amanece.

Al cual pimpollo he bautizado, en mi paternal chochera, con el mote de *alacrancito de fray Gómez*. Y explicar el dicho de las viejas y el sentido del piropo con que agasajo a mi Angélica, es lo que me propongo, amigo y camarada Prieto, en esta tradición.

El sastre paga deudas con puntadas; y yo no tengo otra manera de satisfacer la literaria que con usted he contraído que dedicándole estos cuatro palotes.

I

Este era un lego contemporáneo de D. Juan de la Pipirindica, el de la valiente pica, y de San Francisco Solano; el cual lego desempeñaba en Lima en el convento de los padres seráficos las funciones de refitolero en la enfermería u hospital de los devotos frailes. El pueblo lo llamaba fray Gómez, y fray Gómez lo llaman las crónicas conventuales, y la tradición lo conoce por fray Gómez. Creo que hasta en el expediente que para su beatificación y canonización existe en Roma, no se le da otro nombre.

Fray Gómez hizo en mi tierra milagros a mantas, sin darse cuenta de ellos y como quien no quiere la cosa. Era de suyo milagrero como aquel que hablaba en prosa sin sospecharlo.

Sucedió que un día iba el lego por el puente, cuando un caballo desbocado arrojó sobre las losas al jinete. El infeliz quedó patitieso, con la cabeza hecha una criba y arrojando sangre por boca y narices.

—¡Se descalabró, se descalabró! — gritaba la gente. —¡Que vayan a San Lázaro por el santo óleo!

Y todo era bullicio y alharaca.

Fray Gómez acercóse pausadamente al que yacía en tierra, púsole sobre la boca el cordón de su hábito, echóle tres bendiciones, y sin más médico ni más botica, el descalabrado se levantó tan fresco como si golpe no hubiera recibido.

—¡Milagro, milagro! ¡Viva Fray Gómez! — exclamaron los infinitos espectadores, y en su entusiasmo intentaron llevar en triunfo al lego. Este, para sustraerse a la popular ovación, echó a

correr camino de su convento y se encerró en su celda.

La crónica franciscana cuenta esto último de manera distinta. Dice que fray Gómez, para escapar de sus aplaudidores, se elevó en los aires y voló desde el puente hasta la torre de su convento. Yo ni lo niego ni lo afirmo. Puede que sí, y puede que no. Tratándose de maravillas, no gasto tinta en defenderlas ni en refutarlas.

Aquel día estaba fray Gómez en vena de hacer milagros; pues cuando salió de su celda se encaminó a la enfermería, donde encontró a San Francisco Solano acostado sobre una tarima, víctima de una furiosa jaqueca. Pulsólo el lego, y le dijo:

— Su paternidad está muy débil, y haría bien en tomar algún alimento.

— Hermano — contestó el santo, — no tengo apetito.

— Haga un esfuerzo, reverendo padre, y pase siquiera un bocado.

Y tanto insistió el refitolero, que el enfermo, por librarse de exigencias que picaban ya en majadería, ideó pedirle lo que hasta para el virrey habría sido imposible conseguir, por no ser la estación propicia para satisfacer el antojo.

— Pues mire, hermanito, sólo comería con gusto un par de pejerreyes.

Fray Gómez metió la mano derecha dentro de la manga izquierda, y sacó un par de pejerreyes tan fresquitos que parecían acabados de salir del mar.

— Aquí los tiene su paternidad, y que en salud se le conviertan. Voy a guisarlos.

Y ello es que con los benditos pejerreyes quedó San Francisco curado como por ensalmo.

Me parece que estos dos milagritos, de que incidentalmente me he ocupado, no son paja picada. Dejo en mi tintero otros muchos de nuestro lego, porque no me he propuesto relatar su vida y milagros.

Sin embargo, apuntaré, para satisfacer curiosidades exigentes, que sobre la puerta de la primera celda del pequeño claustro que hasta hoy sirve de enfermería, hay un lienzo pintado al óleo representando estos dos milagros, con la siguiente incripción:

"El Venerable Fray Gómez. — Nació en Extramadura en 1560. Vistió el hábito en Chiquisaca en 1580. Vino a Lima en 1587. — Enfermero fué cuarenta años, ejercitando todas las virtudes, dotado de favores y dones celestiales. Fué su vida un continuado milagro. Falleció en 2 de Mayo de 1631, con fama de santidad. En el año siguiente se colocó el cadaver en la capilla de Aranzazú, y en 13 de Octubre de 1810 se pasó, bajo del altar mayor, a la bóveda donde son sepultados los padres del convento. Presenció la traslación de los restos el señor doctor don Bartolomé María de las Heras. Se restauró este venerable retrato en 30 de Noivembre de 1882 por M. Zamudio".

II

Estaba una mañana fray Gómez en su celda entregado a la meditación, cuando dieron a la puerta unos discretos golpecitos, y una voz de quejumbroso timbre dijo:

— Deo gratias...... ¡Alabado sea el Señor!...

— Por siempre jamás, amén. Entre, hermanito — contestó fray Gómez

Y penetró en la humildísima celda un individuo algo desarrapado, *vera efigies* del hombre a quien acongojan pobrezas; pero en cuyo rostro se dejaba adivinar la proverbial honradez del castellano viejo.

Todo el mobiliario de la celda se componía de cuatro sillones de vaqueta, una mesa mugrienta y una tarima sin colchón, sábanas ni abrigo, y con una piedra por cabezal o almohada.

—Tome asiento, hermano, y dígame sin rodeos lo que por acá le trae — dijo fray Gómez.

—Es el caso, padre, que yo soy hombre de bien a carta cabal.....

—Se le conoce y que persevere deseo, que así merecerá en esta vida terrena la paz de la conciencia, y en la otra la bienaventuranza

—Y es el caso que soy buhonero, que vivo cargado de familia y que mi comercio no cunde por falta de medios, que no por holgazanería y escasez de industria en mí.

Me alegro, hermano, que a quien honradamente trabaja Dios le acude.

—Pero es el caso padre que hasta ahora Dios se me hace el sordo, y en acorrerme tarda.....

—No desespere, hermano, no desespere.

—Pues es el caso que a muchas puertas he llegado en demanda de habilitación por quinientos duros, y todas las he encontrado con cerrojo y cerrojillo. Y es el caso que anoche, en mis cavilaciones, yo mismo me dije a mí mismo: "¡Ea!, Jeromo, buen ánimo y vete a pedirle el dinero a fray Gómez; que si él lo quiere, mendicante y pobre como es, medio encontrará para sacarte del apuro." Y es el caso que aquí estoy porque he venido, y a su paternidad le pido y ruego que me

preste esa puchuela por seis meses, seguro que no será por mí por quien se diga:

En el mundo hay devotos
de ciertos santos:
la gratitud les dura
lo que el milagro
que un beneficio
da siempre vida a ingratos
desconocidos.

—¿Cómo ha podido imaginarse, hijo, que en esta triste celda encontrará ese caudal?

—Es el caso, padre, que no acertaría a responderle; pero tengo fe en que no me dejará ir desconsolado.

—La fe lo salvará, hermano. Espere un momento.

Y paseando los ojos por las desnudas y blanqueadas paredes de la celda, vió un alacrán que caminaba tranquilamente sobre el marco de la ventana. Fray Gómez arrancó una página de un libro viejo, dirigióse a la ventana, cogió con delicadeza a la sabandija, la envolvió en el papel, y tornándose hacia el castellano viejo le dijo:

—Tome, buen hombre, y empeñe esta alhajita; no olvide, sí, devolvérmela dentro de seis meses.

El buhonero se deshizo en frases de agradecimiento, se despidió de fray Gómez, y más que de prisa se encaminó a la tienda de un usurero.

La joya era espléndida, verdadera alhaja de reina morisca, por decir lo menos. Era un prendedor figurando un alacrán. El cuerpo lo formaba una mgífica esmeralda engarzada sobre oro,

y la cabeza un grueso brillante con dos rubíes por ojos.

El usurero, que era hombre conocedor, vió la alhaja con codicia, y ofreció al necesitado adelantarle dos mil duros por ella; pero nuestro español se empeñó en no aceptar otro préstamo que el de quinientos duros por seis meses, y con un interés judaico, se entiende. Extendiéronse y firmáronse los documentos o papeles de estilo, acariciando el agiotista la esperanza de que a la postre el dueño de la prenda acudiría por más dinero, que con el recargo de intereses lo convertiría en propietario de joya tan valiosa por su mérito intrínseco y artístico.

Y con este capitalito fuéle tan prósperamente en su comercio, que a la terminación del plazo pudo desempeñar la prenda, y envuelta en el mismo papel en que la recibiera, se la devolvió a fray Gómez.

Este tomó el alacrán, lo puso sobre el alféizar de la ventana le echó una bendición, y dijo:

— Animalito de Dios, sigue tu camino.

Y el alacrán echó a andar libremente por las paredes de la celda.

Y vieja, pelleja,
aquí dió fin la conseja.

EL MES DE DICIEMBRE EN LA ANTIGUA LIMA

I

Allá en los tiempos del rey, la conclusión de año era, en la ciudad fundada por Pizarro, de lo bueno, lo mejor. Mes íntegro de *jaraneta y bebendurria.*

Raro era el barrio en que el 8 de Diciembre no se celebrara, en algunas casas de la circunscripción, con lo que nuestras bisabuelas llamaban *altar de Purísima.* Armábase éste en el salón principal, y desde las siete de la noche los amigos y amigas invitados empezaban a llegar.

Las jóvenes solteras se diferenciaban de las casadas en la colocación de las flores que se ponían en el peinado. Era sabido que rosas y claveles, al lado izquierdo, significaban que la propietaria se hallaba en disponibilidad para admitir huésped en el corazón.

Principiábase por un rosario de cinco misterios, acompañados de cánticos a la Virgen; seguía una plática devota pronunciada por fraile de campanillas, comensal de la familia, y dábase remate a la función religiosa con villancicos alegres, cantados a compás de clavicordio y violín, por las criadas de la casa, a las que asociaban otras de la vecindad.

Después de las diez de la noche, hora en que se despedían los convidados de etiqueta, princi-

piaba lo bueno y lo sabroso. Jarana en regla. Las parejas se sucedían bailando delante del altar el *ondú*, el *paspié*, la *pieza inglesa* y demás bailes de sociedad por entonces a la moda.



Por supuesto, que las copas menudeaban, y ya después de media noche se trataba a la Purísima con toda confianza; pues dejándose de bai-

lecitos sosos y ceremoniosos, entraba la voluptuosa *zamacueca* con mucho de arpa y cajón.

Y el altar de Purísima duraba tres noches, que eran tres noches de jaleo, en las que so capa de devoción, había para las almas mucho, muchísimo de perdición.

II

Desde el 15 de Diciembre comenzaban las matinales misas de Aguinaldo, en las que todo era animación y alegría. ¡Qué *muchacheo* tan de *rechupete* el que en esas mañanas se congregaba en las iglesias para tentación y pecadero del prójimo enamoradizo!

Una orquesta criolla con cantores y cantoras de la *hebra* hacía oir todos los airecitos populares en boga, como hoy lo está aquello de:

Santa Rosa de Lima,
¿cómo consientes
que un impuesto le pongan
al aguardiente?

Lo religioso y sagrado no excluía a lo mundanal y profano.

Al final de la misa, un grupo de *pallas* bailaba la *cachua* y el *maisillo* cantando coplas no siempre muy ortodoxas.

Una misa de Aguinaldo duraba un par de horitas por lo menos: de siete a nueve. Esas misas sí que eran cosa rica, y no insulsas como las de hogaño. Hoy ni en las misas de Aguinaldo, ni en la del Gallo, hay pitos, canarios, flautines. zampoñas, bandurrias, matracas, zambombas, canticios ni bailoteos; ni los muchachos rebuznan,

ni cantan como gallo, ni ladran como perro, ni mugen como buey, ni maullan como gato, ni nada, nada de lo que alcanzamos todavía en el primer tercio de la república, como pálida reminiscencia del pasado colonial.

De tiempos que ya están lejos,
aun me cautiva el dibujo.
¡Ay, hijos! Cosas de lujo
hemos visto acá los viejos.

III

La Noche Buena, con su misa del Gallo, era el no hay más allá del criollismo.

Desde las cinco de la tarde del 24 de Diciembre, los cuatro lados de la Plaza Mayor ostentaban mesitas en las que se vendía flores, dulces, conservas, juguetes, pastas, licores y cuanto de apetitoso y *manducable* plugo a Dios crear.

A las doce sólo el populacho quedaba en la Plaza, multiplicando las libaciones. La aristocracia y la clase media se encaminaban a los templos, donde las *pallas* cantaban en el atrio villancicos como éste:

Arre, borriquito,
vamos a Belén,
que ha nacido un niño
para nuestro bien.
Arre, borriquito,
vamos a Belén
que mañana es fiesta,
pasado también.

A la misa del Gallo seguía, en las casas, opípara cena, en la que el *tamal* era plato obligado. Y como no era higiénico echarse en brazos de

Morfeo tras una comilona bien mascada y mejor humedecida con buen tinto de Cataluña, enérgico Jerez, delicioso Málaga y alborotador *quitapesares* (vulgo legítimo aguardiente de Pisco o de Motocachi) improvisábase en familia un bailecito, al cachi) improvisábase en familia un bailecito, al que lo primeros rayos del sol ponían remate.

En cuanto al pueblo, para no ser menos que la gente de posición, armaba jarana hasta el alba alrededor de la pila de la Plaza. Allí las parejas se descoyuntaban bailando zamacueca, pero zamacueca borrascosa, de esa que hace resucitar muertos.

IV

Como los altares de Purísima, eran los Nacimientos motivo de fiesta doméstica.

Desde el primer día de Pascua, armábase en algunas casas un pequeño proscenio, sobre el que se veía el establo de Belén con todos los personajes de que habla la bíblica leyenda. Figurillas de pasta o de madera, más o menos graciosas, complementaban el cuadro.

Todo el mundo, desde las siete hasta las once de la noche, entraba con llaneza en el salón, donde se exhibía el divino misterio. Cada Nacimiento era más visitado y comentado que ministro nuevo.

Cuando llegaban personas amigas de la familia propietaria del nacimiento, se las agasajaba con un vaso de jora, chicha motada u otras frescas horchatas, bautizadas con el nada limpio nombre de *orines del Niño*.

En no pocas casas, después de las once, cuando quedaban solo los amigos de confianza, se armaba una de golpe al parche y fuego a la lata. Se bebía y *cuequeaba* en grande.

El más famoso de los Nacimientos de Lima era el que se exhibía en el convento de los padres belethmitas o barbones. Y era famoso por la abundancia de muñecos automáticos, y por los villancicos con que festejaban al Divino Infante.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, el 6 de Enero, día de los Reyes Magos, se cerraban los Nacimientos. De suyo se deja adivinar que aquella noche el jolgorio era mayúsculo.

Y hasta Diciembre del otro año, en que para diferenciar, se repetían las mismas fiestas sin la menor variante.

MI ASPIRACION

(*Enrique Heine*) (*)

No soy exagerado en mis deseos.
Yo, para ser feliz cual lo son tantos,
le pido a Dios muy poco: — buena casa,
buena mesa, buen vino, lecho blando;
frente a mi puerta un árbol, y si place
a Dios colar mi dicha, que colgado
mire de cada rama a un enemigo.
Perdono al enemigo todo el daño
que hacerme quiso y pudo. Lo perdono....
pero después de ahorcado.

(*) Mis traducciones de Heine no son directas del alemán, idioma que no conozco, sino de la obra de Gerard de Nerval.

HISTORIA DE UN CAÑONCITO

(*A Leopoldo Díaz, en Buenos Aires*)

Si hubiera escritor de vena que se encargara de recopilar todas las agudezas que del ex-presidente gran mariscal Castilla se refieren, digo que habríamos de deleitarnos con un libro sabrosísimo. Aconsejo à otro tal labor literaria, que yo me he jurado no meter mi hoz en la parte de historia que con los contemporáneos se relaciona. ¡Así estaré de escamado!

D. Ramón Castilla fué hombre que hasta a la Academia de la Lengua le dió lección al pelo, y compruébolo con afirmar que desde más de veinte años antes de que esa ilustrada corporación pensase en reformar la ortografía, decretando que las palabras finalizadas en *ón* llevasen la *ó* acentuada, el general Castilla ponía una vírgula tamaña sobre su *Ramón*. Ahí están infinitos autógrafos suyos corroborando lo que digo.

Si ha habido peruano que conociera bien su tierra y a los hombres de su tierra, ese indudablemente fué D. Ramón. Para él la empleomanía era la tentación irresistible y el móvil de todas las acciones en nosotros, los hijos de la patria nueva.

Estaba D. Ramón en su primera época de gobierno, y era el día de su cumpleaños (31 de agosto de 1849). En palacio había lo que en tiem-

po de los virreyes se llamó *besamanos*, y que en los días de la república y para diferenciar se llama lo mismo. Corporaciones y particulares acudieron al gran salón a felicitar al supremo mandatario.

Acercóse un joven a su excelencia y le obsequió en prenda de afecto un dije para el reloj. Era un microscópico cañoncito de oro, montado sobre una cureñita de filigrana de plata: un trabajo primoroso; en fin, una obra de hadas.

—¡Eh! Gracias..., mil gracias por el cariño — contestó el presidente cortando las frases de la manera peculiar suya, y solo suya.

—Que lo pongan sobre la consola de mi gabinete — añadió, volviéndose a uno de sus edecanes.

El artífice se empeñaba en que su excelencia tomase en sus manos el dije, para que examinara la delicadeza y gracia del trabajo; pero D. Ramón se excusó diciendo:

—¡Eh! No...., no...., está cargado...., no juguemos con armas peligrosas....

Y corrían los días, y el cañoncito permanecía sobre la consola, siendo objeto de conversación y de curiosidad para los amigos del presidente quien no se cansaba de repetir:

—¡Eh! Caballeros...., hacerse a un lado...., no hay que tocarlo..., el cañoncito apunta...., no sé si la puntería es alta o baja....., está cargado...., un día de estos hará fuego....., no hay que arriesgarse....., retírense....., no respondo de averías.....

Y tales eran los aspavientos de D. Ramón, que los palaciegos llegaron a persuadirse de que el cañoncito sería algo más peligroso que una bomba Orsini o un torpedo Withehead.

Al cabo de un mes el cañoncito desapareció de la consola, para ocupar sitio entre los dijes que adornaban la cadena de reloj de su excelencia.

Por la noche dijo el presidente a sus tertulios:

— ¡Eh! Señores....., ya hizo fuego el cañoncito....., puntería baja...., poca pólvora....., proyectil diminuto....., ya no hay peligro...., examínenlo.

¿Qué había pasado? Que el artífice aspiraba a una modesta plaza de inspector en el resguardo de la aduana del Callao, y que D. Ramón acababa de acordar el empleo.

Moraleja: los regalos que los chicos hacen a los grandes son, casi siempre, como el cañoncito de D. Ramón. Traen entripado y puntería fija. Día menos, día más, ¡pum! lanzan el proyectil.

EL GODO MAROTO

I

En la estación veraniega de 1847 encontrábame yo cierta tarde en un grupo de muchachos en el sitio que entonces se conocía con el nombre de *la Punta del muelle*, viendo entrar al puerto del Callao al vapor que venía de Panamá con correspondencia y pasajeros de Europa. Por aquel año era todavía motivo de alboroto el anuncio de vapor a la vista, pues sólo desde fines de 1840, con dos vapores de una compañía inglesa — el *Chile* y el *Perú* — se había sistemado la navegación mensual entre Valparaíso y Panamá, con escala en los puertos intermedios.

El presidente de la república gran mariscal don Ramón Castilla veraneaba aquel año en el Callao, y fué uno de los muchos curiosos que acudieron esa tarde a la punta del muelle. El vapor echó ancla como a trescientos metros de distancia de la Punta, é inmediatamente salió a recibirlo la falúa de la Capitanía. Media hora más tarde regresaba, y el capitán de puerto acercándose a su excelencia le comunicó que el buque traía patente limpia, a la vez que, en baja voz, supongo que lo informaría de las suscintas noticias adquiridas a bordo sobre novedades europeas, y aun sobre el rol de pasajeros. Algo debió disgustar a don Ramón, porque alzando el tono de la voz y con las interrupciones que le eran

peculiares, le oímos decir los muchachos que rodeábamos el grupo presidencial:

—Vuelva usted a bordo, señor capitán de puerto... sí... sí... prohíbale a ese hombre que ponga la planta en tierra peruana...¡canalla si... canalla!.... ha venido ese Judas a América en busca de árbol para ahorcarse.... no.... no.... que vaya a ahorcarse en Chile, que no se ahorque en el Perú.

Cuando la autoridad marítima se reembarcaba, ya algunos botes desprendidos del vapor hacían rumbo al muelle. El capitán de puerto se dirigió a una de las embarcaciones que distaría doscientos metros del desembarcadero. En ella veíase dos pasajeros: una dama enlutada y un caballero también vestido de negro. Tras breve plática entre éste y el jefe de marina, el bote regresó al vapor con los viajeros.

Por supuesto que yo y mis compañeros nos quedamos sin saber quién era la persona a la que el jefe de la nación aplicara el epíteto de Judas, y seguiría ignorándolo si once años después, en 1858, desempeñando yo el empleo de contador u oficial de cuenta y razón de uno de los buques de nuestra difunta escuadra no hubiera, en oportunidad apropiada, venido a mi memoria ese recuerdo de mis primeros años.

El presidente Castilla, en su segunda época, veraneaba en Chorrillos, y cuando a las dos de la tarde arreciaba el calor, se iba por un par de horas a bordo; se arrellanaba en una mecedora en la toldilla de popa, el comandante le agasajaba con un vaso de refrigerante cerveza, y su excelencia, que siempre tuvo gran predilección por los marinos, convocaba en torno suyo a los oficiales entregándose con ellos a expansiva conversación, la que concluía al picar un guardian las cinco de

la tarde, hora en que regresaba a tierra, llevándose siempre a uno de los oficiales francos para que le acompañase a comer.

Una tarde me animé a hablarle al presidente de la escena que yo presenciara en la Punta del muelle, cuando yo era un granuja de trece años:

— ¡Hombre....! Tiene buena memoria el contador.... sí.... Así fué como usted lo relata.... muy cierto — y no añadió palabra más, ni yo estimé discreto proseguir.

Decididamente había perdido mi tiempo. Mi curiosidad quedaba siempre en pie.

Llegó la hora de la partida. Estaba distraído, con los brazos apoyados en la borda, contemplando varias canoas de pescadores que se desprendían de la playa, cuando se me acercó el gran mariscal y me dijo: — Contador, véngase a comer conmigo.

Ya de sobremesa ,me dijo:

— Conocí esta tarde que le rebosaba a usted la curiosidad.... ¡bueno!.... no es delito ser curioso.... no.... Ese pícaro fué.... sépalo usted... el godo Maroto.

II

Don Ramón Castilla nació en Tarapacá en 1797 y era siete u ocho años menor que su hermano don Leandro, quien a la muerte del padre de ambos ejerció para con aquél funciones casi paternales. Era don Leandro capitán del ejército español, y cuando la campaña contra los patriotas de Chile llevó a su hermano en condiciones de cadete, obteniéndole a poco el ascenso a subteniente.

Tan luego como en 1821 se proclamó la Independencia del Perú, don Ramón, que investía ya la clase de teniente, se separó de los realistas, incorporándose como capitán en el ejército patriota.

En la batalla de Ayacucho, herido don Ramón en un brazo fué conducido en camilla al hospital de sangre, donde se le colocó en un salón destinado para los jefes, así vencedores como vencidos. Terminaba el cirujano de hacerle la primera curación, cuando se oyó una voz que preguntaba:

—¿Dónde está el comandante Castilla?

—Aquí, a la derecha — contestó don Ramón, a la vez que otro herido decía: — Aquí, a la izquierda.

Los dos hermanos, heridos en defensa de distinta bandera, estaban en el hospital de sangre y, ¡coincidencia curiosa! la lesión de ambos era en un brazo. De más está decir que aquella tarde fué de fraternal reconciliación.

Don Leandro no quiso tomar servicio en el Perú, y se embarcó para España. A poco Fernando VII le ascendió a coronel, dándole alto empleo militar en una de las provincias del reino.

Cuando fallecido el monarca estalló la guerra civil, don Leandro renunció el cargo que servía y fué a incorporarse en el ejército carlista. Tres o cuatro años después, por méritos en acción de guerra, le ascendió Carlos V a brigadier.

Después de la inicua tración de Maroto, bautizada en la historia con el hipócrita nombre de *Abrazo de Vergara,* sólo las tropas del cabecilla Cabrera continuaron batiéndose con bravura, en el Maestrazgo de Aragón, contra los isabelinos. Cabrera con 12.000 hombres se contrajo a impedir que el ejército de O'Donell se uniera con el de

Espartero, quien con 30,000 soldados y mucha artillería sitiaba la fortaleza de Morella, defendida por 2,800 carlistas con quince cañones. Los brigadieres don Pedro Beltrán y don Leandro Castilla fueron los jefes a quienes Cabrera encomendara la resistencia. Desde el 21 hasta el 30 de Mayo no pasó día sin recio cañoneo por ambas partes, y sin que fuesen rechazados los liberales en sus tentativas de asalto a la plaza.

En la tarde del 30 una bomba produjo la explosión del principal depósito de municiones, y como apenas quedaban pertrechos se resolvió, en junta de guerra, que el brigadier Beltrán abandonase la plaza para reunirse con Cabrera, encomendándose al brigadier Castilla que con sólo dos compañías permaneciese entreteniendo al enemigo, y autorizándole para capitular cuando considerase que ya Beltrán, con su gente, estaba libre de ser batido en la retirada. Así convenía a la causa carlista, y el abnegado don Leandro aceptó el tristísimo deber de rendir la plaza y la penosa condición de prisionero, en la que permaneció muchos meses hasta que consiguió evadirse y emigrar a Francia.

Cuando en 1865 las turbulencias políticas del Perú llevaron a Europa, en condición de proscrito, al gran mariscal Castilla, ya no existía don Leandro; pero en Pau (Francia) tuvo el placer de recibir la visita de doña Dolores, la viuda del brigadier carlista.

Don Ramón Castilla debió llegar al Callao del 27 al 28 de Abril de 1866 y participar de la gloria que cupo a los combatientes del Dos de Mayo; pero la víspera del día en que iba a embarcarse en Southampton, un criado infiel le robó el maletín en que guardaba el mariscal veinte mil fran-

cos. Por ese fatal incidente su arribo al Callao fué el 10 de Mayo.

El Dictador anhelaba mantener al mariscal Castilla en el extranjero. Su secretario de relaciones exteriores doctor don Toribio Pacheco envió, en Enero de 1866, a don Ramón el nombramiento de Ministro Plenipotenciario en Francia e Inglaterra, el cual en el mismo día de recibido devolvió Castilla con las siguientes líneas de su puño y letra: — "Saludo atentamente al doctor don Toribio Pacheco, y no aceptando el cargo con que ha creído honrarme, le devuelvo el nombramiento, pliego de instrucciones y libranzas con que acompañó su oficio. Soy del señor Pacheco atento servidor. — Ramón Castilla".

De regreso a la patria levantó en Tarapacá el gran mariscal bandera contra la dictadura, y desatendiendo la prohibición de los médicos que le asistían, montó a caballo para emprender campaña sobre Tacna. Al llegar a la estancia o aldea de Tiviliche cayó moribundo. El general Beingolea y el coronel Tomás Gutierrez refirieron al que estas páginas escribe, que sus últimas y enigmáticas palabras fueron: — Valientes..... sí...... adelante..... la patria..... imposible.....

III

Don Rafael Maroto nació en Lorca, población vecina a Murcia en 1782 (1). Siguió desde

(1) Mendiburu incurre en un error al consignar que nació en 1780. Cuando Abascal le ascendio a brigadier, tuvo a la vista su hoja de servicios (que existe entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional) y en ella aparece Maroto como nacido en 1782.

muy joven la carrera de las armas, y en la lucha contra la invasión francesa tuvo oportunidades para distinguirse y adelantar en ascensos.

El 14 de Abril de 1814 fondeó en el Callao el navío *Asia* trayendo al batallón Talavera, fuerte de 800 plazas, al mando del coronel Maroto. Los talaverinos hicieron atrocidades en Lima, pues más que soldados fueron bandidos, como que trescientos de ellos habían sido sacados de las cárceles y presidios. El virrey Abascal estimó prudente complacer al vecindario de la capital y se deshizo de esa mala gente enviándola de regalo a los insurgentes de Chile, que poco a poco, como hila la vieja el copo, los fueron *pasaporteando* para la eternidad. Tanto en Lima como en Santiago acostumbraban esos perdidos no abonar lo que compraban, y se iban diciendo *el rey paga.* Reclamar ante el coronel era como ir con la demanda al Nuncio de su Santidad.

Maroto contrajo, en 1815, matrimonio con doña Antonia Cortés y García, rica heredera y perteneciente a la más alquitarada aristocrácia de Santiago. Era doña Antonia sobrina del famoso tribuno Madariaga, que a la sazón ejercía en Caracas fructuosa propaganda doctrinaria en favor de la república, y al comunicarle uno de sus deudos la noticia del casorio, contestó en carta que existe hoy en poder del historiador don Diego Barros Arana: — ¿Se han vuelto ustedes locos? ¿Casar a la niña con un sarraceno? No se los perdono.

Después de Maypú, Maroto tuvo que regresar a Lima, de donde el virrey le envió al Alto-Perú. Fué en Bolivia donde nació su hija Margarita en 1819. Es fama que Maroto enterró en un subterráneo de la casa de su mujer, situada en la

calle de los *Huérfanos*, los fondos de la Comisaría real que excedían de ochenta mil pesos en oro sellado, a la vez que entre las vigas de uno de los techos alcanzó a esconder más de doscientos fusiles.

Maroto después de la capitulación de Ayacucho, en que no estuvo porque se encontraba en Puno como jefe superior de ese territorio, se embarcó con su familia en la *Ernestina*, fragata francesa en la que también se dirigía a Europa el virrey La Serna con muchos jefes y oficiales realistas.

Llegado a España, Fernando VII lo trató con afecto, le dió la gran cruz de Isabel la Católica y en 1838 lo ascendió a teniente general.

En 1829 Maroto envió a América a su esposa acompañada de un niño de siete años para que reclamase del gobierno de Chile la devolución de los bienes que la habían sido secuestrados, entre los que se encontraba la hoy muy valiosa hacienda de Concón, próxima a Valparaíso. La nave tocó para refrescar víveres en la costa del Brasil, y tanto la señora como el niño fueron víctimas de la fiebre endémica del país.

Desde que estalló en España la guerra de sucesión, Maroto tomó servicio en el bando carlista. Un día, en una junta de guerra, desestimando el monarca con alguna acritud la opinión de Maroto se dió éste por agraviado, separándose de la causa y marchándose a Francia. Pero Maroto tenía amigos que disfrutaban de influencia en el ánimo del pretendiente, y éstos alcanzaron, después de dos años, reconciliar al vasallo con su señor, quien le confirió el mando en jefe de sus ejércitos.

Maroto no había perdonado el antiguo agravio, y se vengó de don Carlos realizando la gran

perfidia del Abrazo de Vergara, vileza que premió la reina-regente, ascendiendo a capitán general, dándole la gran cruz de san Hermenegildo, y haciéndolo conde de Casa Maroto.

Los mismos liberales o isabelinos que usufructuaron la traición fueron los primeros, así en Madrid como en las grandes ciudades del reino, en abrumar con desaires e injurias al émulo de Judas. Para todo español, liberal o ultramontano, Maroto era un réprobo.

Al fin convencióse el flamante conde de Casa Maroto de que para él no había rehabilitación posible en su patria, a pesar de lo desmemoriados y misericordiosos que son los pueblos latinos para con los grandes pecadores políticos. Para Maroto fué y sigue siendo inflexible la sanción moral.

Además en dos o tres ocasiones corrió peligro de ser asesinado, y aun parece que la enfermedad del estómago de que adoleció en los últimos nueve años de su vida, tuvo orígen en un veneno que le proporcionaron.

Entonces decidió trasladarse a América con su hija Margarita; y fué entonces cuando en Febrero o Marzo de 1847, le negó el presidente Castilla que pisase tierra peruana.

¿Simpatizaba el mariscal con el carlismo? Ciertamente que no, pues en toda su vida pública ostentó apego a las ideas liberales. En él no hubo más que repulsión por el traidor que con la traición ocasionara muchos males a su hermano don Leandro.

En Valparaíso y en Santiago fué recibido Maroto con ceremoniosa frialdad por los chilenos, y con ultrajante desdén por la colonia española. Las visitas, más que a él, fueron a la simpática y

desventurada joven, perteneciente, por línea materna, a la *crême* social de Chile.

Maroto, antes de resolverse a emigrar, había enviado poder al canónigo Aristegui, después obispo *in partibus*, para que recobrase la hacienda de Concón y demás bienes confiscados. Todo le fué devuelto a doña Margarita, la cual contrajo matrimonio con un distinguido caballero del cual enviudó

Doña Margarita Maroto de Borgoño falleció en Valparaíso el 23 de Noviembre de 1902.

La casa en que el general esperaba encontrar intacto el tesoro por él enterrado, había sido arrendada en 1843 a unos comerciantes ingleses, hombres de finísimo olfato, pues llegó a darles en la nariz el tufillo de las onzas peluconas con las efigies de Carlos III y Carlos IV. Sólo encontró, cubiertos de moho, los fusiles que depositara en las vigas del techo.

Maroto murió en Valparaíso el 25 de Agosto de 1853, a la edad de setenta y un años.

CONSEJO

Cristiano y caballero, tu corazón y labio
perdonen al que agravio
cobarde te infirió;
mas olvidar la ofensa, borrar el torpe insulto
de la memoria.... hágalo el sinvergüenza estulto,
el hombre digno, no!

JULIO ARBOLEDA

En la estrecha montaña que una tarde
regara con su sangre generosa
el héroe de Ayacucho, misteriosa,
y traidora, y cobarde,
para mengua del suelo granadino,
la mano alza otra vez un asesino.
De la sublime democracia en nombre,
que acepta al bueno, que rechaza al malo,
se ha asesinado a un hombre....
al cantor de Pubenza y de Gonzalo!!!
¡Eso dirá la historia!
Y el pueblo colombino será reo
si en él no se alza un nuevo Macabeo,
que reinvindique su empañada gloria
y esa página borre infamatoria.
Si hay turba que el delito deifica
de la guerra civil en la tormenta
coronando asesinos,
vendrá el rayo de Dios que purifica;
porque El, en su justicia, toma cuenta
también a una nación ¡oh granadinos!
¡No! no puede Colombia
soportar en silencio el torpe crimen,
que a protestar de tanta villanía
Bolívar de su tumba se alzaría.
La noble democracia no consiente
el comprado trabuco del bandido,
que ella siempre ha vencido
en combate leal, y frente a frente.

UN DESPEJO EN ACHO

Fuese porque a los *cachimbos* o guardias nacionales de la era colonial les brotaran humos de echarla de militares en forma, o porque razones de alta política que yo no atino a explicarme influyeran en el virrey Abascal, ello es que en los tiempos de éste nació la costumbre de que en las corridas de toros saliese al redondel una compañía de soldados con uniforme de parada a hacer evoluciones, en las que había casi siempre mucho de baile de cuadrillas, con trenzado, balancín y cambio de pareja. A esto se bautizó con el nombre de *despejo*, y hasta ha poquísimos años, en que a Dios gracias y con sobra de buen sentido por parte del gobierno tan ridícula exhibición se ha proscrito, vimos despejos en que los soldados se arrodillaban, y con flores sacadas de la cartuchera trazaban letras en el suelo hasta poner un *Viva mi amor*, que no lo escribiera más lindo pendolista de oficina.

En los tan renombrados toros de la *Concordia* fué cuando por primera vez los oficiales del batallón de tal nombre, que eran jóvenes acaudalados, del comercio y de la aristocracia limeña idearon una mijiganga militar, que fué muy del gusto del público y que hasta nuestros días siguió siendolo.

A San Martín y Bolívar, que no eran taurófilos, no les convenía indisponerse con el pueblo cortando por lo sano, y muy a su pesar toleraron

que los veteranos del ejército continuaran exhibiéndose en la plaza de Acho. Gobiernos posteriores llegaron hasta a conferir ascenso al capitán que ideaba un despejo lucido, en que los militronchos formaban estrellas, triángulos, círculos, pentágonos, y qué se yo cuántas figuras geométricas.

Verdad que ni entonces ni después faltaron militares que protestasen contra los despejos, considerándolos como depresivos al decoro de la carrera de las armas, que ciertamente no ha sido el ejército creado para divertimiento y solaz de las turbas populares. En el campo de instrucción es en donde únicamente es lícito al soldado evolucionar *coram populo.*

Y de la primera y muy enérgica protesta contra los despejos, es de la que con venia de ustedes voy a ocuparme.

El 8 de diciembre de 1820 un granuja, a quien faltaban cinco meses para cumplir quince años, después de escaparse del colegio de San Fernando, se presentó en Huaura al general San Martín, diciéndole que él tambien era insurgente y que quería matar godos. El Protector lo agasajó mucho, y lo destinó como cadete en *Numancia.* En esta clase asistió el muchacho a todas las peripecias del primer sitio del Callao, y el 15 de enero de 1822 recibió el tan anhelado título de oficial.

Zepita, Junín, Ayacucho y su concurrencia al segundo sitio del Callao, en que raro fué el día sin cambio de confites de plomo, hicieron de nuestro hombrecito, a los veinte años cabales, todo un señor capitán con mando de compañía.

Se aproximaba el 3 de setiembre de 1826, día en que Bolívar debía embarcarse para regresar a Colombia, donde las cosas políticas andaban más

que turbias por insubordinaciones de Páez, desacatos de Santander y marimorena del Congreso.

El Cabildo de Lima, que siempre fué tauró-mano, se propuso festejar al Libertador, por vía de despedida, con una función de cornúpetos, y el 1º de setiembre no había en cuartos, tablado ni galerías asiento sin dueño. Todo Lima estaba allí a las dos en punto de la tarde.

Llegó D. Simón con la comitiva palaciega y tomó asiento en la galería del gobierno, mientras las músicas militares lo saludaban tocando el himno nacional, lo cual, *inter nos* y en confianza sea dicho, es muy antidemocrático. Esos honores sólo en las monarquías es tolerable que se tributen a la persona del soberano. Mal cuadran a mandatario republicano, y menos en espectáculo populachero. El himno nacional debe ser excluído de actos que no revistan solemnidad, y no es digno de prodigarse.

Vamos al despejo.

Llevando a la cabeza banda de música, que fué a situarse en el templador, salió en columna con su capitán y oficiales, elegantemente uniformados, una compañía del batallón "Legión Peruana", la que luego desplegó en orden de batalla frente a la galería del gobierno, presentando las armas al jefe de la Nación.

El despejo prometía ser de lo bueno lo mejor. El pueblo rompió en atronador palmoteo.

Hecha la presentación de armas cesó la música; y el capitán, a toque de corneta, hizo lo que en tecnicismo militar se llama ejercicio de compañía, tal como diariamente lo practicaba en el patio del cuartel. Terminado el ejercicio, el corneta to-

có *fajina* y los soldados se dispersaron a buscar asiento en el tendido.

¡Por viva de Carracuca, y lo que se arremolinó el respetable público! Eso no era despejo ni cosa que se le pareciese. Eso era insulso, muy insulso. Eso no tenía maldita la gracia. "¡Que me vuelvan mi plata! — ¡Empresario ladronazo! — ¡Yo he venido por el despejo y quiero despejo! — ¡A robar a Piedras Gordas! — ¡Esto es un engaño al público! — ¡Que metan en la cárcel a ese capitán! — ¡Así no va mi plata!" ¡Dios de Dios y los dicharachos y los sapos y culebras y el toletole y la grita del concurso!

Y en esto salió a la plaza el primer toro, que dió cinco primorosas suertes al capeador de a caballo Esteban Arredondo, con lo que calmada un poco la efervescencia popular, ya nadie pensó sino en los lances de la lidia.

Sólo Bolívar y La Mar, que estaba sentado a la derecha del Libertador, sonreían durante la algazara, diciendo el último:

— Tiene razón el capitán.

— Pienso como usted, general — contestó Bolívar. — La patria no paga soldados para pantomimas.

¡Ah! Me olvidaba de decir a ustedes el nombre del capitancito que tan sutilmente protestó contra los despejos. Ustedes me dispensen la distracción.

Se llamaba Felipe Santiago Salaverry.

JUANA LA MARIMACHO

¡Ah, *china diabla!* ¡Y bien haya la madre que la parió!

La imaginación me la retrata cabalgada en un brioso overo del Norte, a quince pasos de la puerta del toril, capa colorada en mano y puro de Cartagena en boca. Con chaquetilla de raso azul con alamares de plata, falda verde-botella y un rico jipijapa en la cabeza, dicen que era lo que se llama una real moza. Como hay Dios que al verla sentían los hombres tentaciones.... así como de *reinvindicarla.*

No la vi yo, por supuesto, en el pleno ejercicio de sus funciones de capeadora de a caballo; pero en su elogio oí decir a un viejo casi lo mismo que, hablando del torero Casimiro Cajapaico, escribe el señor marqués de Valleumbroso en su libro *Escuela de caballería conforme a la práctica observada en Lima*:

—Esa china merecía estatua en la plaza de Acho.

Digo que no es poco decir.

Con Juana Breña hizo la naturaleza idéntica mozonada que con la monja alférez doña Catalina de Erauzo. Equivocó el sexo. Bajo las redondas y vigorosas formas de la gallarda mulata, escondió las más varoniles inclinaciones. Las mujeres, cuya sociedad esquivaba, la bautizaron (no sin razón) con el apodo de *la Marimacho.*

Juana Breña manejaba los dados sobre el tapete verde con todo el aplomo de un tahur; y puñal en mano se batía como cualquier guapo, que era diestra esgrimidora. En dos o tres ocasiones estuvo en la cárcel por pendenciera; pero, con-



tando con valedores de alta influencia, lograba siempre su libertad tras pocos días de encierro. Con la misma llaneza con que echaba la capa a un retinto, hacía un chirlo a un cristiano por quítame allá una paja.

En los toros de San Francisco de Paula (que fué lidia que formó época), en los famosos de la Concordia y en los de la recepción del virrey Pezuela estuvo afortunadísima. Montada en ágiles y rozagantes caballos ejecutó lucidas suertes de capeo, sacando gran cosecha de monedas que los concurrentes le arrojaron con profusión desde las galerías y tablado.

"La Juanita Breña
me dejó encantada.
¡Qué arranque de china!
¡Qué bien que capeaba!
¡Y cómo el caballo
lo culebreaba!
¡Y en sentarse a todos,
cierto que los gana!
¡Qué de enamorados
tiene esa muchacha!
¡Y cómo a porfía,
la palmoteaban!"

Estos versos que copiamos de un listín del año de 1820, bastan para dar ligera idea de la popularidad de *la Marimacho.*

Desde la infancia reveló Juanita Breña propensiones varoniles; por lo que su padre, que era chalán en la hacienda de Retes, la amonestaba diciéndola:

—¡Juana, no te metas a hombre!

Sermón perdido. Con los años se iba desarrollando más y más en la muchacha la inclinación a ejercicios del sexo fuerte.

Pero como todo tiene fin sobre la tierra, los lauros de Juana Breña encontraron al cabo su Waterloo en la misma plaza de Acho, testigo de

sus proezas. Allá por el año 25 descuidóse una tarde la gentil capeadora, y un corniveleto de la Rinconada de Mala la suspendió entre sus astas, después de despanzurrar al caballo. El pueblo exhaló un inmenso alarido, sobresaliendo entre todas las voces la del chalán, padre de Juana, que gritaba:

—¡Toma, china de mis pecados! ¡Métete a hombre!

A algún santo muy milagroso debió en su cuita encomendarse la infeliz, pues sólo así se explica que, sin más que el susto y algunas contusiones, hubiera escapado viva de los cuernos del animal.

Desde esa tarde renegó del oficio y no volvió a vérsele en el redondel; pero si renunció a habérselas con los toros vivos, no tuvo por qué enemistarse con la carne de los toros muertos. Juana Breña se hizo carnicera, y hasta después de 1840 ocupaba una mesa en la plaza del Mercado, situada entonces en la que hoy es plaza de Bolívar.

o

LA ULTIMA COPITA

(*A Pedro Antonio de Alarcón*)

Ayer, entre dos luces,
casi me dí de bruces
con un pobre borracho
que, sin norte ni rumbo,
daba por esas calles tumbo y tumbo,
enviada ya la dignidad a un *cacho*
y hecho de la moral un higo chumbo.

—Perdone usted (me dijo), caballero.
¿Por dónde he de ir a callejón de Otero?
Pues, señor, ese pícaro italiano,
dueño de la chingana de la esquina,
vende un aguardiente tan liviano
que es cosa más que rica y que divina.
¡Ese aguardiente sí vale la plata!
Dicen que lo adereza
mezclando *motocachi* con cereza.
Veinte copas bebí, no es patarata,
y tan fresco quedé como una horchata,
prueba de que no es mala mi cabeza.
Mas de *yapa*, al salir, por mi desdicha
obsequióme el *bachicha*
un traguito y.... ¡vea usted lo que me pasa!
que si atinar no puedo con mi casa
y estoy dando traspiés y sin levita,
es por culpa de la última copita.

Tal es la humanidad. Un desatino
con otros anteriores se eslabona.
¡Trueno gordo! Un gran mal nos sobrevino
que a otros males le sirve de corona;
y no culpamos nuestros hechos todos
sino que, como lo hacen los beodos
lo atribuimos con cólera infinita
a la última copita.

LOS CABALLEROS DE LA CAPA

CRÓNICA DE UNA GUERRA CIVIL

(A don Juan de la Pezuela conde de Cheste)

I

QUIÉNES ERAN LOS CABALLEROS DE LA CAPA Y EL JURAMENTO QUE HICIERON

En la tarde del 5 de junio de 1541 hallábanse reunidos en el solar de Pedro de San Millán doce españoles, agraciados todos por el rey por sus hechos en la conquista del Perú.

La casa que los albergaba se componía de una sala y cinco cuartos, quedando gran espacio de terreno por fabricar. Seis sillones de cuero, un escaño de roble y una mugrienta mesa pegada a la pared formaban el mueblaje de la sala. Así la casa como el traje de los habitantes de ella pregonaban a la legua una de esas pobrezas que se codean con la mendicidad. Y así era en efecto.

Los doce hidalgos pertenecían al número de los vencidos el 6 de abril de 1538 en la batalla de las Salinas. El vencedor les había confiscado sus bienes, y gracias que les permitía respirar el aire de Lima, donde vivían de la caridad de algunos amigos. El vencedor, como era de práctica en esos siglos, pudo ahorcarlos sin andarse con muchos

perfiles; pero don Francisco Pizarro se adelantaba a su época, y parecía más bien hombre de nuestros tiempos, en que al enemigo no siempre se mata o aprisiona, sino que se le quita por entero o merma la ración de pan. Caídos y levantados, hartos y hambrientos, eso fué la colonia, y eso ha sido y es la república. La ley del yunque y del martillo imperando a cada cambio de tortilla, o como reza la copla:

"Salimos de Guate-mala
y entramos en Guate-peor
cambia el pandero de manos,
pero de sonidos, no."

o como dicen en Italia: "Librarse de los bárbaros para caer en los Barbarini."

Llamábanse los doce caballeros Pedro de San Millán, Cristóbal de Sotelo, García de Alvarado, Francisco de Chávez, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Juan Rodríguez Barragán, Gómez Pérez, Diego de Hoces, Martín Carrillo, Jerónimo de Almagro y Juan Tello.

Muy a la ligera, y por la importancia del papel que desempeñan en esta crónica, haremos el retrato histórico de cada uno de los hidalgos, empezando por el dueño de la casa. *A tout seigneur tout honneur.*

Pedro de San Millán, caballero santiagués, contaba treinta y ocho años y pertenecía al número de los ciento setenta conquistadores que capturaron a Atahualpa. Al hacerse la repartición del rescate del inca, recibió ciento treinta y cinco marcos de plata y tres mil trescientas treinta onzas de oro. Leal amigo del mariscal D. Diego de Almagro, siguió la infausta bandera de éste, y

cayó en la desgracia de los Pizarro, que le confiscaron su fortuna, dejándole por vía de limosna el desmantelado solar de Judíos, y como quien dice: "basta para un gorrión pequeña jaula." San Millán en sus buenos tiempos, había pecado de rumboso y gastador, era bravo, de gentil apostura y generalmente querido.

Cristóbal de Sotelo frisaba en los cincuenta y cinco años, y como soldado que había militado en Europa, era su consejo tenido en mucho. Fué capitán de infantería en la batalla de las Salinas.

García de Alvardo era un arrogantísimo mancebo de veintiocho años, de aire marcial, de instintos dominadores, muy ambicioso y pagado de su mérito. Tenía sus ribetes de pícaro y felón.

Diego Méndez, de la orden de Santiago, era hermano del famoso general Rodrigo Ordóñez, que murió en la batalla de las Salinas mandando el ejército vencido. Contaba Méndez cuarenta y tres años, y más que por hombre de guerra se le estimaba por galanteador y cortesano.

Don Francisco de Chávez, Martín de Bilbao, Diego de Hoces, Gómez Pérez y Martín Carrillo, sólo nos dicen los cronistas que fueron intrépidos soldados y muy queridos de los suyos. ninguno de ellos llegaba a los treinta y cinco años.

Don Juan Tello el sevillano fué uno de los doce fundadores de Lima, siendo los otros el marqués Pizarro, el tesorero Alonso Riquelme, el veedor García de Salcedo, el sevillano Nicolás de Ribera el Viejo, Rui Díaz Rodrigo Mazuelas, Cristóbal de Peralta, Alonso Martín de Don Benito, Cristóbal Palomino, el salamanquino Nicolás de Rivera el Mozo y el secretario Picado. Los primeros alcaldes que tuvo el Cabildo de Lima fueron Ribera el Viejo y Juan Tello. Como se ve, el hi-

dalgo había sido importante personaje, y en la época en que los presentamos contaba cuarenta y seis años.

Jerónimo de Almagro era nacido en la misma ciudad que el mariscal y por esta circunstancia y la del apellido se llamaban primos. Tal parentesco no existía, pues D. Diego fué un pobre expósito. Jerónimo rayaba en los cuarenta años.

La misma edad contaba Juan Rodríguez Barragán, tenido por hombre de gran audacia a la par que de mucha experiencia.

Sabido es que, así como en nuestros días ningún hombre que en algo se estima sale a la calle en mangas de camisa, así en los tiempos antiguos nadie que aspirase a ser tenido por decente osaba presentarse en la vía pública sin la respectiva capa. Hiciese frío o calor, el español antiguo y la capa andaban en consorcio, tanto en el paseo y el banquete cuanto en la fiesta de la iglesia. Por eso sospecho que el decreto que en 1822 dió el ministro Monteagudo prohibiendo a los españoles el uso de la capa, tuvo, para la independencia del Perú la misma importancia que una batalla ganada por los insurgentes. Abolida la capa, desaparecía España.

Para colmo de miseria de nuestros doce hidalgos, entre todos ellos no había más que una capa; y cuando alguno estaba forzado a salir, los once restantes quedaban arrestados en la casa por falta de la indispensable prenda.

Antonio Picado, el secretario del marqués D. Francisco Pizarro, o mas bien dicho, su demonio de perdición, hablando un día de los hidalgos los llamó *Caballeros de la capa*. El mote hizo fortuna y corrió de boca en boca.

Aquí viene a cuento una breve noticia biográfica de Picado. .

Vino éste al Perú en 1534 como secretario del mariscal D. Pedro de Alvarado, el del famoso salto en Méjico. Cuando Alvarado, pretendiendo que ciertos territorios del Norte no estaban comprendidos en la jurisdicción de la conquista señalada por el emperador a Pizarro, estuvo a punto de batirse con las fuerzas de D. Diego de Almagro, Picado vendía a éste los secretos de su jefe, y una noche, recelando que se descubriese su infamia, se fugó al campo enemigo. El mariscal envió fuerza a darle alcance, y no lográndolo, escribió a D. Diego que no entraría en arreglo alguno si antes no le entregaba la persona del desleal. El caballeroso Almagro rechazó la pretensión, salvando así la vida a un hombre que después fué tan funesto para él y para los suyos.

D. Francisco Pizarro tomó por secretario a Picado, el que ejerció sobre el marqués una influencia fatal y decisiva. Picado era quien, dominando los arranques generosos del gobernador, lo hacía obstinarse en una política de hostilidad contra los que no tenían otro crimen que el de haber sido vencidos en la batalla de las Salinas.

Ya por el año de 1541 sabíase de positivo que el monarca, inteligenciado de lo que pasaba en estos reinos, enviaba al licenciado D. Cristóbal Vaca de Castro para residenciar al gobernador; y los almagristas, preparándose a pedir justicia por la muerte dada a D. Diego, enviaron, para recibir al comisionado de la corona y prevenir su ánimo con informes, a los capitanes Alonso Portocarrero y Juan Balsa. Pero el juez pesquisador no tenía cuando llegar. Enfermedades y contra-

tiempos marítimos retardaban su arribo a la ciudad de los reyes.

Pizarro entretanto quiso propiciarse amigos aun entre los caballeros de la capa; y envió mensajes a Sotelo, Chávez y otros, ofreciéndoles sacarlos de la menesterosa situación en que vivían. Pero en honra de los almagristas es oportuno consignar que no se humillaron a recibir el mendrugo de pan que se les quería arrojar.

En tal estado de cosas, la insolencia de Picado aumentaba de día en día, y no excusaba manera de insultar a *los de Chile*, como eran llamados los parciales de Almagro. Irritados éstos, pusieron una noche tres cuerdas en la horca con carteles que decían: *Para Pizarro. Para Picado. Para Velázquez.*

El marqués, al saber este desacato, lejos de irritarse dijo sonriendo:

—¡Pobres! Algún desahogo les hemos de dejar y bastante desgracia tienen para que los molestemos más. Son jugadores perdidos y hacen extremos de tales.

Pero Picado se sintió, como su nombre, picado; y aquella tarde, que era la del 5 de junio, se vistió un jubón y una capetilla francesa, bordada con higas de plata, y montado en un soberbio caballo pasó y repasó, haciendo caracolear al animal, por las puertas de Juan de Rada, tutor del joven Almagro, y del solar de Pedro de San Millán, residencia de los doce hidalgos; llevando su provocación hasta el punto de que, cuando alguno de ellos se asomaron, les hizo un corte de manga, diciendo: "Para los de Chile," y picó espuelas al bruto.

Los caballeros de la capa mandaron llamar inmediatamente a Juan de Rada.

Pizarro había ofrecido al joven Almagro, que quedó huérfano a la edad de diez y nueve años, ser para él un segundo padre, y al efecto lo aposentó en palacio; pero fastidiado el mancebo de oir palabras en mengua de la memoria del mariscal y de sus amigos, se separó del marqués y se constituyó pupilo de Juan de Rada. Era éste un anciano muy animoso y respetado, pertenecía a una noble familia de Castilla y se le tenía por hombre de gran cautela y experiencia. Habitaba en el portal de Botoneros, que así llamamos en Lima a los artesanos que en otras partes son *pasamaneros*, unos cuartos del que hasta hoy se conoce con el nombre de callejón de los Clérigos (1). Rada vió en la persona de Almagro el Mozo un hijo y una bandera para vengar la muerte del mariscal; y todos los de Chile, cuyo número pasaba de doscientos, si bien reconocían por caudillo al joven don Diego, miraban en Rada el llamado a dar impulso y dirección a los elementos revolucionarios.

Rada acudió con presteza al llamamiento de los caballeros. El anciano se presentó respirando indignación por el nuevo agravio de Picado, y la junta resolvió no esperar justicia del representante que enviaba la corona, sino proceder al castigo del marqués y de su insolente secretario.

García de Alvarado, que tenía puesta esa tarde la capa de la compañía, la arrojó al suelo, y parándose sobre ella, dijo:

—Juremos por la salvación de nuestras ánimas morir en guarda de los derechos de Almagro el Mozo, y recortar de esta capa la mortaja para Antonio Picado.

---

(1) El callejón de los Clérigos es hoy propiedad y domicilio de D. Pedro Villavicencio.

II

DE LA ATREVIDA EMPRESA QUE EJECUTARON LOS CABALLEROS DE LA CAPA

Las cosas no podían concertarse tan en secreto que el marqués no advirtiese que los de Chile tenían frecuentes conciliábulos, que reinaba entre ellos una agitación sorda, que compraban armas y que, cuando Rada y Almagro el Mozo salían a la calle, eran seguidos a distancia y a guisa de escolta por un grupo de sus parciales. Sin embargo, el marqués no dictaba providencia alguna.

En esta inacción del gobernador recibió cartas de varios corregimientos participándole que los de Chile preparaban sin embozo un alzamiento en todo el país. Estas y otras denuncias le obligaron una mañana a hacer llamar a Juan de Rada.

Encontró éste a Pizarro en el jardín de Palacio, al pie de un naranjo que aún existe; y según Herrera en sus *Décadas*, medió entre ambos este diálogo:

—¿Qué es esto, Juan de Rada, que me dicen que andáis comprando armas para matarme?

—En verdad, señor, que he comprado dos coracinas y una cota para defenderme.

—¿Pues qué causa os mueve ahora, más que en otro tiempo, a proveeros de armas?

—Porque nos dicen, señor, y es público que su señoría recoge lanzas para matarnos a todos. Acábenos ya su señoría y haga de nosotros lo que fuere servido; porque habiendo comenzado por la cabeza, no sé yo por qué ha de tener respeto a los pies. También se dice que su señoría piensa matar al juez que viene enviado por el rey. Si su

ánimo es tal y determina dar muerte a los de Chile, no lo haga con todos. Destierre su señoría a D. Diego en un navío, pues es inocente, que yo me iré con él adonde la fortuna nos quiera llevar.

—¿Quién os ha hecho entender tan gran traición y maldad como esa? Nunca tal pensé, y más deseo tengo que vos de que acabe de llegar el juez, que ya estuviera aquí si hubiese aceptado embarcarse en el galeón que yo le envié a Panamá. En cuanto a las armas, sabed que el otro día salí de caza, y entre cuantos íbamos ninguno llevaba lanza; y mandé a mis criados que comprasen una, y ellos mercaron cuatro. ¡Plegue a Dios, Juan de Rada, que venga el juez y estas cosas hayan fin, y Dios ayude a la verdad!

Por algo se ha dicho que del enemigo el consejo. Quizá habría Pizarro evitado su infausto fin, si como se lo indicaba el astuto Rada hubiese en el acto desterrado a Almagro.

La plática continuó en tono amistoso, y al despedirse Rada, le obsequió Pizarro seis naranjas que él mismo cortó por su mano del árbol y que eran de las primeras que se producían en Lima.

Con esta entrevista pensó D. Francisco haber alejado todo peligro, y siguió despreciando los avisos que constantemente recibía.

En la tarde del 25 de junio, un clérigo le hizo decir que bajo secreto de confesión había sabido que los almagristas trataban de asesinarlo y muy en breve. "Ese clérigo obispado quiere", respondió el marqués; y con la confianza de siempre, fué sin escolta a paseo y al juego de pelota y bochas, acompañado de Nicolás de Ribera el Viejo.

Al acostarse el pajecillo que lo ayudaba a desvestirse le dijo:

—Señor marqués, no hay en las calles más novedad sino que los de Chile quieren matar a su señoría.

—¡Eh! Déjate de bachillerías, rapaz; que esas cosas no son para ti — le interrumpió Pizarro.

Amaneció el domingo 26 de Junio, y el marqués se levantó algo preocupado.

A las nueve llamó al alcalde mayor, Juan de Velázquez, y recomendóle que procurase estar al corriente de los planes de los de Chile, y que si barruntaba algo de gravedad, procediese sin más acuerdo a la prisión del caudillo y de sus principales amigos. Velázquez le dió esta respuesta que las consecuencias revisten de algún chiste:

—Descuide vuestra señoría, que mientras que yo tenga en la mano esta vara, ¡juro a Dios que ningún daño le ha de venir!

Contra su costumbre no salió Pizarro a misa, y mandó que se la dijesen en la capilla de palacio.

Parece que Velázquez no guardó, como debía, reserva con la orden del marqués, y habló de ella con el tesorero Alonso Riquelme y algunos otros. Así llegó a noticia de Pedro de San Millán, quien se fué a casa de Rada, donde estaban reunidos muchos de los conjurados. Participóles lo que sabía y añadió: "Tiempo es de proceder, pues si lo dejamos para mañana, hoy nos hacen cuartos."

Mientras los demás se esparcían por la ciudad a llenar diversas comisiones, Juan de Rada, Martín de Bilbao, Diego Méndez, Cristóbal de Sosa, Martín Carrillo, Pedro de San Millán, Juan de Porras, Gómez Pérez, Arbolancha, Narváez y otros, hasta completar diez y nueve conjurados, salieron precipitadamente del callejón de los Clérigos (y no de Petateros, como cree el vulgo) en

dirección a palacio. Gómez Pérez dió un pequeño rodeo para no meterse en un charco, y Juan de Rada lo apostrofó: "¿Vamos a bañarnos en sangre humana, y está cuidando vuesa merced de no mojarse los pies? Andad y volveos, que no servís para el caso."

Más de quinientas personas paseantes o que iban a misa de las doce había a la sazón en la plaza, y permanecieron impasibles mirando el grupo. Algunos maliciosos se limitaron a decir: "Estos van a matar al marqués o a Picado."

El marqués gobernador y capitán general del Perú D. Francisco Pizarro se hallaba en uno de los salones de palacio en tertulia con el obispo electo de Quito, el alcalde Velázquez y hasta quince amigos más, cuando entró un paje gritando: "¡Los de Chile vienen a matar al marqués, mi señor!".

La confusión fué espantosa. Unos se arrojaron por los corredores al jardín, y otros se descolgaron por las ventanas a la calle, contándose entre los últimos el alcalde Velázquez, que para mejor asirse de la balaustrada se puso entre los dientes la vara de juez. Así no faltaba al juramento que había hecho tres horas antes; visto que si el marqués se hallaba en atrenzos, era porque él no tenía la vara en la mano sino en la boca.

Pizarro con la coraza mal ajustada, pues no tuvo espacio para acabarse de armar, la capa terciada a guisa de escudo y su espada en la mano, salió a oponerse a los conjurados, que ya habían muerto a un capitán y herido a tres o cuatro criados. Acompañaban al marqués su hermano uterino Martín de Alcántara, Juan de Ortiz de Zárate y dos pajes.

El marqués, a pesar de sus sesenta y tres años, se batía con los bríos de la mocedad; y los conjurados no lograban pasar el dintel de una puerta defendida por Pizarro y sus cuatro compañeros, que lo imitaban en el esfuerzo y coraje.

—¡Traidores! ¿Por qué me queréis matar? ¡Qué desvergüenza! ¡Asaltar como bandoleros mi casa! — gritaba furioso Pizarro, blandiendo la espada, y a tiempo que hería a uno de los conjurados, que Rada había empujado sobre él, Martín de Bilbao le acertó una estocada en el cuello.

El conquistador del Perú sólo pronunció una palabra: "¡Jesús!" y cayó, haciendo con el dedo una cruz de sangre en el suelo y besándola.

Entonces Juan Rodríguez Barragán le rompió en la cabeza una garrafa de barro de Guadalajara, y D. Francisco Pizarro exhaló el último aliento.

Con él murieron Martín de Alcántara y los dos pajes, quedando gravemente herido Ortiz de Zárate.

Quisieron más tarde sacar el cuerpo de Pizarro y arrastrarlo por la plaza; pero los ruegos del obispo de Quito y el prestigio de Juan de Rada estorbaron este acto de bárbara ferocidad. Por la noche dos humildes servidores del marqués lavaron el cuerpo; le vistieron el hábito de Santiago sin calzarle las espuelas de oro, que habían desaparecido; abrieron una sepultura en el terreno de la que hoy es catedral, en el patio que aún se llama de los Naranjos, y enterraron el cadáver. Encerrados en un cajón de terciopelo con broches de oro se encuentran hoy los huesos de Pizarro bajo el altar mayor de la catedral. Por lo menos tal es la general creencia.

Realizado el asesinato, salieron sus autores a la plaza gritando: "¡Viva el rey! ¡Muerto es el tirano! ¡Viva Almagro! ¡Póngase la tierra en justicia!" Y Juan de Rada se restregaba las manos con satisfacción diciendo: "¡Dichoso día en que se conocerá que el mariscal tuvo amigos tales que supieron tomar venganza de su matador!"

Inmediatamente fueron presos Jerónimo de Aliaga, el factor Illán Suárez de Carbajal, el alcalde del Cabildo Nicolás de Ribera el Viejo y muchos de los principales vecinos de Lima. Las casas del marqués, de su hermano Alcántara y de Picado fueron saqueadas. El botín de la primera se estimó en cien mil pesos, el de la segunda en quince mil pesos y el de la última en cuarenta mil.

A las tres de la tarde, más de doscientos almagristas habían creado un nuevo Ayuntamiento; instalado a Almagro el Mozo en palacio con título de gobernador, hasta que el rey proveyese otra cosa; reconocido a Cristóbal de Sotelo por su teniente gobernador, y conferido a Juan de Rada el mando del ejército.

Los religiosos de la Merced que, así en Lima como en el Cuzco, eran almagristas, sacaron la custodia en procesión y se apresuraron a reconocer el nuevo gobierno. Gran papel desempeñaron siempre los frailes en las contiendas de los conquistadores. Húbolos que convirtieron la cátedra del Espíritu Santo en tribuna de difamación contra el bando que no era de sus simpatías. Y en prueba de la influencia que sobre la soldadesca tenían los sermones, copiaremos una carta que en 1553 dirigió Francisco Girón al padre Baltasar Melgarejo. Dice así la carta:

"Muy magnífico y reverendo señor: Sabido he que vuesa paternidad me hace más guerra con

su lengua, que no los soldados con sus armas. Merced recibiré que haya enmienda en el negocio, porque de otra manera, dándome Dios victoria, forzarme ha vuesa paternidad que no mire nuestra amistad y quien vuesa paternidad es, cuya muy magnífica y reverenda persona guarde. — De este mi real de Pachacamac. — Besa la mano de vuesa paternidad su servidor. — *Francisco Hernández Girón.*".

Una observación histórica. El alma de la conjuración fué siempre Rada, y Almagro el Mozo ignoraba todos los planes de sus parciales. No se le consultó para el asesinato de Pizarro, y el joven caudillo no tuvo en él más parte que aceptar el hecho consumado.

Preso el alcalde Velázquez, consiguió hacerlo fugar su hermano el obispo del Cuzco fray Vicente Valverde, aquel fanático de la orden dominica que tanta influencia tuvo para la captura y suplicio de Atahualpa. Embarcáronse luego los dos hermanos para ir a juntarse con Vaca de Castro; pero, en la isla de la Puná, los indios los mataron a flechazos junto con otros diez y seis españoles. No sabemos a punto fijo si la iglesia venera entre sus mártires al padre Valverde.

Velázquez escapó de las brasas para caer en las llamas. Los caballeros de la capa no lo habrían tampoco perdonado.

Desde los primeros síntomas de revolución, Antonio Picado se escondió en casa del tesorero Riquelme, y descubierto al día siguiente su asilo, fueron a prenderlo. Riquelme dijo a los almagristas: "No sé dónde está el Sr. Picado," y con los ojos les hizo señas para que lo buscasen debajo de la cama. La pluma se resiste a hacer comentarios sobre tamaña felonía.

Los caballeros de la capa, presididos por Juan de Rada y con anuencia de D. Diego, se constituyeron en tribunal. Cada uno enrostró a Picado el agravio que de él hubiera recibido cuando era omnipotente cerca de Pizarro; luego le dieron tormento para que revelase donde el marqués tenía tesoros ocultos; y por fin, el 29 de setiembre, le cortaron la cabeza en la plaza con el siguiente pregón, dicho en voz alta por Cosme Ledesma, negro ladino en la lengua española, a toque de caja y acompañado de cuatro soldados con picas y otros dos con arcabuces y cuerdas encendidas: "Manda su majestad que muera este hombre por revolvedor de estos reinos, e porque quemó e usurpó muchas provisiones reales, encubriéndolas porque veníán en gran daño al marqués, e porque cohechaba e había cohechado mucha suma de pesos de oro en la tierra."

El juramento de los caballeros de la capa se cumplió al pie de la letra. La famosa capa le sirvió de mortaja a Antonio Picado.

III

EL FIN DEL CAUDILLO Y DE LOS DOCE CABALLEROS

No nos proponemos entrar en detalles sobre los catorce meses y medio que Almagro el Mozo se mantuvo como caudillo, ni historiar la campaña que para vencerlo tuvo que emprender Vaca de Castro. Por eso, a grandes rasgos hablaremos de los sucesos.

Con escasa simpatía entre los vecinos de Lima, vióse D. Diego forzado a abandonar la ciudad para reforzarse en Guamanga y el Cuzco, donde contaba con muchos partidarios. Días antes de em-

prender la retirada, se le presentó Francisco de Chávez exponiéndole una queja, y no recibiendo reparación de ella, le dijo: "No quiero ser más tiempo vuestro amigo y os devuelvo la espada y el caballo." Juan de Rada lo arrestó por la insubordinación, y en seguida lo hizo degollar. Así concluyó uno de los caballeros de la capa.

Juan de Rada, gastado por los años y las fatigas, murió en Jauja al principiarse la campaña. Fué este un golpe fatal para la causa revolucionaria. García de Alvarado lo reemplazó como general y Cristóbal de Sotelo fué nombrado maese de campo.

En breve estalló la discordia entre los dos jefes de ejército, y hallándose Sotelo enfermo en cama, fué García de Alvarado a pedirle satisfacción por ciertas hablillas: "No me acuerdo haber dicho nada de vos ni de los Alvarados — contestó — el maese de campo; — pero si algo he dicho lo vuelvo a decir, porque, siendo quien soy, se me da una higa de los Alvarados; y esperad a que me abandone la fiebre que me trae postrado para demandarme más explicaciones con la punta de la espada." Entonces el impetuoso García de Alvarado cometió la villanía de herirlo, y uno de sus parciales lo acabó de matar. Tal fué la muerte del segundo caballero de la capa.

Almagro el Mozo habría querido castigar en el acto al aleve matador; pero la empresa no era hacedera. García de Alvarado, ensoberbecido con su prestigio sobre la soldadesca, conspiraba para deshacerse de D. Diego, y luego, según le conviniese, batir a Vaca de Castro o entrar en acuerdo con él. Almagro disimuló mañosamente, inspiró confianza a Alvarado y supo atraerlo a un convite que daba en el Cuzco Pedro de San Millán. Allí,

en medio de la fiesta, un confidente de D. Diego se echó sobre D. García diciéndole:

—¡Sed preso!

—Preso no, sino muerto — añadió Almagro, y le dió una estocada, acabándolo de matar los otros convidados.

Así desaparecieron tres de los caballeros de la capa antes de presentar batalla al enemigo. Estaba escrito que todos habían de morir de muerte violenta y bañados en su sangre.

Entretanto, se aproximaba el momento decisivo, y Vaca de Castro hacía a Almagro proposiciones de paz y promulgaba un indulto, del que sólo estaban exceptuados los nueve caballeros de la capa que aún vivían y dos o tres españoles más.

El domingo 16 de setiembre de 1542 terminó la guerra civil con la sangrienta batalla de Chupas. Almagro, al frente de quinientos hombres, fué casi vencedor de los ochocientos que seguían la bandera de Vaca de Castro. Durante la primera hora, la victoria pareció inclinarse del lado del joven caudillo; pues Diego de Hoces, que mandaba una ala de su ejército, puso en completa derrota una división contraria. Sin el arrojo de Francisco de Carbajal, que restableció el orden en las filas de Vaca de Castro, y más que esto, sin la pericia o traición de Pedro de Candia, que mandaba la artellería almagrista, el triunfo de los de Chile era seguro.

El número de muertos por ambas partes pasó de doscientos cuarenta, y el de los heridos fué también considerable. Entre tan reducido número de combatientes, sólo se explica un encarnizamiento igual teniendo en cuenta que los almagristas tuvieron por su caudillo el mismo fanático entusiasmo que habían profesado al mariscal su

padre; y ya es sabido que el fanatismo por una causa ha hecho siempre los héroes y los mártires.

Aquellos sí eran tiempos en los que, para entrar en batalla se necesitaba tener gran corazón. Los combates terminaban cuerpo a cuerpo, y el vigor, la destreza y lo levantado del ánimo decidían del éxito.

Las armas de fuego distaban tres siglos del fusil de aguja y eran más bien un estorbo para el soldado, que no podía utilizar el mosquete o arcabuz si no iba provisto de eslabón, pedernal y yesca para encender la mecha. La artillería estaba en la edad del babador; pues los pedreros o falconetes, si para algo servían era para meter ruido como los petardos. Propiamente hablando, la pólvora se gastaba en salvas; pues no conociéndose aún escala de punterías, las balas iban por donde el diablo las guiaba. Hoy es una delicia caer en el campo de batalla, así en mandria como el audaz, con la limpieza con que se resuelve una ecuación de tercer grado. Muere el prójimo matemáticamente, en toda regla, sin error de suma o pluma; y ello, al fin, debe ser un consuelo que se lleva el alma al otro barrio. Decididamente, hogaño una bala de cañón es una bala científica, que nace educada y sabiendo a punto fijo dónde va a parar. Esto es progreso, y lo demás es chiribitas y agua de borrajas.

Perdida toda esperanza de triunfo, Martín de Bilbao y Jerónimo de Almagro no quisieron abandonar el campo, y se lanzaron entre los enemigos gritando: "¡A mí, que yo maté al marqués!" En breve cayeron sin vida. Sus cadáveres fueron descuartizados al día siguiente.

Pedro de San Millán, Martín Carrillo y Juan

Tello fueron hechos prisioneros, y Vaca de Castro los mandó degollar en el acto.

Diego de Hoces, el bravo capitán que tan gran destrozo causara en las tropas realistas, logró escapar del campo de batalla, para ser pocos días después degollado en Guamanga.

Juan Rodríguez Barragán, que había quedado por teniente gobernador en el Cuzco, fué apresado en la ciudad y se le ajustició. Las mismas autoridades que creó D. Diego, al saber su derrota, se declararon por el vencedor para obtener indultos y mercedes.

Diego Méndez y Gómez Pérez lograron asilarse cerca del inca Manco que, protestando contra la conquista, conservaba en las crestas de los Andes un grueso ejército de indios. Allí vivieron hasta fines de 1544. Habiendo un día Gómez Pérez tenido un altercado con el inca Manco, mató a éste a puñaladas, y entonces los indios asesinaron a los dos caballeros y a cuatro españoles más que habían buscado refugio entre ellos.

Almagro el Mozo peleó con desesperación hasta el último momento en que, decidida la batalla, lanzó su caballo sobre Pedro de Candia, y diciéndole "¡Traidor!" lo atravesó con su lanza. Entonces Diego de Méndez lo forzó a emprender la fuga para ir a reunirse con el inca, y habríanlo logrado si a Méndez no se antojara entrar en el Cuzco para despedirse de su querida. Por esta imprudencia fué preso el valeroso mancebo, logrando Méndez escapar para morir más tarde, como ya hemos referido, a manos de los indios.

Se formalizó proceso y D. Diego salió condenado. Apeló del fallo a la Audiencia de Panamá y al rey, y la apelación le fué negada. Entonces dijo con entereza: "Emplazo a Vaca de Castro

ante el tribunal de Dios, donde seremos juzgados sin pasión; y pues muero en el lugar donde degollaron a mi padre, ruego sólo que me coloquen en la misma sepultura, debajo de su cadáver".

Recibió la muerte — dice un cronista que presenció la ejecución — con ánimo valiente. No quiso que le vendasen los ojos por fijarlos, hasta su postrer instante, en la imagen del Crucificado; y, como lo había pedido, se le dió la misma tumba que al mariscal su padre.

Era este joven de veinticuatro años de edad, nacido de una india noble de Panamá, de talla mediana, de semblante agraciado, gran jinete, muy esforzado y diestro en las armas, participaba de la astucia de su progenitor, excedía en la liberalidad a su padre, que fué harto dadivoso, y como él, sabía hacerse amar con locura de sus parciales.

Así, con el triste fin del caudillo y de los caballeros de la capa, quedó exterminado en el Perú el bando de los de Chile.

LA TRADICION DEL HIMNO NACIONAL

I

Por los años de 1810 existía en el convento de los dominicos de Lima y también en el de los agustinos una Academia de música, dirigida por fray Pascual Nieves, buen tenor y mejor organista. El padre Nieves era, en su época, la gran reputación artística que los peruleros nos sentíamos orgullosos de poseer.

El primer pasante de la Academia era un muchacho de doce años de edad, como que nació en Lima en 1798. Llamábase José Bernardo Alcedo, y vestía el hábito de donado, que lo humilde de su sangre le cerraba las puertas para aspirar a ejercicio de sacerdotales funciones.

A los diez y ocho años de edad, los motetes compuestos por Alcedo, que era entusiasta apasionado de Haydn y de Mozart, y una misa en *re mayor*, sirvieron de base a su reputación como músico.

Jurada en 1821 la independencia del Perú, el protector D. José de San Martín expidió decreto convocando concurso o certamen musical, del que resultaría premiada la composición que se declarase digna de ser adoptada por himno nacional de la República.

Seis fueron los autores que entraron en el concurso, dice el galano escritor a quien extractamos para zurcir este artículo.

El día prefijado fueron examinadas todas las composiciones y ejecutadas en el orden siguiente:

1ª La del músico mayor del batallón *Numancia.*



2ª La del maestro Huapaya.

3ª La del maestro Tena.

4ª La del maestro Filomeno.

5ª La del padre fray Cipriano Aguilar, maestro de capilla de los agustinianos.

6ª La del maestro Alcedo.

Apenas terminada la ejecución de la última, cuando el general San Martín, poniéndose de pie, exclamó:

—¡He aquí el himno nacional del Perú!

Al día siguiente un decreto confirmaba esta opinión, expresada por el gobernante en un arranque de entusiasmo.

El himno fué estrenado en el teatro la noche del 4 setiembre de 1821, en que se festejó la capitulación de las fortalezas del Callao, ajustada por el general La Mar el 21. Rosa Merino, la bella y simpática cantatriz a la moda, cantó las estrofas en medio de interminables aplausos.

La ovación de que en esa noche fué objeto el humilde maestro Alcedo es indescriptible para nuestra pluma.

Mejores versos que los de D. José de la Torre Ugarte merecía el magistral y solemne himno de Alcedo. Las estrofas inspiradas en el patrioterismo que por esos días dominaba, son pobres como pensamiento y desdichadas en cuanto à corrección de forma. Hay en ellas mucho de fanfarronería portuguesa y poco de la verdadera altivez republicana. Pero con todos sus defectos, no debemos consentir jamás que la letra de la canción nacional se altere o cambie. Debemos acatarla como sagrada reliquia que nos legaron nuestros padres, los que con su sangre fecundaron la libertad y la república. No tenemos derecho, que sería sacrílega profanación, ni a corregir una sílaba en esas estrofas, en las que se siente a veces palpitar el varonil espíritu de nuestros mayores.

II

Concluyamos compendiando en breves líneas la biografía del maestro Alcedo.

Todos los cuerpos del ejército solicitaron del protector que les destinase al autor del himno como músico mayor y en la clase de subteniente; pero Alcedo optó por el batallón número 4 de Chile, en el que concurrió a las batallas de Torata y Moquegua y a otras acciones de guerra.

Cuando se dispuso en 1823 que el batallón regresase a Chile, Alcedo pasó con él a Santiago, separándose a poco del servicio.

El canto llano era casi ignorado entre los Monjes de Chile, y franciscanos, dominicanos y agustinos comprometieron a nuestro músico para que les diese lecciones, a la vez que el gobierno lo contrataba como director de las bandas militares.

Cuarenta años pasó en la capital chilena nuestro compatriota, siendo en los veinte últimos maestro de capilla de la catedral, hasta 1864 en que el gobierno del Perú lo hizo venir para confiarle la dirección y organización en Lima de un conservatorio de música, que no llegó a establecerse por la instabilidad de nuestros hombres públicos. Sin embargo, Alcedo, como director general de las bandas militares, disfrutó hasta su muerte, acaecida en 1879, el sueldo de doscientos soles al mes.

Muchos pasos dobles, boleros, valses y canciones forman el repertorio del maestro Alcedo, sobresaliendo, entre todo lo que compuso, su música sagrada.

Alcedo fué también escritor, y testimonio de ello da su notable libro *Filosofía de la Música*, impreso en Lima en 1869.

A SAN MARTIN

Homenaje de un soldado de la patria vieja

¡Presente, mi general!
En los campos de batalla
y arrostrando la metralla
en combate desigual,
seguí un tiempo la bandera
que alzaste contra el hispano,
noble enseña que en tu mano
lábaro de triunfos era.
No a mi palabra demandes
loores a tu memoria....
si pedestal de tu gloria,
Gran Capitán, son los Andes!
Tú los escalaste un día
con arrojo sobrehumano,
dando al mundo americano
asombro tu bizarría;
y cual águila caudal
que níveas cumbres trasmonta,
y cae, altanera y pronta,
sobre la presa campal;
así, audaz y bravo, tú
en lid feroz te lanzaste
y los lauros conquistate
de Chacabuco y Maypú.
Después a tambor batiente
vino tu aguerrida grey,
y eclamaste: — ¡Abajo el rey!
¡viva el Perú independiente! —

Y a esa voz el patriotismo
dispertó de su marasmo:
Lima fué toda entusiasmo,
germinador de heroísmo.
Arma al brazo, aire triunfal,
como en bélica jornada,
estuvo tu camarada
presente, mi General,
y vió al pueblo en torbellino,
como alborotado mar,
agradecido regar
con flores mil tu camino.

¡Quien entonces te dijera
que, al fundar la libertad,
iba la fraternidad
a ser odiosa quimera!
Que pueblos que con hazañas
rompieron la argolla ibérica,
para baldón de la América
se arrancasen las entrañas,
y resucitara aleve
con insidia antes no vista,
el derecho de conquista
en el siglo diecinueve!

Quizá al sonar el clarín
de contienda fratricida,
en pueblos a que dió vida
don José de San Martín,
en horas de lucha infanta
que nos guardaba el Destino,
quizá a interponerse vino
esa sombra veneranda,
y vió con pena cruel,
en la bárbara contienda,
repetida la leyenda
que habla de Caín y Abel.

No de los tiempos pasados
la historia pondrá en olvido,
orgulloso de haber sido
último de tus soldados,
quien vió, entre rudos afanes,
extinguirse cual pavesa
la luz de la vida en esa
generación de titanes.
Yo, que tu constancia vi,
que tus proezas conté,
tu abnegación admiré
y con tus duelos sufrí;
yo, que estuve en la victoria
junto a ti con arma enhiesta,
reclamo mi sitio en esta
apoteosis de tu gloria;
y hoy, que a tu nombre inmortal
va a ser monumento alzado,
decir cumple a tu soldado:—
¡Presente, mi General!

Esta composición fué leída por el autor en nombre del único militar que aún vivía en Lima, contemporáneo del generalísimo, en la ceremonia oficial del 28 de Julio de 1890, con motivo de la colocación de la primera piedra para un monumento al ilustre fundador de la Independencia peruana. La lectura produjo una reclamación diplomática por parte del ministro de Chile en el Perú.

PAN, QUESO Y RASPADURA

I

El mes de diciembre de 1824 principiaba tomando el ejército español, mandado personalmente por el virrey La-Serna, la ofensiva sobre el ejército patriota, a órdenes del bravo general Sucre, ese Bayardo de la América.

Ambos ejércitos marchaban paralelamente y casi a la vista, separados por el caudaloso río Pampas, y cambiándose de vez en cuando algunos tiros. El jefe español se proponía, ante todo, cortar la comunicación de los patriotas con Lima, a la vez que forzar a estos a descender al llano abandonando las crestas de Matará.

Sucre, comprendiendo el propósito del enemigo, se apresuró a ganar el día 3 la quebrada de Corpahuaico; y habían avanzado camino en ella las divisiones de vanguardia y centro, cuando la retaguardia fué bruscamente atacada por las tropas de Valdez, el más inteligente y prestigioso de los generales españoles. Los patriotas perdieron en esa jornada todo el parque, uno de los cañones que formaban su artillería y cerca de trescientos hombres. El desastre habría sido trascendental si el batallón Vargas, mandado por el comandante Trinidad Morán, no hubiera desplegado heroica bizarría, dando con su resistencia tiempo para que el ejército acabase de pasar el peligroso desfiladero.

¡Triste burla de la suerte! Treinta años después, el 3 de diciembre de 1854, el general D. Trinidad Morán era fusilado en la plaza de Arequipa, en el mismo día aniversario de aquel en que salvó al ejército patriota y con él acaso la independencia de América.

El 8 las tropas realistas, ocupando las alturas de Pacaicasa y del Cundurcunca (cuello de cóndor), tenían cortada para los patriotas la comunicación con el valle de Jauja. Los independientes tomaban posiciones primero en Tambo-Cangallo, después en el pueblecito de Quinua, a cuatro leguas de Huamanga, finalmente a la falda del Cundurcunca. Retirarse sobre Ica o retroceder camino del Cuzco era, si no imposible, plan absurdo.

El ejército del virrey se componía de doce batallones de infantería, cinco cuerpos de caballería y catorce cañones. Su fuerza efectiva era de nueve mil trescientos hombres.

Los patriotas contaban sólo con diez batallones, cuatro regimientos de caballería y un cañón que, como recuerdo glorioso, se conservaba hasta 1881 en el museo del cuartel de artillería de Lima. Total, cinco mil ochocientos hombres.

Inmensa como se ve, era la superioridad de los españoles; pero cada hora que corría sin combatir hacía más aflictiva la situación del reducido ejército patriota en el que, para mayor conflicto, sólo había carne para racionar a la tropa por uno o dos días más.

El general La-Mar se dirigió a una choza de pastores que servía de alojamiento a Sucre. Este le tendió afectuosamente la mano y le dijo:

—¡Y bien, compañero! ¿Qué haría usted en mi condición?

— Dar mañana la batalla, y vencer o morir — contestó La-Mar.

— Pienso lo mismo, y me alegro de que no haya discrepancia en nuestra manera de apreciar la situación.

Y Sucre salió a la puerta de la choza, llamó a su ayudante y le dió orden de convocar inmediatamente para una junta de guerra a los principales jefes del ejército.

Una hora después, los generales Sucre, La Mar, Córdova, Miller, Lara y Gamarra, que era el jefe de Estado Mayor, y los comandantes de cuerpo se encontraban congregados a la puerta de la choza, sentados sobre tambores e improvisados taburetes de campaña.

II

Una ligera noticia biográfica de los principales miembros de la junta de guerra paréceme que viene aquí como anillo en dedo.

Antonio José de Sucre nació en Cumaná en 1793, y desde la edad de diez y seis años se enroló en las filas patriotas. En 1813 mandaba ya un batallón. Desde la batalla de Pichincha empezó a figurar como general en jefe. Siendo, en 1828, presidente de Bolivia, envió su poder a un amigo para contraer matrimonio, en Quito, con la marquesa de Solanda, y ¡curiosa coincidencia! el mismo día, 18 de abril, en que se celebraba la ceremonia nupcial, era Sucre herido, en Chuquisaca, al sofocar un movimiento revolucionario. El gran mariscal de Ayacucho fué villanamente asesinado el 4 de junio de 1830, en la montaña de Berruecos.

D. José de La Mar nació en Cuenca (Ecuador) en 1777, y fué llevado por uno de sus deudos

a un colegio de Madrid. En 1794, entró en la carrera militar e hizo la campaña del Rosellón al lado del limeño conde de la Unión que mandaba en jefe el ejército español. En el sitio de Zaragoza era ya coronel muy querido de Palafox. Defendiendo un fuerte cayó mortalmente herido, y su curación fué penosísima. En Valencia mandó después un cuerpo de cuatro mil hombres y, tomado prisionero el mariscal Soult lo remitió al depósito de Dijón. En 1814, Fernando VII lo ascendió a general y lo envió al Perú con alto destino militar. En 1823 elevó su renuncia ante el virrey La Serna, y aceptada por éste y desligado de todo compromiso con España, tomó servicio en favor de la causa americana. Presidente constitucional del Perú, en 1828, fué derrocado por la más injustificable revolución, y murió desterrado en San José de Costa Rica, en 1830.

El granadino José María Córdova nació en 1800, y en 1822 era general de brigada en premio de su bravura en Boyacá y otros combates. En el mismo campo de Ayacucho fué ascendido a general de división, y cuando acompañando a Bolívar en su paseo triunfal hasta Potosí, el vecindario del Cuzco obsequió al libertador una corona de oro y piedras preciosas, éste no la aceptó y la puso sobre la cabeza de Córdova. La guerra civil se enseñoreó de Colombia en 1829, y Córdova fué asesinado después de una derrota.

Agustín Gamarra nació en el Cuzco en 1785, y aunque sus padres pretendieron hacer de él un teólogo, abandonó el colegio y sentó plaza de cadete en el ejército español, alcanzando en él hasta comandante. Proclamada en 1821 la independencia, tomó servicio con los patriotas, que lo reputaban, después de Sucre y La Mar, como el mi-

litar más competente en materia de organización, disciplina y estrategia. Entrado ya el Perú en el régimen constitucional, fué perenne perturbador del orden y vivió siendo siempre o presidente o conspirador. Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Ingavi, en 1840.

III

La junta de guerra decidió por unanimidad de votos dar la batalla en la mañana del siguiente día.

Terminada la sesión, Sucre llamó a su asistente y le dijo: "Sirve las once a estos caballeros".

Y volviéndose a sus compañeros de junta, añadió: "Conténtense ustedes con mis pobrezas, que para festines tiempo queda si Dios nos da mañana la victoria y una bala no nos corta el resuello".

Y el asistente puso sobre un tambor una botella de aguardiente, un trozo de queso, varios panes y una chancaca.

—¡Banquete de príncipes golosos! — exclamó Córdova.

—No moriremos de indigestión — dijo La Mar, poniendo una rebanada de queso dentro de un pan y cortando con el cuchillo un trocito de chancaca.

A este tiempo el coronel O'Connor, primer ayudante de Estado Mayor, se acercó a Sucre, preguntándole:

—Mi general, ¿quiere usía dictarme el santo y seña que se ha de comunicar al ejército?

— ¡Ahítate, glotón! Pan, queso y raspadura (1) — continuó diciendo La Mar y pasando a Miller la ración que acababa de arreglar.

— ¡Pan, queso y raspadura! — repitió el gallardo inglés aceptando el agasajo. — *¡Very well!* ¡Muchas gracias!

Sucre se volvió hacia Miller, y le dijo sonriendo:

— ¿Qué ha dicho usted, general?

— *¡Nothing!* ¡Nada! ¡Nada! Pan, queso y raspadura....

— Coronel O'Connor, ahí tiene usted el santo, seña y contraseña precursores del triunfo.

Y sacando Sucre del bolsillo su librito de memorias, arrancó una página y escribió sobre ella con lápiz:

PAN, QUESO Y RASPADURA

Tal fué el santo, seña y contraseña del ejército patriota al romperse los fuegos en el campo de Ayacucho.

IV

La batalla de Ayacucho tuvo, al iniciarse, todos los caracteres de un caballeresco torneo.

A las ocho de la mañana del 9 de diciembre el bizarro general Monet se aproximó con un ayu-

---

(1) *Raspadura*, según el Diccionario de la lengua, es lo que se quita de alguna superficie raspándola. Se usa más en plural, y así se dice: raspaduras de uñas, raspaduras de chancaca, etc. La voz chancaca es provincialismo de Méjico y el Perú, y se designa con este nombre al pan o bollo hecho con la maleza o heces de la miel de caña.

dante al campo patriota, hizo llamar al no menos bizarro Córdova, y le dijo:

— General, en nuestro ejército como en el de ustedes hay jefes y oficiales ligados por vínculos de familia o de amistad íntima: ¿sería posible que, antes de rompernos la crisma, conversasen y se diesen un abrazo?

— Me parece, general, que no habrá inconveniente. Voy a consultarlo — contestó Córdova.

Y envió a su ayudante donde Sucre, quien en el acto acordó el permiso.

Treinta y siete peruanos entre jefes y oficiales, y veintiseis colombianos, desciñéndose la espada, pasaron a la línea neutral donde, igualmente sin armas, los esperaban ochenta y dos españoles.

Después de media hora de afectuosas expansiones regresaron a sus respectivos campamentos, donde los aguardaba el almuerzo.

Concluído éste, los españoles, jefes, oficiales y soldados, se vistieron de gran parada, en lo que los patriotas no podían imitarlos por no tener más ropa que la que llevaban puesta.

Sucre vestía levita azul cerrada con una hilera de botones dorados, sin banda, faja ni medallas, pantalón azul, charreteras de oro y sombrero apuntado con orla de pluma blanca. El traje de La Mar se diferenciaba en que vestía casaca azul en lugar de levita. Córdova tenía el mismo uniforme de Sucre y, en vez de sombrero apuntado, un jipijapa de Guayaquil.

A las diez volvió a presentarse Monet, a cuyo encuentro adelantó Córdova.

— General — le dijo aquél, — vengo a participarle que vamos a principiar la batalla.

— Cuando ustedes gusten, general — contestó el valiente colombiano. — Esperaremos para contestarle a que ustedes rompan los fuegos.

Ambos generales se estrecharon la mano y volvieron grupas.

No pudo llevarse más adelante la galantería por ambas partes.

A los americanos nos tocaba hacer los honores de la casa, no quemando los primeros cartuchos mientras los españoles no nos diesen el ejemplo.

En Ayacucho se repitió aquello de: *A vous, messieurs les anglais, que nous sommes chez nous.*

V

A poco más de las diez de la mañana, la división Monet, compuesta de los batallones Burgos, Infante, Guías y Victoria, a la vez que la división Villalobos formada por los batallones Gerona, Imperial y Fernandinos, empezaron a descender de las alturas sobre la derecha y centro de los patriotas.

La división Valdez, organizada con los batallones Cantabria, Centro y Castro, había dado un largo rodeo y aparecía ya por la izquierda. La caballería, al mando de Ferraz, constaba de los húsares de Fernando VII dragones de la Unión, granaderos de la Guardia y escuadrones de San Carlos y de alabarderos. Las catorce piezas de artillería estaban también convenientemente colocadas.

Los patriotas esperaban el ataque en línea de batalla. El ala derecha era mandada por Córdova y se componía de los batallones Bogotá, Voltíjeros, Caracas y Pichincha. La división del general

Lara, con los batallones Vargas, Rifles y Vencedores, ocupaba el centro. La Mar, con los cuatro cuerpos peruanos, sostenía la izquierda. La caballería, a órdenes de Miller, se componía de los húsares de Junín y de Colombia y de los granaderos de Buenos Aires.

Cada batallón de la infantería española constaba de ochocientas plazas por lo menos, y entre los patriotas raro era el cuerpo que excedía de la mitad de esa cifra.

Sucre, en su brioso caballo de batalla, recorría la línea, y deteniéndose en el centro de ella, dijo con entonación de voz que alcanzó a repercutir en los extremos:

—¡Soldados! De los esfuerzos de hoy pende la suerte de la América del Sur. ¡Que otro día de gloria corone vuestra admirable constancia!

Y espoleando su fogoso corcel, se dirigió hacia el ala que ocupaban los peruanos.

La Mar, el adalid sin miedo y sin mancilla, alentó a sus tropas con una proclama culta, a la vez que entusiasta y breve, y que ni la historia ni la tradición han cuidado de conservar.

Los batallones contestaron con un estruendoso ¡viva el Perú!, y rompieron el fuego sobre la división Valdez que había tomado ya la iniciativa del combate. Era en esa ala donde la victoria debía disputarse más reñidamente.

Entretanto la división Monet avanzaba sobre la de Córdova, y el coronel Guas, que mandaba el antiguo batallón *Numancia,* cuyo nombre cambió Bolívar con el de Voltíjeros, dijo a sus soldados:

—¡Numantinos! Ya sabéis que para vosotros no hay cuartel. ¡Ea! A vencer o morir matando.

Sucre, que acudía con oportunidad allí donde su presencia era necesaria, le gritó a Córdova:

— General, tome usted la altura y está ganada la batalla.

El valiente Córdova, ese gallardo paladín de veinticuatro años, por toda respuesta se apeó del caballo y, alzando su sombrero de jipijapa (1) en la punta de su espada, dió esta original voz de mando:

— ¡División! ¡De frente! ¡Armas a discreción y paso de vencedores!

Y dando una irresistible carga a la bayoneta, sostenido por la caballería de Miller que acuchillaba sin piedad a los húsares de Fernando VII, sembró pronto el pánico en la división Monet.

Sospecho que también la historia tiene sus pudores de niña melindrosa. Ella no ha querido conservar la proclama del general Lara a la división del centro, proclama eminentemente cambrónica; pero la tradición no la ha olvidado, y yo, tradicionista de oficio, quiero consignarla. Si pe-

---

(1) Hasta en escritores serios hemos visto consignada la especie de que, al emprender la famosa acometida sobre los españoles, Córdova se apeó de su corcel de batalla, desnudó la espada, atravesó con ella el pecho del caballo, y a guisa de bandera enarboló el tricornio en la punta de su acero, pronunciando a la vez sus inmortales palabras de mando. Varios pintores lo exhiben así en sus cuadros.

Ello quizá sea poético, y duélenos despoetizar la pintura; pero la verdad histórica nos obliga a decir que Córdova no lució ese dia sombrero apuntado, sino un blanco jipijapa, y que estuvo muy lejos de herir al noble corcel que lo sustentara en varios combates, acción que habría revestido caracteres de crueldad y de ingratitud.

co en ello, pecaré con Víctor Hugo; es decir, en buena compañía.

La malicia del lector adivinará los vocablos que debe sustituir a los que yo estampo en letra bastardilla. Téngase en cuenta que la división Lara se componía de llaneros y gente cruda a la que no era posible entusiasmar con palabritas de salón.

—¡Zambos del *espantajo!* — les gritó. — Al frente están los godos *puchueleros*. El que manda la batalla es Antonio José de Sucre que como saben ustedes, no es ningún *cangrejo*. Conque así, apretarse los *calzones* y.... ¡a ellos!

Y no dijo más, y ni Mirabeau habría sido más elocuente.

Y tan furiosa fué la arremetida sobre la división Villalobos, en la cual venía el virrey, que el batallón Vargas no sólo alcanzó a derrotar el centro enemigo, sino que tuvo tiempo para acudir en auxilio de La Mar, cuyos cuerpos empezaban a ceder terreno ante el bien disciplinado coraje de los soldados de Valdez.

Secundó a Vargas el regimiento húsares de Colombia, cuyo jefe, el coronel venezolano Laurencio Silva, cayó herido. Llevado al hospital y puesto un vendaje a la herida, preguntó al cirujano:

—Dígame, socio.... ¿Cree usted que moriré de ésta?

—Lo que es morir me parece que no; pero tiene usted lo preciso para pasar algunos meses bien *divertido*.

—¡Ah! Pues si no muero de ésta, venga mi caballo, que todavía hay jarana para un cuarto de hora y quiero estar ella hasta el *conchito*.

Y con agilidad suma, sin escuchar las refle-

xiones de su amigo el cirujano, saltó sobre el caballo y volvió a meterse en lo recio del fuego.

¡Que hombres, Cristo mio! ¡Que hombres! Setenta minutos de batalla, casi cuerpo a cuerpo, empleando los patriotas el sable y la balloneta más que el fusil, pues desde Corpaguaico, donde perdieron el parque, se hallaban escasos de pólvora (cincuenta y dos cartuchos por plaza), bastaron para consumar la independencia de América.

VI

A las doce del día el virrey La Serna, ligeramente herido en la cabeza, se encontraba prisionero de los patriotas, y ¡lo que son las ironías del destino! en ese mismo día, a esa misma hora, en Madrid, el rey D. Fernando VII firmaba para La Serna el título de conde de los Andes.

La rivalidad entre Canterac, favorito del virrey y jefe de Estado Mayor de los españoles, y Valdez, el más valiente, honrado y entendido de los generales realistas, influyó algo para la derrota. El plan de batalla fué acordado sólo entre La Serna y Canterac, y al ponerlo en conocimiento de Valdez tres horas antes de iniciarse el combate, éste murmuró al oído del coronel del Cantabria, que era su íntimo amigo:

—¡Nos arreglaron los insurgentes! Ese plan de batalla han podido urdirlo dos frailes gilitos, pero no dos militares. Los enemigos nos habrán hecho fleco antes de que lleguemos a la falda del cerro, y aun superado este inconveniente, no nos dejarán formar línea ordenada de batalla. En fin, soldado soy y mi obligación es ir sin chistar al

matadero y cumplir, como Dios me ayude, con mi rey y con mi patria.

—¿Qué hacer, mi general? — contestó el jefe del Cantabria estrechando la mano de su superior. — ¡Caro vamos a pagar las francesadas de Canterac!

Desbandada su división que, en justicia sea dicho, se batió admirablemente, Valdez descabalgó y, sentándose sobre una piedra, dijo con estoicismo:

—Esta comedia se la llevó el demonio. ¡Canario! De aquí no me muevo y aquí me matan.

Un grupo de sus soldados, de quienes era muy querido, lo tomó en peso y consiguió transportarlo algunas cuadras fuera del campo.

A la caída del sol, Canterac firmaba la capitulación de Ayacucho, y tres días más tarde dirigía a Simón Bolívar esta carta, que acaso medio siglo después trajo a la memoria Napoleón III al rendirse prisionero en Sedán:

"Excmo. Sr. libertador D. Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vuecelencia por haber terminado su empresa en el Perú con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa. — *José de Canterac.* — Guamanga a 12 de diciembre de 1824."

VII

A las dos de la tarde, fatigado por la sangrienta al par que gloriosa faena del día, llegó el general Miller a la puerta de la tienda de Sucre, donde sólo encontró al leal asistente.

— Pancho — le dijo el alegre inglés, — dame un tragito de algo que refresque y un bocado para comer.

El asistente le contestó:

— Mi general, dispense usía si no le ofrezco otra cosa que lo mismo de ayer: un sorbo de aguardiente, pan, queso y raspadura.

— Hombre, guárdate la raspadura y tráeme lo demás, que para raspadura basta con la que hemos dado a los godos.

CORDOBA

A Aníbal Galindo.

De heroísmo verdadero
fué una edad que ya se aleja......
Os hace falta un Homero,
tiempos de la patria vieja!
De aquel valiente que pudo,
de Ayacucho en la victoria,
dejar de palmas desnudo
todo el árbol de la gloria;
del bravo entre los mejores
que dijo: — *arma a' discreción*
y paso de vencedores — (1)
oidme una tradición.
Espartano en bizarría
era y gallardo el doncel;
mozo que a nadie cedía
del entusiasmo el laurel.
Es la civil disención
y es un campo de batalla;
de ancho llano en la extensión
muerto siembra la metralla.
Héroe de la antigua Grecia
transportado al Mundo Nuevo,
allí do el combate arrecia
se ve impávido al mancebo.

(1) — Histórico.

¡Oh, cuánta estéril hazaña!
¡Cuántos tajos y reveses!
¡Así bajo la guadaña
del segador caen las mieses!
— *¡Ríndete!* (le grita alguno)
Tu esperanza es ilusoria;
somos ciento y eres uno,
y es nuestra ya la victoria.
Con sereno parecer
y tranquilo sonreir:
— *si es imposible vencer,*
no es imposible morir — (1)
dijo el valiente adalid
y, espoleando su bridón,
cayó en la revuelta lid
destrozado el corazón.

---

(1) — Histórico.

FRANCISCO BOLOGNESI

I

Eran las primeras horas de la mañana del sábado 5 de junio de 1880.

Los rayos del tibio sol matinal caían sobre las paredes azules de una casita de modesta apariencia, situada en la falda del cerro de Arica y en dirección a la calle real del puerto.

Un soldado del batallón granaderos de Tacna, con el rifle al brazo, hacía su facción de centinela en la puerta de la casita.

Quien hubiera penetrado en la pieza principal, que mediría diez metros de largo por seis de ancho, habría visto por todo humildísimo mueblaje una tosca mesa de pino, obra reciente del carpintero del *Manco Capac;* unos pocos sillones desvencijados, y una gran banca con pretensiones de sofá, trabajo del mismo escoplo y martillo. Al fondo y cerca de una ventana aún entornada había una de esas ligeras camas de campaña que para nosotros, sibaritas de la ciudad, sería lecho de Procusto, más que mueble de reposo para el fatigado cuerpo.

Sentado junto a la mesa en el menos estropeado de los sillones, y esgrimiendo el lápiz sobre un plano que delante tenía, hallábase aquella mañana un anciano de marcial y expansivo semblante, de pera y bigote canos, mirada audaz y

frente despejada. Vestía pantalón de paño grana con cordoncillo de oro, paletot azul con botones de metal militarmente abrochado, y kepis con el distintivo de jefe que ejerce mando superior.



Era el coronel Francisco Bolognesi.

No nos proponemos escribir la biografía del noble mártir de Arica; pues por bellas que sean las páginas de su existencia, la solemne majestad de su último día las empequeñece y vulgariza. En su vida de cuartel y de salón vemos sólo al hombre que profesaba la religión del deber, al cumplido caballero, al soldado pundonoroso; pero sus

postreros instantes nos deslumbran y admiran como las irradiaciones espléndidas de un sol que se hunde en la inmensidad del Océano.

II

Un capitán avanzó algunos pasos hacia la mesa, y cuadrándose militarmente dijo:

— Mi coronel, ha llegado el parlamento del enemigo.

— Que pase — contestó Bolognesi, y se puso de pie.

El oficial salió, y pocos segundos después entraba en la sala un gallardo jefe chileno que vestía uniforme de artillero. Era el sargento mayor D. Cruz Salvo.

— Mis respetos, señor coronel — dijo, inclinándose cortesmente el parlamentario.

— Gracias, señor mayor. Dígnese usted tomar asiento.

Salvo ocupó el sillón que le cedía Bolognesi, y éste se sentó en el extremo del sofá vecino. Hubo algunos segundos de silencio que al fin rompió el parlamentario diciendo:

— Señor coronel, una división de seis mil hombres se encuentra casi a tiro de cañón de la plaza....

— Lo sé — interrumpió con voz tranquila el jefe peruano; — aquí somos mil seiscientos hombres decididos a salvar el honor de nuestras armas.

— Permita usted, señor coronel — continuó Salvo, — que le observe que el honor militar no

impone sacrificio sin fruto; que la superioridad numérica de los nuestros es como de cuatro contra uno; que las mismas ordenanzas militares justifican en su caso una capitulación, y que estoy autorizado para decirle, en nombre del general en jefe del ejército de Chile, que esa capitulación se hará en condiciones que tanto honren al vencido como al vencedor.

— Está bien, señor mayor — repuso Bolognesi sin alterar la impasibilidad de su acento; — pero estoy resuelto *a quemar el último cartucho.*

El parlamentario de Chile no pudo dominar su admiración por aquel soldado, encarnación del valor sereno, y que parecía fundido en el molde de los legendarios guerreros inmortalizados por el cantor de la *Ilíada.* Clavó en Bolognesi una mirada profunda, investigadora, como si dudase de que en esa alma de espartano temple cupiera resolución tan heroica. Bolognesi resistió con altivez la mirada del mayor Salvo, y éste, levantándose, dijo:

— Lo siento, señor coronel. Mi misión ha terminado.

Bolognesi acompañó hasta la puerta al parlamentario, y allí se cambiaron dos ceremoniosas cortesías. Al trasponer el dintel volvió Salvo la cabeza, y dijo:

— Todavía hay tiempo para evitar una carnicería..... medítelo usted, coronel.

Un relámpago de cólera pasó por el espíritu del gobernador de la plaza, y con la nerviosa inflexión de voz del hombre que se cree ofendido de

que lo consideren capaz de volverse atrás de lo una vez resuelto, contestó:

—Repita usted a su general que *quemaré hasta el último cartucho* (1)..

III

Minutos más tarde Bolognesi convocaba para una junta de guerra a los principales jefes que le estaban subordinados. En ella les presentó, sin exagerarlo, el sombrío y desesperante cuadro de actualidad, y después de informarlos sobre la misión del parlamentario, les indicó su decisión de *quemar hasta el último cartucho*, contando con que esta decisión sería también la de sus compañeros de armas.

El entusiasmo como el pánico han sido siempre una chispa eléctrica. La palabra desaliñada, franca, tranquila y resuelta del jefe de la plaza halló simpática resonancia en aquellos viriles corazones. El hidalgo Joaquín Inclán y el intrépido Justo Arias, dos viejos coroneles en quienes el

(1) — El 5, después de llegado a su campamento el parlamentario, rompieron los chilenos el fuego de cañón por mar y tierra sobre la plaza de Arica. El domingo 6 funcionó por ambas partes, con mayor vigor que en la víspera, la artillería, consiguiendo los peruanos poner un buque fuera de combate. En la madrugada del 7 principió el asalto a la plaza, y con él la atroz hecatombe. De los 1.600 defensores de Arica (según el historiador chileno Vicuña Mackena), hubo más de 900 muertos, cerca de 200 heridos y poco más de 500 prisioneros. Los vencedores tuvieron 144 muertos y 337 heridos, sobre una masa total de 6.500 hombres.

hielo de los años no había alcanzado a enfriar el calor de la sangre; el tan caballeresco como infortunado Guillermo More; el circunspecto jefe de detalle Mariano Bustamante, y el impetuoso comandante Ramón Zavala, fueron los primeros, por ser también los de mayor categoría militar, en exclamar: "¡Combatiremos hasta morir!"

Y la exclamación de ellos fué repetida por todos los jefes jóvenes, como los dos hermanos Cornejo, Ricardo O'Donovan, Armando Blondel, casi un niño, con la energía de un Alcides, y el denodado Alfonso Ugarte, gentil mancebo que en la hora del sacrificio y perdida toda esperanza de victoria clavó el acicate en los flancos del fogoso corcel que montaba, precipitándose caballo y caballero desde la eminencia del Morro en la inmensidad del mar. ¡Para tan gran corazón, sepulcro tan inconmensurable!

Y todos, Inclán, Arias, More, Zavala, Bustamante, los Cornejo, O'Donovan y Blondel, en la tan sangrienta como gloriosa hecatombe de Arica, hecatombe que mi pluma rehusa describir porque se reconoce impotente para pintar cuadro de tan indescriptible grandeza, todos, a la vez que Francisco Bolognesi, cayeron cadáveres mirando de frente el pabellón de la patria y balbuceando en su última agonía el nombre querido del Perú.

IV

La única satisfacción que nos queda a los que sabemos aquilatar el valor de las almas heroicas, es ver cómo los pueblos convierten en objeto de su cariño entusiasta, dándoles con el trascurso de los años proporciones gigantescas, a los hombres que supieron llevar hasta el sacrificio y el martirio el cumplimiento del deber patriótico. Mani-

festaciones espontáneas del sentimiento públlco, que se extienden más allá de la tumba, nos revelan que la superioridad se impone de tal modo, que cuando se abate para siempre una existencia como la de Francisco Bolognesi, el espíritu que se desprende del cuerpo inerte es imán que atrae y cautiva el amor y el respeto de generaciones sin fin.

El coronel Bolognesi fué uno de esos hombres excepcionales, que llegan a una edad avanzada con el corazón siempre joven y capaz de apasionarse por todo lo noble, generoso y grande. Su gloriosa muerte es un ideal moral que vive y le sobrevivirá al través de los siglos, para alentarnos con el recuerdo de su abnegación heroica de patricio y de soldado.

Nosotros conocimos y tratamos a Bolognesi ya en la nebulosa tarde de su existencia; pero para nuestros hijos para los hombres del mañana, que no alcanzaron la buena suerte de estrechar entre sus manos la encallecida y vigorosa diestra del valiente patriota, su nombre resonará con la poderosa vibración del astro que se rompe en mil pedazos.

De nadie como de Francisco Bolognesi pudo decir un poeta:

Si tu afán era subir
y alzarte hasta el infinito
ansiando dejar escrito
tu nombre en el porvenir,
bien puedes en paz dormir,
bajo tu sepulcro, inerte,
mientras que la patria, al verte,
declara enorgullecida
que si fué hermosa tu vida
fué más hermosa tu muerte".

Este artículo motivó otro en la prensa chilena, al cual dió el tradicionista la contesación que sigue:

RESPUESTA A UNA RECTIFICACION

El señor coronel del ejército chileno D. J. de la Cruz Salvo ha tenido a bien publicar en *El Mercurio* de Valparaíso un artículo rectificatorio del que escribí en el folleto que el 28 de julio dió a luz la Sociedad Administradora de la exposición. Estimando los corteses elogios con que me favorece el Sr. Salvo, paso a contestarle, sin propósito, se entiende, de sostener polémica; que para ella, ni las múltiples atenciones que el servicio de la Biblioteca Nacional me impone, ni lo decaído de mi salud me dejan campo.

Entre la narración que hace el Sr. Salvo de la conferencia de Arica y la que yo hice, no hay otra diferencia sino la de que aquella es larga y minuciosa, y la mía lacónica o sintética, como cuadraba a la índole literaria de mi trabajo. No veo, pues, el objeto de la rectificación en esa parte. Con distintas palabras, en el fondo, el Sr. Salvo y yo hemos escrito lo mismo.

Pasemos al único punto serio.

Niega el Sr. Salvo que en la respuesta dada por el coronel Bolognesi al jefe parlamentario hubiera habido la frase *quemaré hasta el último cartucho*. Muertos en el combate casi todos los jefes peruanos que asistieron a la junta de guerra, con excepción de los comandantes Roque Saens Peña, Marcelino Varela y Manuel C. de la Torre, apelo al testimonio de éstos. El comandante Saenz

Peña la ha consignado en el brillante artículo que ha poco publicó en Buenos Aires.

Por el mes de junio de 1880, toda la prensa del Perú y de Chile se ocupó de la histórica frase. Recientes estaban los hechos, y aquella era la oportunidad en que el Sr. Salvo, tan celoso hoy, a los cinco años de la conferencia, por salvar la verdad histórica, debió haber escrito la rectificación que mi pobre artículo le ha inspirado.

En cuanto al calificativo de *vulgares* que el señor coronel Salvo da a las palabras del inmortal batallador del Morro de Arica permítame que le niegue competencia para tan decisivo fallo. Así como las obras del espíritu se juzgan sólo con el espíritu, así los arranques del patriotismo se aprecian con el corazón y no con la cabeza: se sienten y no se discuten. En la proclama de Nelson, en Trafalgar — "la Inglaterra espera que todo buen inglés cumplirá con su deber" — no puede caber más llaneza. El famoso — *¡Qu'il mourut!* — de Corneille, en los *Horacios,* es una exclamación de encantadora sencillez. En un soldado de la educación de Bolognesi, nada más natural y espontáneo que su respuesta: — *quemaré hasta el último cartucho.*

Y a propósito, y por vía de ampliación, quiero terminar refrescando la memoria del señor coronel Salvo, con la copia de unas pocas líneas de la página 1125, tomo III de la *Historia de la guerra del Pacífico,* por Benjamín Vicuña Mackena, volumen impreso en Chile a fines de 1881.

Dice así el historiador chileno:

"Llegado el parlamentario a la presencia del jefe de la plaza, la conferencia fué breve, digna y casi solemne de una y otra parte. Entablóse el

siguiente diálogo, *que conservamos en el papel desde una época muy inmediata a su verificación,* y que, por esto mismo, *fielmente* copiamos: — Lo oigo a usted, señor — dijo Bolognesi con voz completamente tranquila. — Señor — contestó Salvo, — el general en jefe del ejército de Chile, deseoso de evitar derramamiento inútil de sangre, después de vencido en Tacna el grueso del ejército aliado, me envía a pedir la rendición de esta plaza, cuyos recursos, en hombres, víveres y municiones, conoce. — Tengo deberes sagrados y los cumpliré *quemando el último cartucho.* — Entonces está cumplida mi misión — dijo el parlamentario levantándose, etc., etc."

En la página 1127 pone el Sr. Vicuña Mackenna una que, a la letra, dice: "la intimación de Arica me fué referida por el mayor Salvo a los pocos días de su llegada a Santiago, en junio de 1880, conduciendo en el *Itata* a los prisioneros de Tacna y del Morro, y la hemos conservado con *toda la fidelidad de un calco.*" .

Ya verá el señor coronel Salvo que yo no he escrito un romance, ni dado púbulo a mi fecunda imaginación, como tiene la amabilidad de afirmarlo en su árticulo rectificatorio. Si Bolognesi no pronunció la *vulgaridad* de *quemar el último cartucho* en tal caso, ateniéndome a Vicuña Mackenna y desdeñando otros informes y documentos oficiales, sería el mismo coronel Salvo, y no yo, el inventor de esa (para mí y para el sentimiento patriótico de los peruanos) bellísima y épica *vulgaridad.*

RICARDO PALMA.

Lima, setiembre 18 de 1885.

UN MONTONERO

(A Hildebrando Fuentes)

La batalla de Huamachuco, último y heróico esfuerzo del patriotismo peruano contra el engreído vencedor en Chorrillos y Miraflores, se libró el 10 de julio de 1883.

Pocos más de dos mil peruanos, a las órdenes del general Cáceres, con armamento desigual, escasos de municiones y careciendo de bayonetas, emprendieron desesperado ataque sobre los dos mil chilenos de la aguerrida y bien provista división mandada por el coronel Gorostiaga.

Esta fuerza llegó a encontrarse en situación aflictiva; y su derrota se habría consumado si, al estrecharse ambos combatientes, hubieran podido los peruanos oponer bayonetas a bayonetas.

La hecatombe fué horrible: no hubo cuartel. Como en Miraflores, hubo *repase* de heridos.

Los peruanos tuvieron mil doscientos muertos; esto es, el sesenta por ciento de sus fuerzas, y los chilenos ciento setenta bajas.

Chile tendría justicia en considerar la de Huamachuco como una de las más espléndidas victorias alcanzadas por su ejército, si el mismo coronel Gorostiaga no se hubiera encargado de rebajar los quilates del triunfo.

Gorostiaga, al ordenar el fusilamiento de Florencio Portugal y de otros jefes y oficiales que reclamaban las preeminencias de prisioneros, de-

claró que los vencidos eran *montoneros* y no soldados, y que, como a tales *montoneros*, los consideraba fuera de las leyes de la guerra.

Victoria de soldados disciplinados sobre *montoneros* es victoria barata y de la que no hay por qué enorgullecerse.

¿Los laureles de la gloria se hicieron acaso para ceñir la frente de un vulgar vencedor de *montoneros?*

Y sin embargo, esa matanza de cobardes *montoneros* mereció que Gorostiaga alcanzase los entorchados de general, ¡premio honroso para el jefe que vence a tropas regulares, y no a turbas sin organización ni disciplina!

El jefe chileno, en su parte oficial, confiesa que combatió contra un verdadero cuerpo de ejército, que maniobraba con perfecta instrucción en la táctica, y que estaba sometido a la rigurosa disciplina de cuartel. Honróse allí el chileno vencedor honrando a los soldados vencidos.

Pero Gorostiaga necesitaba disculpar ante el mundo su ferocidad felina, su insaciable sed de sangre; vengarse del terror que tùvo al ver sus batallones casi en derrota, y estampa la palabra *montoneros*, sin tener en cuenta que, al estamparla, empequeñece la valentía de los suyos y su propio merecimiento.

Ahora véase que sólo los hombres de la legendaria Esparta sabían morir por su patria tan heroicamente como los *montoneros* de Huamachuco (1).

---

(1) — D. Raimundo Valenzuela, jefe del ejército chileno, publicó en Santiago en 1885 un precioso librito sobre la campaña de Huamachuco, el cual nos ha servido de

El 14 de julio un soldado chileno, que vagaba por una de las quebradas, oyó ligeros quejidos exhalados por un joven que yacía en tierra.

— Acércate — le dijo el caído, — soy el coronel Leoncio Prado.... Pon el cañón de tu rifle sobre mi frente, y dispara.

El soldado, sorprendido ante esa energía de espíritu, se alejó en busca de sus compañeros, y en una camilla condujo al herido al cuartel general de Huamachuco.

Leoncio Prado tenía una pierna hecha astillas por un balazo.

Gorostiaga dispuso que inmediatamente se pusiera al prisionero en capilla, y en ella (dice el escritor chileno a quien seguimos fielmente en este relato) *estuvo Prado en tan alegre conversación como si se hallara en su propio campamento.*

Cuando vió que ya se presentaban para fusilarlo, pidió una taza de café, y al probarlo dijo:

— Hacía tiempo que no gustaba un café tan exquisito.

Y volviéndose al oficial que mandaba los tiradores chilenos, preguntó:

— ¿A qué hora emprenderé el viaje para el otro mundo?

— Cuestión de minutos — contestó el oficial.

---

fuente para este episodio. La parte dialogada la copiamos al pie de la letra del opúsculo de Valenzuela, para que no se crea que, por espíritu de nacionalismo, realzamos el sereno valor de un compatriota. Esa justicia al mérito personal y al sentimiento patriótico de la noble víctima, hecha por pluma chilena, habla más alto de lo que nosotros pudiéramos hacerlo.

— Pues bien: pido una gracia, y es que se me permita mandar el fuego.

— No hay inconveniente.

— ¿Tienen capellán las fuerzas chilenas?

— No, señor.

— ¡Paciencia!.... He hecho lo que he podido por mi patria, y moriré contento.

En seguida pidió que, en vez de dos tiradores, se colocaran cuatro, y que le apuntasen dos al corazón y dos a la cabeza. Acordada esta nueva gracia, dijo:

— Al concluir la taza de café se me harán los puntos; y al dar con la cuchara un golpe en el pocillo, se hará fuego.

Y continuó tomando reposadamente su café. Ninguna idea triste nublaba su rostro. Veía sin zozobra agotarse el dulce líquido, sabiendo que en el último sorbo estaba la amargura.

Bebió tranquilo el último trago, tocó con energía la cuchara en el pocillo, y cuatro balas diestramente dirigidas lo hicieron dormir el sueño eterno.

LA CAJETILLA DE CIGARRILLOS

(*Episodio de la guerra del Pacífico*)

Aquella mañana, la del 7 de Junio de 1880, había corrido raudales de sangre peruana en el legendario Morro de Arica. Francisco Bolognesi, el inmortal soldado, había sucumbido, cayendo en torno suyo 900 bravos de los 1,600 que formaban su cuerpo de ejército.

Se había batallado *hasta quemar el último cartucho*, y 6,500 soldados chilenos se adueñaron del Morro sin más pérdida para ellos que la de 144 muertos y 337 heridos.

La lucha fué en proporción de uno contra cuatro. La victoria no correspondió al esfuerzo heroico sino al número inflexiblemente abrumador.

En momentos de pronunciarse el desastre, un joven capitán peruano a quien acompañaban cuatro soldados, golpeó con la culata de su rifle el fulminante de una mina, produciéndose la explosión que mató a tres de los enemigos, dejando heridos o contusos a muchos más.

Disipada la espesa nube de polvo y humo, se encontraron el capitán García y sus cuatro valientes rodeados por un grupo de treinta chilenos al mando del teniente Luján. Toda resistencia era imposible, y los cinco peruanos fueron hechos prisioneros.

En esos momentos se presentó un coronel quien, informado por Luján del estrago produci-

do por la mina, dijo lacónicamente: — Baje usted con esos hombres a la falda del Morro, y fusílelos.

Y vencedores y vencidos emprendieron con lentitud el descenso de más de trescientos metros que los separaban de la llanura.

Habrían caminado ya una cuadra cuando el capitán García se detuvo, y sin fanfarronería, con entera serenidad de espíritu, le preguntó al oficial chileno, que tenía aspecto de buen muchacho:

— ¿Me permite usted, teniente, encender un cigarrillo?

— No hay inconveniente, capitán. Fume usted cuantos quiera hasta llegar a la falda.

García sacó del bolsillo de su *talismán*, nombre con que se bautizó, por entonces, a la levita de los oficiales, una cajetilla de cigarros de papel.

— ¿Fuma usted, teniente?

— Sí, capitán, y gracias — contestó el chileno aceptando el cigarrillo.

— Así como así — continuó García, — siendo éste el último que he de fumar, hago a usted mi heredero de los doce o quince que aun quedan en la cajetilla, y fúmeselos en mi nombre.

Luján se sintió conmovido y aceptando el legado contestó:

— Muchas gracias. Es usted todo un valiente, y créame que me duele en el alma tener que cumplir el mandato de mi jefe.

Y sin más, prosiguieron el descenso.

Faltábales poco menos de cincuenta metros para llegar a la siniestra falda cuando, a una cuadra de altura, resonaron gritos dados por otro oficial chileno: — ¡Eh! ¡Luján! ¡Teniente Luján! ¡Párese, hombre! ¡Espéreme!

Luján mandó hacer alto a su tropa, y retrocedió para salir al encuentro del voceador.

¿Qué había sucedido? Que el coronel, calmada la primera impresión, reflexionó que su orden de fusilar prisioneros encarnaba mucho de injusticia y de ferocidad salvaje. Llamó a uno de sus subalternos y le mandó que corriese a detener a Luján.

— Dice el coronel — fueron las palabras del emisario al aproximársele su compañero, — que no fusiles a estos *cholos* y que los lleves al depósito de prisioneros.

— Me alegro — contestó Luján, — porque el capitancito me ha sido simpático, como que me ha hecho nada menos que su heredero.

Unido el teniente a los cautivos y a su tropa, dijo:

— Le traigo a usted una buena noticia, capitán. Va usted, con su cuatro hombres, al depósito de prisioneros. Ya no lo fusilo.

— Entonces, mi amigo — contestó el impertubable capitán García, — se quedó usted sin herencia. Devuélvame mi cajetilla de cigarros.

LOS GLORIOSOS

(A la memoria del aviador peruano Jorge Chávez.)

Fué rayo de la guerra Bonaparte;
su sangriento estandarte
de nación en nación, de gente en gente,
tuvo solo por pérfido baluarte
despotismo insolente.
Y Colón, con su genio sobrehumano,
armado de una cruz y de una espada,
nos trajo al continente americano
todo el horror de la conquista armada.
No se impone el progreso con la lanza
ni trajo libertad el cesarismo;
nunca emblema de bien fué la matanza
ni antorcha luminosa el fanatismo.

Dominador del aire y del abismo,
Jorge Chávez logró más alto nombre.
Si en la tierra y el mar imperó el hombre
y en los aires el águila siniestra
negando a toda exploración acceso,
a la aviación que es ciencia y es progreso,
subordinó su orgullo soberano.
La gloria de ese triunfo es gloria nuestra
Porque es gloria de un ínclito peruano.

1910

EL CUARTO OSCURO DE LA BIBLIOTECA

Somos, en mi tierra, muy noveleros y curiosos. Desde el lunes, la prensa y mis amigos me traen a mal traer con sus preguntas sobre el cuarto oscuro y subterráneo del saloncito de la Biblioteca.

—A quien Dios se la dió San Pedro se la bendiga — me dijo uno. Lo felicito, amigo don Ricardo. La verdad es que yo no he de contárselo a nadie. Mi pecho es baul cerrado y mi boca no es campana. ¿Cuántos miles de peluconas ha embaulado usted?

—Con razón no pudo dar la policía de Valcárcel con el sujeto — me dijo otro.

—¿Con qué sujeto? — le pregunté medio alelado.

—¡Hombre! Hágase usted el chiquito y el de las malvas! ¿Con qué sujeto? Con don Nicolás de Piérola. ¿Negará usted que aquí lo tuvo escondido cuando voló de la intendencia en tiempo de Morales Bermúdez? A mi no me engatuza nadie, y menos usted.

—Así será, señor mío, — contesté cortando por lo sano.

Y, a semejanza de éstos, no son pocos los comentarios e historietas a que ha dado motivo la indiscreción del carpintero o del albañil.

Pues bien, señores. El descubrimiento del cuartito oscuro no es de ahora. Tiene fecha. Data desde Agosto de 1885. Y esa sí es historia curiosa, y vale la pena de relatarla.

Reunidos estábamos cierta tarde, no en conciliábulo político sino literario, el doctor Francisco García Calderón, monseñor José Antonio Roca, José Antonio Lavalle, Luis Cisneros y yo.

De pie, y en un extremo del saloncito, los colombroños Lavalle y Roca discurrían conmigo sobre si el verbo *panegirizar* (que ni buscándolo con cabito de vela se encontraba, por entonces, en el diccionario, era o no de legítima cepa castellana. García Calderón, ocupando el sillón del escritorio y, pluma en mano, anotaba unos apuntes de Cisneros, y éste de pie, ligeramente inclinado sobre el escritorio y apoyándose en el bastoncito, con puño de oro, seguía con la mirada las anotaciones que sobre el papel formulaba don Francisco. De pronto gritó Cisneros:

—¡Sapristi! ¿Dónde está mi bastón? Parece que en esta casa hay duendes o brujería.

¿Qué había sucedido? Una cosa muy sencilla. Que el bastón se había deslizado suavemente por un agujerito del entablado del piso. Así descubrimos que mi escritorio descansaba sobre un cuarto subterráneo de cuatro metros de altura, cuarto que bien pudo servir a los jesuitas de calabozo, o lo que es más probable, de escondrijo para depositar algún contrabando, que en eso de caudales yo sé bien a que atenerme. La Compañía nunca tuvo dinero enterrado y ocioso. O lo hacía viajar o lo convertía en muy valiosos fundos rústicos.

El cuarto oscuro es pequeño de cuatro varas cuadradas a lo sumo, fábrica sólida de cal y ladri-

llo, y su piso no revela que hubiera podido servir de *inpace* o de tumba a prójimo alguno.

Es un cuartito como mandado hacer de encargo para que retozonas fantasias de noveladores futuros le den histórica e intencionada significación.

Por entonces nos limitamos a sacar el bastoncito sin dar la menor importancia al casual descubrimiento. Ni los cronistas de la prensa, que son buenos husmeadores, tuvieron la noticia para alborotar el cotarro como ahora.

Es posible que, con el correr de los años, alguno de los bibliotecarios que me sucedan se dé por Colón descubridor de otro escondrijo. Para que no se me usurpe la gloria, apuntaré sólo que hay un estante en uno de los salones, en el que, removiendo dos anaqueles, habilmente dispuestos, se penetra en un escondite. Echense a buscarlo.

Algún cronista ha apuntado que el cuarto oscuro es un pozo circular. Ni hay tal círculo ni siquiera vestigio de añeja humedad de pozo cegado.

Y como no hay más que decir sobre el cuarto oscuro, pongo punto final.

Febrero de 1900.

EN LA ULTIMA PAGINA DEL QUIJOTE

A Vicente Riva Palacio

Hoy, como ayer, en la tierra
¿qué vemos? — Tragavirotes
que, echándola de Quijotes,
viven con el juicio en guerra.
Es ello verdad que aterra;
pero, en el social fermento,
¿qué es el hombre, ese portento
que a los demás avasalla? —
Un loco siempre en batalla
con los molinos de viento.

¿Qué es su ciencia? Negaciones.
¿Y sus hazañas? Locuras.
Ciego que camina a oscuras
juguete de sus pasiones.
Acariciando ilusiones
no sabe lo que desea;
y, en la revuelta pelea
de angustias y de esperanzas,
va siempre rompiendo lanzas
en pro de una Dulcinea.

El doctrinario ambicioso
que anda quimeras sembrando
corre, en sus sueños de mando
tras la dama del Toboso.
¡Gloria! Miraje engañoso.

¡Fortuna! Mar sin bonanza.
Tras una u otra se lanza
que, al cabo, en la tierra impía
cada loco a su manía,
como dijo Sancho Panza.

Mientras más, señor Miguel,
corren del hombre los años,
trayéndole desengaños
amargos como la hiel;
mientras más el oropel
de la vida le fascina,
vuestra pluma peregrina
más le llama a la razón,
y aunque es perdido el sermón
¿quién no aplaude la doctrina?

AMOR DE MADRE

CRÓNICA DE LA ÉPOCA DEL VIRREY "BRAZO DE PLATA"

(*A Juana Manuela Gorriti*)

Juzgamos conveniente alterar los nombres de los principales personajes de esta tradición, pecado venial que hemos cometido en "La emplazada" y alguna otra. Poco significan los nombres si se cuida de no falsear la verdad histórica; y bien barruntará el lector que razón, y muy poderosa, habremos tenido para desbautizar prójimos.

I

En agosto de 1690 hizo su entrada en Lima el Excmo. Sr. D. Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova, comendador de Zarza en la orden de Alcántara y vigésimo tercio virrey del Perú por su majestad D. Carlos II. Además de su hija doña Josefa y de su familia y servidumbre, acompañábanlo desde Méjico, de cuyo gobierno fué trasladado al de estos reinos, algunos soldados españoles. Distinguíase entre ellos, por su bizarro y marcial aspecto, D. Fernando de Vergara, hijodalgo extremeño, capitán de gentileshombres lanzas; y contábase de él que entre las bellezas mejicanas no había dejado la reputación austera de monje benedictino. Pen-

denciero, jugador y amante de dar guerra a las mujeres, era más que difícil hacerlo sentar la cabeza, y el virrey, que le profesaba paternal afecto, se propuso en Lima casarlo de su mano, por ver si resultaba verdad aquello de "estado muda costumbres."

Evangelina Zamora, amén de su juventud y belleza, tenía prendas que la hacían el partido más codiciable de la ciudad de los reyes. Su bisabuelo había sido, después de Jerónimo de Aliaga, del alcalde Ribeo, de Martín de Alcántara y de Diego Maldonado el Rico, uno de los conquistadores más favorecidos por Pizarro con repartimientos en el valle del Rimac. El emperador le acordó el uso de Don, y algunos años después los valiosos presentes que enviaba a la corona le alcanzaron la merced de un hábito de Santiago. Con un siglo a cuestas rico y ennoblecido, pensó nuestro conquistador que no tenía ya misión sobre este valle de lágrimas, y en 1604 lió el petate, legando al mayorazgo en propiedades rústicas y urbanas un caudal que se estimó entonces en un quinto de millón.

El abuelo y el padre de Evangelina acrecieron la herencia; y la joven se halló huérfana a la edad de veinte años, bajo el amparo de un tutor y envidiada por su inmensa riqueza.

Entre la modesta hija del conde de la Monclova y la opulenta limeña se estableció en breve la más cordial amistad. Evangelina tuvo así motivo para encontrarse frecuentemente en palacio en sociedad con el capitán de gentileshombres, que a fuer de galante no desperdició coyuntura para hacer su corte a la doncella; la que al fin sin confesar la inclinación amorosa que el hidalgo extremeño había sabido hacer brotar en su

pecho, escuchó con secreta complacencia la propuesta de matrimonio con don Fernando. El intermediario era el virrey nada menos, y una joven bien adoctrinada no podía inferir desaire a tan encumbrado padrino.

Durante los cinco primeros años de matrimonio, el capitán Vergara olvidó su antigua vida de disipación. Su esposa y sus hijos constituían toda su felicidad: era, digámoslo así, un marido ejemplar.

Pero un día fatal hizo el diablo que D. Fernando acompañase a su mujer a una fiesta de familia, y que en ella hubiera una sala, donde no sólo se jugaba la clásica malilla abarrotada, sino que alrededor de una mesa con tapete verde se hallaban congregados muchos devotos de los cubículos. La pasión del juego estaba sólo adormecida en el alma del capitán, y no es extraño que a la vista de los dados se despertase con mayor fuerza. Jugó, y con tan aviesa fortuna, que perdió en esa noche veinte mil pesos.

Desde esa hora, el esposo modelo cambió por completo su manera de ser, y volvió a la febricitante existencia del jugador. Mostrándosele la suerte cada día más rebelde, tuvo que mermar la hacienda de su mujer y de sus hijos para hacer frente a las pérdidas, y lanzarse en ese abismo sin fondo que se llama el desquite.

Entre sus compañeros de vicio había un joven marqués a quien los dados favorecían con tenacidad, y D. Fernando tomó a capricho luchar contra la loca fortuna. Muchas noches lo llevaba a cenar a la casa de Evangelina, y terminada la cena, los dos amigos se encerraban en una habitación a *descamisarse*, palabra que en el tecni-

cismo de los jugadores tiene una repugnante exactitud.

Decidamente, el jugador y el loco son una misma entidad. Si algo empequeñece, a mi juicio, la figura histórica del emperador Augusto es que, según Suetonio, después de cenar jugaba a pares y nones.

En vano Evangelina se esforzaba para apartar del precipicio al desenfrenado jugador. Lágrimas y ternezas, enojos y reconciliaciones fueron inútiles. La mujer honrada no tiene otras armas que emplear sobre el corazón del hombre amado.

Una noche la infeliz esposa se encontraba ya recogida en su lecho, cuando la despertó D. Fernando pidiéndole el anillo nupcial. Era éste un brillante de crecidísimo valor. Evangelina se sobresaltó; pero su marido calmó su zozobra, diciéndole que trataba sólo de satisfacer la curiosidad de unos amigos que dudaban del mérito de la preciosa alhaja.

¿Qué había pasado en la habitación donde se encontraban los rivales de tapete? D. Fernando perdía una gran suma, y no teniendo ya prenda que jugar, se acordó del espléndido anillo de su esposa.

La desgracia es inexorable. La valiosa alhaja lucía pocos minutos más tarde en el dedo anular del ganancioso marqués.

D. Fernando se estremeció de verguenza y remordimiento. Despidióse el marqués y Vergara lo acompañaba a la sala; pero al llegar a ésta, volvió la cabeza hacia una mampara que comunicaba al dormitorio de Evangelina, y al través de los cristales vióla sollozando de rodillas ante una imagen de María.

Un vértigo horrible se apoderó del espíritu de D. Fernando, y rápido como el tigre, se abalanzó sobre el marqués y le dió tres puñaladas por la espalda.

El desventurado huyó hacia el dormitorio, y cayó exánime delante del lecho de Evangelina.

II

El conde de la Monclova, muy joven a la sazón, mandaba una compañía en la batalla de Arras, dada en 1654. Su denuedo lo arrastró a lo más reñido de la pelea, y fué retirado del campo medio moribundo. Restablecióse al fin, pero con pérdida del brazo derecho, que hubo necesidad de amputarle. El lo sustituyó con otro plateado, y de aquí vino el apodo con que en Méjico y en Lima lo bautizaron.

El virrey *Brazo de plata*, en cuyo escudo de armas se leía este mote: *Ave María gratia plena*, sucedió en el gobierno del Perú al ilustre don Melchor de Navarra y Rocafull. "Con igual prestigio que su antecesor, aunque con menos dotes administrativas — dice Lorente, — de costumbres puras, religioso, conciliador y moderado, el conde de la Monclova edificaba al pueblo con su ejemplo, y los necesitados le hallaron siempre pronto a dar de limosna sus sueldos y las rentas de su casa."

En los quince años cuatro meses que duró el gobierno de *Brazo de plata*, período a que ni hasta entonces ni después llegó ningún virrey, disfrutó el país de completa paz; la administración fué ordenada y se edificaron en Lima magníficas casas. Verdad que el tesoro público no anduvo muy floreciente; pero fué por causas estrañas a la po-

lítica. Las procesiones y fiestas religiosas de entonces recordaban, por su magnificencia y lujo, los tiempos del conde de Lemos. Los portales, con sus ochenta y cinco arcos, cuya fábrica se hizo con gasto de veinticinco mil pesos, el Cabildo y la galería de palacio fueron obra de esa época.

En 1694 nació en Lima un monstruo con dos cabezas y rostros hermosos, dos corazones, cuatro brazos y dos pechos unidos por un cartílago. De la cintura a los pies poco tenía de fenomenal, y el enciclopédico limeño D. Pedro de Peralta escribió con el título de *Desvíos de la naturaleza* un curioso libro, en que, a la vez que hace una minuciosa descripción anatómica del monstruo, se empeña en probar que estaba dotado de dos almas.

Muerto Carlos el Hechizado en 1700, Felipe V, que lo sucedió, recompensó al conde de la Monclova haciéndolo grande de España.

Enfermo, octogenario y cansado del mando, el virrey *Brazo de plata* instaba a la corte para que se le reemplazase. Sin ver logrado este deseo, falleció el conde de la Monclova el 22 de setiembre de 1702, siendo sepultado en la catedral, y su sucesor, el marqués de Castel-dos-Ríus, no llegó a Lima sino en julio de 1707.

Doña Josefa, la hija del conde de la Monclova, siguió habitando en palacio después de la muerte del virrey; mas una noche, concertada ya con su confesor, el padre Alonso Mesía, se descolgó por una ventana y tomó asilo en las monjas de Santa Catalina, profesando con el hábito de Santa Rosa, cuyo monasterio se hallaba en fábrica. En mayo de 1710 se trasladó doña Josefa Portocarrero Lazo de la Vega al nuevo convento, del que fué la primera abadesa.

III

Cuatro meses después de su prisión, la Real Audiencia condenaba a muerte a D. Fernando de Vergara. Este desde el primer momento había declarado que había matado al marqués con alevosía, en un arranque de desesperación de jugador arruinado. Ante tan franca confesión no quedaba al tribunal más que aplicar la pena.

Evangelina puso en juego todo resorte para libertar a su marido de una muerte infamante; y en tal desconsuelo, llegó el día designado para el suplicio del criminal. Entonces la abnegada y valerosa Evangelina resolvió hacer, por amor al nombre de sus hijos, un sacrificio sin ejemplo.

Vestida de duelo se presentó en el salón de palacio en momento de hallarse el virrey conde de la Monclova en acuerdo con los oidores, y expuso: que D. Fernando había asesinado al marqués, amparado por la ley: que ella era adúltera, y que, sorprendida por el esposo, huyó de sus iras, recibiendo su cómplice justa muerte del ultrajado marido.

La frecuencia de las visitas del marqués a la casa de Evangelina, el anillo de ésta como gaje de amor en la mano del cadáver, las heridas por la espalda, la circunstancia de haberse hallado al muerto al pie del lecho de la señora y otros pequeños detalles eran motivos bastantes para que el virrey, dando crédito a la revelación, mandase suspender la sentencia.

El juez de la causa se constituyó en la carcel para que D. Fernando ratificara la declaración de su esposa. Mas apenas terminó el escribano a lectura, cuando Vergara, presa de mil encontra-

dos sentimientos, lanzó una espantosa carcajada.

¡El infeliz se había vuelto loco!

Pocos años después, la muerte cernía sus alas sobre el casto lecho de la noble esposa, y un austero sacerdote prodigaba a la moribunda los consuelos de la religión.

Los cuatro hijos de Evangelina esperaban arrodillados la postrera bendición maternal. Entonces la abnegada víctima, forzada por su confesor, les reveló el tremendo secreto: "El mundo olvidará — les dijo — el nombre de la mujer que os dió la vida; pero habría sido implacable para con vosotros si vuestro padre hubiese subido los escalones del cadalzo. Dios, que lee en el cristal de mi conciencia, sabe que ante la sociedad perdí mi honra, porque no os llamasen un día los hijos del ajusticiado."

EL FRAILE Y LA MONJA DEL CALLAO

Escribo esta tradición para purgar un pecado gordo que contra la historia y la literatura cometí cuando muchacho.

Contaba diez y ocho años y hacía pinicos de escritor y de poeta. Mi sueño dorado era oir entre los aplausos de un público bonachón los destemplados gritos "¡el autor!" A esa edad todo el monte antojábaseme orégano y cominillo, e imaginábame que con cuatro coplas mal zurcidas y una docena de articulejos peor hilvanados había puesto una pica en Flandes y otra en Jerez. Maldito si ni por el forro consultaba clásicos, ni

si sabía por experiencia propia que los viejos pergaminos son criaderos de polilla. Casi casi me habría atrevido a dar quince y raya al más entendido en materias literarias, siendo yo entonces uno de aquellos zopencos que, por comer pan en lugar de bellota, ponen al *Quijote* por las patas de los caballos, llamándolo libro disparatado y sin pies ni cabeza. ¿Por qué? Porque sí. Este *porque sí* será una razón de pie de banco, una razón de incuestionable y caprichosa brutalidad, convengo; pero es la razón que alegamos todos los hombres a falta de razón.

Como la ignorancia es atrevida, echéme a escribir para el teatro; y así Dios me perdone si cada uno de mis engenros dramáticos no fué puñalada de pícaro al buen sentido, a las musas y a la historia. Y sin embargo, hubo público bobalicón que llamara a la escena al asesino poeta y que, en vez de tirarle los bancos a la cabeza, le arrojara coronitas de laurel hechizo. Verdad es que por esos tiempos no era yo el único malaventurado que con fenomenales producciones desacreditaba el teatro nacional, ilustrado por las buenas comedias de Pardo y de Segura. Consuela ver que no es todo el sayal alforjas.

Titulábase uno de mis desatinos dramáticos *Rodil*, especie de alacrán de cuatro colas o actos, y ¡sandio de mí! fuí tan bruto que no sólo creí a mi hijo la octava maravilla, sino que ¡mal pecado! consentí en que un mi amigo, que no tenía mucho de lo de Salomón, lo hiciera poner en letras de molde. ¡Qué tinta y qué papel tan mal empleados!

Aquello no era drama ni piñón mondado. Versos ramplones, lirismo tonto, diálogo extravagante, argumento inverosímil, lances traídos

a lazo, caracteres imposibles, la proipedad de la lengua tratada a puntapiés, la historia arreglada a mi antojo y.... vamos, aquello era un mamarracho digno de un soberbio varapalo. A guisa, pues, de protesta contra tal paternidad escribo esta tradición, en la que, por lo menos, sabré guardar respetos a los fueros de la historia y la sombra de Rodil no tendrá derecho para querellarse de calumnia y dar de soplamocos a la mía cuando ambas se den un tropezón en el valle de Josafat.

"Basta de preámbulo y al hecho!," exclamó el presidente de un tribunal, interrumpiendo a un abogado que se andaba con perfiles y rodeos en un alegato sobre filiación o paternidad de un mamón. El letrado dijo entonces de corrido: "El hecho es un muchacho hecho: el que lo ha hecho niega el hecho: he aquí el hecho."

I

Con la batalla de Ayacucho quedó afianzada la independencia de Sud-América. Sin embargo, y como una morisqueta de la Providencia, España dominó por trece meses más en una área de media legua cuadrada. La traición del sargento Moyano, en febrero de 1824, había entregado a los realistas una plaza fuerte y bien guarnecida y municionada. El pabellón de Castilla flameaba en el Callao, y preciso es confesar que la obstinación de Rodil en defender este último baluarte de la monarquía rayó en heroica temeridad. El historiador Lorente, que llama a Rodil el *nuevo Leonidas*, dice que hizo demasiado por su gloria de soldado. Stévenson y aun García Camba convienen en que Rodil fué cruel hasta la barbarie, y que no necesitó mantener una resistencia tan

desesperada para dejar su reputación bien puesta y a salvo el honor de las armas españolas.

Sin esperanzas de que llegasen en su socorro fuerzas de la península, ni de que en el país hubiese una reacción en favor del sistema colonial, viendo a sus compañeros desaparecer día a día, diezmados por el escorbuto y por las balas republicanas, no por eso desmayó un instante la indomable terquedad del castellano del Callao.

Mucho hemos investigado sobre el origen del nombre Callao que lleva el primer puerto de la república, y entre otras versiones, la más generalizada es la de que viene por la abundancia que hay en la playa del pequeño guijarro llamado por los marineros *zahorra* o *callao*.

A medida que pasan los años, la figura de Rodil toma proporciones legendarias. Más que hombre, parécenos ser fantástico que encarnaba una voluntad de bronce en un cuerpo de acero. Siempre en vigilia, jamás pudieron los suyos saber cuáles eran las horas que consagraba al reposo, y en el momento más inesperado se aparecía como fantasma en los baluartes y en la caserna de sus soldados. Ni la implacable peste que arrebató a seis mil de los moradores del Callao lo acometió un instante; pues Rodil había empleado el preservativo de hacerse abrir fuentes en los brazos.

Rodil era gallego y nacido en Santa María del Trovo. Alumno de la universidad de Santiago de Galicia, donde estudiaba jurisprudencia, abandonó los claustros junto con otros colegiales, y en 1808 sentó plaza en el batallón de cadetes literarios. En abril de 1817 llegó al Perú con el grado de primer ayudante del regimiento del Infante. Ascendido poco después a comandante, se le en-

comendó la formación del batallón Arequipa. Rodil se posesionó con los reclutas de la solitaria islita del Alacrán, frente a Arica, donde pasó meses disciplinándolos, hasta que Osorio lo condujo a Chile. Allí concurrió Rodil, mandando el cuerpo que había creado, a las batallas de Talca, Cancharayada y Maypú.

Regresó al Perú, tomando parte activa en la campaña contra los patriotas, y salió herido el 7 de julio de 1822 en el combate de Pucarán.

Al encargarse del gobierno político y militar del Callao en 1824 el brigadier D. José Rodil, hallábase condecorado con las cruces de Somorso, Espinosa de los Monteros, San Payo, Tumames, Medina del Campo, Tarifa, Pamplona y Cancharayada, cruces que atestiguaban las batallas en que había tenido la suerte de encontrarse entre los vencedores. Sitiado en el Callao por las tropas de Bolívar, al mando de general Salom, y por la escuadra patriota, que disponía de 171 cañones, fué verdaderamente titánica la resistencia. La historia consigna para Rodil la decorosa capitulación de 23 de enero de 1826, en que el bravo jefe español, vestido de gran uniforme y con los honores de ordenanza, abandonó el castillo para embarcarse en la fragata de guerra inglesa *Briton*. El general La-Mar, que era, valiéndome de una feliz expresión del inca Garcilaso, un caballero muy caballero en todas sus cosas, tributó en esta ocasión justo homenaje al valor y la lealtad de Rodil, que desde el 1º de marzo de 1824, en que reemplazó a Casariego en el mando del Callao, hasta enero de 1826 casi no pasó día sin combatir.

Rodil tuvo durante el sitio que desplegar una maravillosa actividad, una astucia sin límites y una energía incontestable para sofocar

complots. En sólo un día fusiló treinta y seis conspiradores, acto de crueldad que lo rodeó de terrorífico y aun supersticioso respeto. Uno de los fusilados en esa ocasión fué Frasquito, muchacho andaluz muy popular por sus chistes y agudezas y que era el amanuense de Rodil.

El general Canterac (que tan tristemente murió en 1835 al apaciguar en Madrid un motín de cuartel) fué comisionado por el virrey conde de los Andes para celebrar el tratado de Ayacucho, y en él se estipuló la inmediata entrega de los castillos. Al recibir Rodil la carta u oficio en que Canterac le transcribía el artículo de la capitulación concerniente al Callao, exclamó furioso: "¡Canario! Que capitulen ellos que se dejaron derrotar, y no yo. ¿Abogaderas conmigo? Mientras tenga pólvora y balas, no quiero dimes y diretes con esos p....ícaros insurgentes."

II

Durante el sitio disparó sobre el campamento de Bellavista, ocupado por los patriotas, 79,553 balas de cañón, 454 bombas, 908 granadas, y 34,713 tiros de metralla, ocasionando a los sitiadores la muerte de siete oficiales y ciento dos individuos de tropa, y seis oficiales y sesenta y dos soldados heridos. Los patriotas por su parte no anduvieron cortos en la respuesta, y lanzaron sobre las fortalezas 20.327 balas de cañón, 317 bombas e incalculable cantidad de metralla.

Al principiarse el sitio contaba Rodil en los castillos una guarnición de 2,800 soldados, y el día de la capitulación sólo tuvo 376 hombres en estado de manejar una arma. El resto había sucumbido al rigor de la peste y de las balas repu-

blicanas. En las calles del Callao, donde un año antes pasaban de 8.000 los asilados o partidarios del rey, apenas si llegaban a 700 almas las que presenciaron el desenlace del sitio. Según García Camba, fueron 6,000 las víctimas del escorbuto y 767 los que murieron combatiendo.

En los primeros meses del sitio Rodil expulsó de la plaza 2.389 personas. El gobierno de Lima resolvió no admitir mas expulsados, y vióse el feroz espectáculo de infelices mujeres que no podían pasar al campamento de Miranaves ni volver a la plaza, porque de ambas partes se las rechazaba a balazos. Las desventuradas se encontraban entre dos fuegos y sufriendo angustias imposibles de relatarse por pluma humana. He aquí lo que sobre este punto dice Rodil en el curioso manifiesto que publicó en España, sin al- de todo sentimiento de humanidad.

"Yo que necesitaba aminorar la población para suspender consumos que no podían reponerse, mandé que los que no pudieran subsistir con sus proviciones o industrias saliesen del Callao. Esta orden fué cumplida con prudencia, con pausa y con buen éxito. La noticia de los primeros que emigraron fué animando a los que carecían de recursos para vivir en la población, y en cuatro meses me descargué de 2,389 bocas inútiles. Los enemigos, a la décimacuarta emigración de ellas entendieron que su conservación me sería nociva, y tentaron no admitirlas con esfuerzo inhumano. Yo las repelí decisivamente".

Inútil es hacer sobre estas líneas apreciaciones que están en la conciencia de todos los espíritus generosos. Si indigna hasta la barbarie y ajena del carácter compasivo de los peruanos fué la conducta del sitiador, no menos vituperable

encontrará el juicio de la historia la conducta del gobernador de la plaza.

Rodil estaba resuelto a prolongar la resistencia; pero su coraje desmayó cuando en los primeros días de enero de 1826 se vió abandonado por su íntimo amigo el comandante Ponce de León, que se pasó a las filas patriotas, y por el comandante Riera, gobernador del castillo de San Rafael, quien entregó esta fortaleza a los republicanos. Ambos poseían el secreto de las minas que debían hacer explosión cuando los patriotas emprendiesen un asalto formal. Ellos conocían en sus menores detalles todo el plan de defensa imaginado por el impertérrito brigadier. La traición de sus amigos y tenientes había venido a hacer imposible la defensa.

El 11 de enero se dió principio a los tratados que terminaron con la capitulación del 23, honrosa para el vencido y magnánima para el vencedor.

Las banderas de los regimientos Infante, D. Carlos y Arequipa, cuerpos muy queridos para Rodil, le fueron concedidas para que se las llevase a España. De las nueve banderas españolas tomadas en el Callao, dispuso el general La-Mar que una se enviase al gobierno de Colombia, que cuatro se guardasen en la catedral de Lima, y las otras cuatro en el templo de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de las armas peruanas.

¿Se conservan tan preciosas reliquias? Ignoro, lector, el contenido de la pregunta.

III

Vuelto Rodil a su patria, lo trataron sus paisanos con especial distinción y fué el único de los que militaron en el Perú a quien no aplicaron el epíteto de *Ayacucho* con que se bautizó en España

a los amigos políticos de Espartero. Rodil figuró, y en altísima escala, en la guerra civil de cristinos y carlistas; y como no nos hemos propuesto escribir una biografía de este personaje, nos limitaremos a decir que obtuvo los cargos más importantes y honoríficos. Fué general en jefe del ejército que afianzó sobre las sienes de doña María de la Gloria la corona de Portugal. Tuvo después el mando del ejército que defendió los derechos de Isabel II al trono de España, aunque le asistió poca fortuna en las operaciones militares de esta lucha, que sólo terminó cuando Espartero eclipsó el prestigio de Rodil.

Fué virrey de Navarra, marqués de Rodil y sucesivamente capitán general de Extremadura, Valencia, Aragón y Castilla la Nueva, diputado a Cortes, ministro de la Guerra, presidente del Consejo de ministros, senador de la Alta Cámara, prócer del reino, caballero de collar y placa de la orden de la Torre y Espada, gran cruz de las de Isabel la Católica y Carlos III, y caballero con banda de las de San Fernando y San Hermenegildo. Entre él y Espartero existió siempre antagonismo político y aun personal, habiendo llegado a extremo tal, que en 1845, siendo ministro el duque de la Victoria, hizo juzgar a Rodil en consejo de guerra y lo exoneró de sus empleos, honores, títulos y condecoraciones. Al primer cambio de tortilla, a la caída de Espartero ,el nuevo ministro amnistió a Rodil, devolviéndole su clase de capitán general y demás preeminencias.

El marqués de Rodil no volvió desde entonces a tomar parte activa en la política española y murió en 1861.

Espartero murió en enero de 1879, de más de ochenta años de edad.

IV

Desalentados los que acompañaban a Rodil y convencidos de la esterilidad de esfuerzos y sacrificios, se echaron a conspirar contra su jefe El presidente marqués de Torre-Tagle y su vicepresidente D. Diego Aliaga, los condes de San Juan de Lurigancho, de Castellón y de Fuente-González y otros personajes de la nobleza colonial, habían muerto víctimas del escorbuto y de la disentería que se desarrollan en toda plaza mal abastecida. Los oficiales y tropa estaban sometidos a ración de carne de caballo, y sobrándoles el oro a los sitiados, pagaban a precios fabulosos un panecillo o una fruta. El marqués de Torre-Tagle, moribundo ya del escorbuto, consiguió tres limones ceutíes en cambio de otros tantos platillos de oro macizo, y llegó época en que se vendieron ratas como manjar delicioso.

Por otra parte, las cartas y proclamas de los patriotas penetraban misteriosamente en el Callao alentando a los conspiradores. Hoy descubría Rodil una conspiración, e inmediatamente, sin fórmulas ni proceso, mandaba fusilar a los comprometidos, y mañana tenía que repetir los castigos de la víspera. Encontrando muchas veces un traidor en aquel que más había alambicado antes su lealtad a la causa del rey, pasó Rodil por el martirio de desconfiar hasta del cuello de su camisa.

Las mujeres encerradas en el Callao eran las que más activamente conspiraban. Los soldados del general Salom llegaban de noche hasta ponerse a tiro de fusil y gritaban:

— A Lima, muchachas, que la patria engorda y da colores, — palabras que eran una apetitosa promesa para las pobres hijas de Eva, a quienes el hambre y la zozobra traían escuálidas y ojerosas.

V

A pesar de los frecuentes fusilamientos no desaparecía el germen de sedición, y vino día en que almas del otro mundo se metieron a revolucionarias. ¡No sabían las pobrecitas que D. Ramón Rodil era hombre para habérselas tiesas con el purgatorio entero!

Fué el caso que una mañana encontraron privados de sentido y echando espumarajos por la boca a dos centinelas de un bastión o lienzo de muralla fronterizo a Bellavista. Eran los tales dos gallegos crudos, mozos de letras gordas y de poca sindérisis, tan brutos como valientes, capaces de derribar a un toro de una puñada en el testuz y de clavarle una bala en el hueso palomo al mismísimo gallo de la Pasión; pero los infelices eran hombres de su época, es decir, supersticiosos y fanáticos hasta dejarlo de sobra.

Vueltos en sí, declaró uno de ellos que a la hora en que Pedro negó al Maestro se le apareció como vomitado por la tierra un franciscano con la capucha calada, y que con aquella voz gangosa que diz que se estila en el otro barrio le preguntó: "¡Hermanito! ¿Pasó la monja?"

El otro soldado declaró, sobre poco más o menos, que a él se le había aparecido una mujer con hábito de monja clarisa y díchole: "¡Hermanito! ¿Pasó el fraile?"

Ambos añadieron que no estando acostumbrados a hablar con gente de la otra vida, se ol-

vidaron de la consigna y de dar el quién vive, porque la carne se les volvió de gallina, se les erizó el cabello, se les atravesó la palabra en el galillo y cayeron redondos como troncos.

D. Ramón Rodil para curarlos de espanto les mandó aplicar carrera de baquetas.

El castellano del Real Felipe, que no tragaba ruedas de molino ni se asustaba con duendes ni demonios coronados, dióse a cavilar en los fantasmas, y entre ceja y ceja se le encajó la idea de que aquello trascendía de a legua a embuchado revolucionario. Y tal maña dióse y a tales expedientes recurrió, que ocho días después sacó en claro que fraile y monja no eran sino conspiradores de carne y hueso que se valían del disfraz para acercarse a la muralla y entablar por medio de una cuerda cambio de cartas con los patriotas.

Era la del alba, cuando Rodil en persona ponía bajo sombra en la casamata del castillo una docena de sospechosos y a la vez mandaba fusilar al fraile y a la monja, dándoles el hábito por mortaja.

Aunque a contar de ese día no han vuelto fantasmas a peregrinar o correr aventuras por las murallas del hoy casi destruído Real Felipe, no por eso el pueblo, dado siempre a lo sobrenatural y maravilloso, deja de creer a pie juntillas que el fraile y la monja vinieron al Callao en tren directo y desde el país de las calaveras, por solo el placer de dar un susto mayúsculo al par de tagarotes que hacían centinela en el bastión del castillo.

EL CLARIN DE CANTERAC

(A Lastenia Larriva de Llona)

Recio batallar el de las caballerías patriotas y realista en Junín.

Un solo pistoletazo (que en Junín no se gastó más pólvora), y media hora de esgrimir lanza y sable. Combate de centauros más qué de hombres.

Canterac, seguido de su clarín de órdenes, recorría el campo, y el clarín tocaba incesantemente *a degüello.*

Ese clarín parecía tener el don de la ubicuidad. Se le oía resonar en todas partes: era como la simbólica trompeta del juicio final. "A la izquierda, a la derecha, en el centro, a retaguardia, siempre el clarín. Mientras él resonara no era posible la victoria. El clarín español, él solo, mantenía indeciso el éxito." (*Capella Toledo*)

Necochea y Miller enviaron algunas mitades en direcciones diversas, sin más encargo que el de hacer enmudecer ese maldecido clarín.

Empeño inútil. El fatídico clarín resonaba sin descanso, y sus ecos eran cada vez más siniestros para la caballería patriota, en cuyas filas empezaba a cundir el desorden.

Necochea, acribillado de heridas, caía del caballo diciendo al capitán Herrán (después general y presidente de Colombia):

— Capitán, déjeme morir; pero acalle antes ese clarín.

La caballería realista ganaba terreno; y un sargento, Soto (limeño que murió en 1882 en la clase de comandante), tomaba prisionero a Necochea, poniéndolo a la grupa de su corcel.

Puede escribirse que la derrota estaba consumada. El sol de los incas se eclipsaba y la estrella de Bolívar palidecía.

De pronto cesó de oirse el atronador, el mágico clarín. ¿Qué había pasado?

Un escuadrón peruano de reciente formación, *recluta* digámoslo así, al que por su impericia había dejado el general relegado, carga bizarramente por un flanco y por retaguardia a los engreídos vencedores, y el combate se restablece. Los derrotados se rehacen y vuelven con brío sobre los escuadrones españoles.

El general Necochea se reincorpora.

—¡Victoria por la patria¡ — dice al pelotón de soldados realistas que lo conducían prisionero.

—¡Victoria por el rey! — contesta el sargento Soto.

—¡No! — insiste el bravo argentino. — Ya no se oye el clarín de Canterac, están ustedes derrotados.

Y así era en efecto. La tornadiza victoria se declaraba por el Perú, y Necochea era rescatado.

— Vivan los húsares de Colombia! — gritaba un jefe aproximándose a Bolívar.

—¡La pin...pinela! — contestó el Libertador, que había presenciado los incidentes todos del combate. — ¡Vivan los húsares del Perú!

El capitán Herrán había logrado tomar prisionero al infatigable clarín de Canterac, y en el mismo campo de batalla lo presentaba rendido al general Necochea. Este, irritado aún con el

recuerdo de las recientes peripecias o exasperado por el dolor de las heridas, dijo lacónicamente:

—Que lo fusilen....

—General..... — observó Herrán interrumpiéndolo.

—O que se meta fraile — añadió Necochea, como completando la frase.

— Mi general, me haré fraile — contestó precipitadamente el prisionero.

—¿Me empeñas tu palabra? — insistió Necochea.

—La empeño, mi general.

—Pues estás en libertad haz de tu capa un sayo.

Terminada la guerra de independencia, el clarín de Canterac vistió en Bogotá el hábito de fraile en el convento de San Diego.

La historia lo conoce con el nombre de *el padre Tena.*

LOS RATONES DE FRAY MARTIN

Y comieron en un plato.
perro, pericote y gato.

Con este pareado termina una relación de virtudes y milagros que en hoja impresa circuló en Lima, allá por los años de 1840, con motivo de celebrarse en nuestra culta y religiosa capital las solemnes fiestas de beatificación de fray Martín de Porres.

Nació este santo varón en Lima el 9 de diciembre de 1579, y fué hijo natural del español

D. Juan de Porres, caballero de Alcántara, en una esclava panameña. Muy niño Martincito, llevólo su padre a Guayaquil, donde en una escuela, cuyo dómine hacía mucho uso de la cáscara de novillo, aprendió a leer y escribir. Dos o tres años más tarde, su padre regresó con él a Lima y púsolo a aprender el socorrido oficio de barbero y sangrador, en la tienda de un rapista de la calle de Malambo.

Mal se avino Martín con la navaja y la lanceta, si bien salió diestro en su manejo, y optando por la carrera de santo, que en esos tiempos era una profesión como otra cualquiera, vistió a los veintiún años de edad el hábito de lego o donado en el convento de Santo Domingo, donde murió el 3 de noviembre de 1639 en olor de santidad.

Nuestro paisano Martín de Porres en vida y después de muerto, hizo milagros por mayor. Hacía milagros con la facilidad con que otros hacen versos. Uno de sus biógrafos (no recuerdo si es el padre Manrique o el médico Valdez) dice que el prior de los dominicos tuvo que prohibirle que siguiera milagreando (dispénsenme el verbo). Y para probar cuán arraigado estaba en el siervo de Dios el espíritu de obediencia, refiere que en momentos de pasar fray Martín frente a un andamio, cayóse un albañil desde ocho o diez varas de altura, y que nuestro lego lo detuvo a medio camino gritando: "Espere un rato, hermanito." Y el albañil se mantuvo en el aire, hasta que regresó fray Martín con la superior licencia.

¿Buenazo el milagrito, eh? Pues donde hay bueno hay mejor.

Ordenó el prior al portentoso donado que comprase para consumo de la enfermería un pan

de azúcar. Quizá no le dió el dinero preciso para proveerse de la blanca y refinada, y presentósele fray Martín trayendo un pan de azúcar moscabada.

—¿No tiene ojos, hermano? — díjole el superior. — ¿No ha visto que por lo *prieta,* más parece chancaca que azúcar?

—No se incomode su paternidad — contestó con cachaza el enfermero. — Con lavar ahora mismo el pan de azúcar se remedia todo.

Y sin dar tiempo a que el prior le arguyese, metió en el agua de la pila el pan de azúcar, sacándolo blanco y seco.

¡Ea!, no me hagan reir, que tengo partido un labio.

Creer o reventar. Pero conste que yo no le pongo al lector puñal al pecho para que crea. La libertad ha de ser libre, como dijo un periodista de mi tierra. Y aquí noto que habiéndome propuesto sólo hablar de los ratones, sujetos a la jurisdicción de fray Martín, el santo se me estaba yendo al cielo. Punto con el introito y al grano, digo, a los ratones.

Fray Martín de Porres tuvo especial predilección por los pericotes, incómodos huéspedes que nos vinieron casi junto con la conquista, pues hasta el año de 1552 no fueron esos animalejos conocidos en el Perú. Llegaron de España en uno de los buques que con cargamento de bacalao envió a nuestros puertos un D. Gutierre, obispo de Palencia. Nuestros indios bautizaron a los ratones con el nombre de *hucuchas,* esto es, salidos del mar.

En los tiempos barberiles de Martín, un pericote era todavía casi una curiosidad; pues relativamente la familia ratonesca principiaba a mul-

tiplicar. Quiza desde entonces encariñóse por los roedores; y viendo en ellos una obra del Señor, es de presumir que diría, estableciendo comparación entre su persona y la de esos chiquitines seres, lo que dijo un poeta:

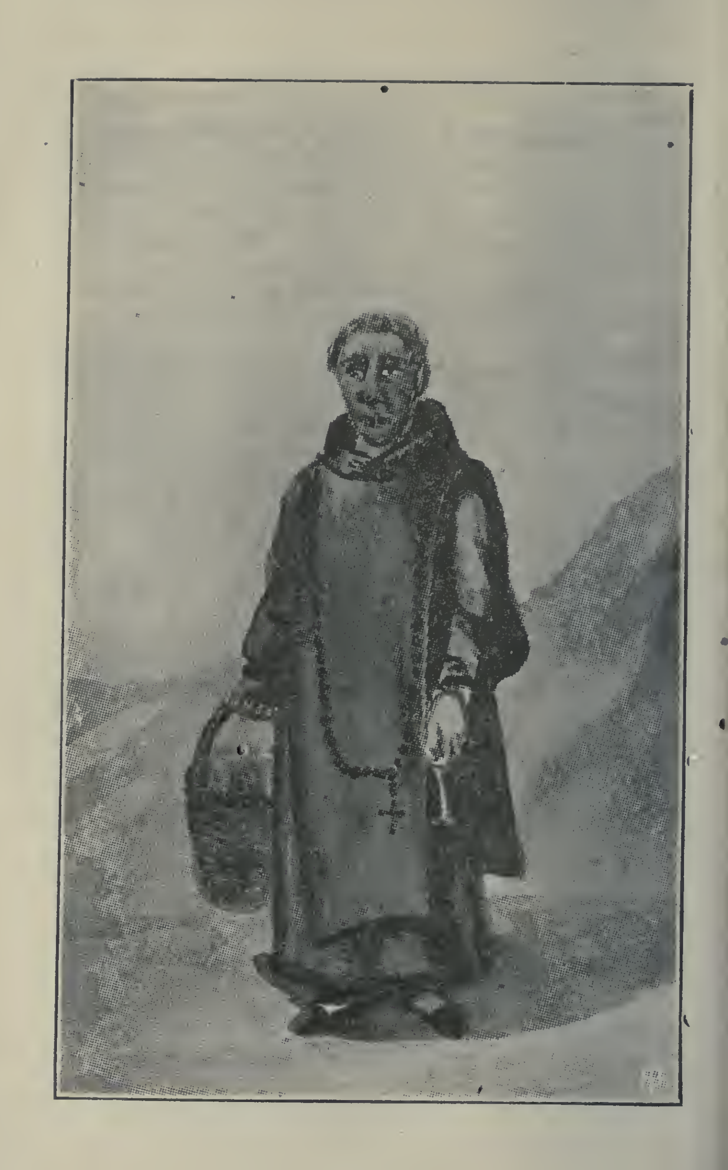
El mismo tiempo malgastó en mí Dios
que en hacer un ratón, o a lo más dos.

Cuando ya nuestro lego desempeñaba en el convento las funciones de enfermero, los ratones campaban, como moros sin señor, en celdas, cocina y refectorio. Los gatos, que se conocieron en el Perú desde 1537, andaban escasos en la ciudad. Comprobada noticia histórica es la de que los primeros gatos fueron traídos por Montenegro, soldado español, quien vendió uno, en el Cuzco y en seiscientos pesos, a D. Diego de Almagro el Viejo.

Aburridos los frailes con la invasión de roedores, inventaron diversas trampas para cazarlos, lo que rarísima vez lograban. Fray Martín puso también en la enfermería una ratonera, y un ratonzuelo bisoño, atraído por el tufillo del queso, se dejó atrapar en ella. Libertólo el lego y colocándolo en la palma de la mano, le dijo:

— Váyase, hermanito, y diga a sus compañeros que no sean molestos ni nocivos en las celdas; que se vayan a vivir en la huerta, y que yo cuidaré de llevarles alimento cada día.

El embajador cumplió con la embajada, y desde ese momento la ratonil muchitanga abandonó claustros y se trasladó a la huerta. Por supuesto que fray Martín los visitó todas la mañanas, llevando un cesto de desperdicios o provisiones, y que los pericotes acudían como llamados con campanilla.



Mantenía e nsu celda nuestro buen lego un perro y un gato, y había logrado que ambos animales viviesen en fraternal concordia. Y tanto que comían juntos en la misma escudilla o plato. Mirábalos una tarde comer en sana paz, cuando de pronto el perro gruñó y encrespóse el gato. Era que un ratón, atraído por el olorcillo de la vianda, había osado asomar el hocico fuera de su agujero. Descubriólo fray Martín, y volviéndose hacia perro y gato les dijo:

— Cálmense, criaturas del Señor, cálmense.

Acercóse en seguida al agujero del muro y dijo:

— Salga sin cuidado, hermano pericote. Paréceme que tiene necesidad de comer; apropíncuese, que no le harán daño.

Y dirigiéndose a los otros dos animales, añadió:

— Vaya, hijos, denle siempre un lugarcito al convidado, que Dios da para los tres.

Y el ratón, sin hacerse de rogar, aceptó el convite, y desde ese día comió en amor y compaña con perro y gato.

Y... y... y.... ¿Pajarito sin cola? ¡Mamola!

UN GENERAL DE ANTAÑO

(*Al amabilísimo gaucho Juan M. Espora*)

El mariscal de campo D. Jerónimo Valdés, nacido en 1784 en un pueblo de Asturias, abandonó la carrera de jurista, en la que había obtenido ya el grado de bachiller, para afiliarse entre los

buenos españoles que lucharon contra la invasión napoleónica. En 1816 llegó al Perú, en compañía del que más tarde fué virrey La Serna; y aquí ponemos punto, remitiendo al lector que quiera tener más noticias del personaje al extenso artículo biográfico que Mendiburu le dedica en el tomo VIII de su interesante Diccionario. Valdés murió en Oviedo (España) en 1855. Heme propuesto sólo dar a conocer tres historietas que prueban la sobriedad del militar, la caballerosidad del compañero de armas y el respeto por la dignidad de la clase que se inviste.

I

D. Juan José Larrea era en 1823 un jovencito de la primera aristocracia del Cuzco, como si dijéramos uno de esos *alfeñiques* limeños de nuestros días, tan áticamente retratados por Abelardo Gamarra, a quien el virrey La Serna expidió despacho de alférez, que en clase inferior no podía principiar quien era deudo de condes, marqueses y caballeros de Santiago, Alcántara y Calatrava. En aquellos tiempos hasta las mujeres investían clase militar y se llamaban la generala, la brigadiera, la coronela, la comandante y la capitana, que a tenientes y alféreces no se acordaba real licencia para contraer matrimonio. En cuanto a los mamones, según la clase militar del padre, nacía el primogénito con el título de alférez o de cadete, y en casos dados, no sólo con el título, sino hasta con la paga. No era mala *mamandurria*.

Para Larrea y su familia, la milicia tenía ante todo el atractivo del relumbrón en el uniforme. Imaginábanse que un joven de sangre azul, rico y buen mozo, tenía, con sólo estas dotes, más

de lo preciso para llegar en un par de añitos a general, por lo menos, o a virrey del Perú.

Cuando sonó la hora en que nuestro alférez tuviera que ir a incorporarse en el regimiento a que se le destinara, la familia, que había empleado ocho días en preparativos, lo acompañó, en crecida cabalgata, hasta dos o tres leguas fuera de la ciudad.

El mimado niño llevaba un cincho con sesenta onzas de oro para sus gastos menudos, y un equipaje de príncipe en cuatro mulas cargadas con baúles de ropa, vajilla de plata cendrada, cama almofrej y provisiones de boca, amén de dos criados para su servicio... ¡La mar y sus adherentes!

Haciendo jornadas de canónigo llegó al tercer día, ya entrada la noche, al tambo de Zurite, donde en un cuarto grande, que servía de salón, comedor y dormitorio, envuelto en su capote y sobre el santo suelo reposaba un huésped.

Mientras uno de los criados condimentaba en la cocina un sabroso *chupe* de huevos y papas amarillas, el otro colocaba en una esquina del cuarto la cama almofrej, con sábanas de holanda y colcha bordada de damasco filipino. En seguida armó una mesita de campaña que en el equipaje venía, tendió sobre ella finísimo mantel, puso cubiertos y copas de plata, abrió cajas de conservas, alineó botellas de excelentes vinos, y cuando el cocinero se presentó con su contingente, avisaron al *amito* que la cena lo esperaba.

Larrea gustaba mucho de la sociedad, y lamentándose de tener que imitar a los cartujos en lo de comer sin chistar, fijóse en el huésped que roncaba como fuelle de órgano.

—¡Ea, camarada, levántese y hágame el favor de comer conmigo!

Pero el huésped no despertaba, y Larrea, tocándolo con la punta del pie, repitió la invitación. El viajero se esperezó, miró sonriendo al acicalado oficialito, y levàntándose dijo:

— Acepto el convite. Así como así, no me vendrá mal regalar el estómago con vianda como la que humea en esa mesa.

Larrea, que era locuaz y expansivo, entre bocado y copa puso a su convidado al corriente de quien era. El huésped le daba cuerda, sin que el joven se preocupase de averiguar la condición y nombre de su compañero de cena. Al fin sacó éste un tosco reloj de plata, y viendo que eran las diez dijo:

— Muchas gracias por su magnífica cena, amiguito, y que en salud se nos convierta. Ahora buenas noches y a dormir, que quien viaja a madrugar está obligado.

Con el alba el huésped se acercó a la cama almofrej, y removiendo a Larrea le dijo:

— Señor oficial, arriba, y que no se peguen las sábanas al cuerpo. Bébase una taza de te con unas gotas de ron y .... ¡a caballo!, que juntos hemos de hacer las jornadas que faltan para reunirnos con el ejército. Y en pago de la buena cena con que me obsequió anoche, voy a darle un consejo que le será de gran provecho. Despida criados, mande a su casa la vajilla de plata, no tenga más ropa que la puesta y la que en el maletín quepa, aprenda a dormir sobre el suelo a falta de mejor cama, y resígnese a ayunar, que la vida de la milicia no es de regalo como la de los frailes.

— ¿Y me hace usted, señor mío — preguntó algo amoscado el jovencito, — el favor de decirme quién es para creerse autorizado a dar consejo que no se le ha pedido?

—¡Hombre! No hay que tomar el ascua por donde quema — contestó con cachaza el otro. — Por mí desbarránquese usted si quiere, que ya he cumplido con darle una lección que a mí me ha enseñado la experiencia. Soy el general Valdés.

El flamante oficial dió un brinco que ni el de una pulga, y con razón. ¡El, él, que había creído habérselas con un honrado comerciante en lanas o pobre diablo por el estilo; él, que había tenido la llaneza de aplicarle un puntapié para despertarlo, encontrarse frente a frente nada menos que con el prestigioso general Valdés!

Y que Larrea siguió sin vacilar el sano consejo, lo prueba el que en 1838, esto es, en quince años de vida militar, llegó a general de la República y a ministro de Estado bajo la administración Santa Cruz.

II

Si los carpinteros, sastres, zapateros y demás artesanos de mi tierra fueran gente de escarmentar en cabeza ajena, a fe que no sería sermón perdido lo que voy a contar. Esto de que contratemos con un menestral obra para día fijo, y que nos burle y deje en la estacada, es para hacer tirar los treinta dineros, y ahorcarse o cometer una barrabasada al mismísimo Job, que fué el padre maestro de la cachaza.

Conversaba yo, allá en mis mocedades, con un alto personaje que figuró mucho en la guerra de independencia y después en la civil, persona cuyo nombre no hay para qué echar a luz, y éste me dijo un día:

—"Es incuestionable, amigo mío, que no hay mal que para bien no sea, como lo prueba Voltaire en su *Optimismo,* ni chispa de cohete que

no baste para incendiar una ciudad. ¿Por qué, contrariando a mi aristocrática familia, toda realista empecinada, tomé yo servicio en las filas patriotas, desertando de la bandera a que había jurado lealtad? Por la informalidad de un sastre, y nada más. Era yo capitán en uno de los batallones de la división que mandaba el general Valdés. La oficialidad de mi cuerpo, en su mayoría estaba compuesta de jóvenes pertenecientes a familias acaudaladas del país, lo que nos permitía vestir lujosos uniformes. Nos hallábamos acantonados en una de las principales ciudades del Sur, y tratábase de un próximo baile con que la buena sociedad se proponía agasajar al virrey. Mi coronel me designó entre los oficiales del cuerpo que debían concurrir, designación que acogí con entusiasmo porque, joven y galante, traía entre manos una aventurilla con lindísima muchacha. El baile exigía gasto de nuevo uniforme, echéme a buscar sastre, y dije al que me recomendaron como el mejor y más cumplidor:

—"Maestro, ¿para cuándo podría usted hacer un dormán con brandeburgos?

—"Para dentro de cinco o seis días mi capitán.

—"Que no sean seis días, que sean ocho; pero empéñeme usted palabra de hombre, y no de sastre, de que en el octavo día me entregará la obra.

—"Empeñada, mi capitán. Cuente usted con ella.

"Y para más comprometerlo, le aboné por adelantado la mitad del precio.

"Y concluyó el octavo día, y faltaban dos para el baile, y el maldecido sastre no daba acuerdo de su persona. Después de mucho buscarlo di con él, y me salió con que la obra estaba ya al re-

matarse, que sus ayudantes eran unos tunos informales, que él había estado enfermo y sin poder agitarlos, y patatín y patatán, las disculpas todas de reglamento entre los de su oficio; pero que me fuese tranquilo, porque antes dejaría de salir el sol, que él de llevarme la prenda el día del baile.

—"Mire usted, maestro, que me desgracio si usted me engaña. Si dan las ocho de la noche de ese día y no me ha cumplido usted su promesa, vengo y le planto un balazo.

—"Qué mi capitán tan bufón!

—"Ya verá usted, maestro, que si usted no cumple con su promesa yo nunca dejo de cumplir las que hago.

"Y llegó el día del baile, y mandé veinte veces a mi asistente a la tienda y siempre sin fruto, por que el maestro no parecía ni vivo ni muerto; y sonaron las ocho, y desesperado me puse una pistola al cinto y me encaminé a la sastrería.

"En una de las calles estaba a la puerta de una casita un hombre galanteando a una mozuela. Era mi hombre.

—"Sígame, maestro — le dije, dirigiéndome a una plazuela vecina.

"Y después de algunos minutos me detuve, preguntándole:

—"Por qué me ha engañado usted?

—"Ah, mi capitán, usted me dispense!.... No puede uno contar con los oficiales, que son unos borrachos perdidos.

—"¿Y por qué me empeñó usted su palabra?

—"¿Qué hacer, patroncito? Promesa de sastre no siempre se cumple...., porque no siempre se puede.

—"Pues yo, maestro, ofrecí a usted un balazo, y cumplo. ¡Pun!"

"Y a boca de jarro descargué mi pistola sobre el insolente, que cayó cuan largo era.

"Con la natural sobrexcitación de espíritu que usted se imaginará, proseguí mi camino sin atinar a adoptar un partido. Quiso la Providencia que encontrara al general Valdés, que con un ayudante se dirigía al baile.

"El general me había tratado siempre con personal deferencia, y esta circunstancia me alentó para detenerlo y hacerle, sin omitir pormenor alguno, la confidencia del crimen que acababa de cometer. Valdés me escuchó sin interrumpirme, y cuando hube terminado me dijo con acento casi paternal:

—¿Esta revelación la ha hecho usted a Jerónimo Valdés, y no al general Valdés. El caballero y el amigo le aconsejan a usted que huya sin pérdida de minuto, antes de que el general Valdés sepa oficialmente el lance, y cumpliendo con su deber lo someta a un consejo de guerra. Sálvese usted, capitán, y que Dios le guíe.

Y en esa noche fugué de la ciudad, y anduve errante, hasta que circunstancias que no son del caso me llevaron a incorporarme en el ejército patriota.

"En cuanto al pícaro sastre, estuvo entre la vida y la muerte, alcanzando al fin restablecerse. El hecho es que si no hubiese existido sobre la tierra sastre mentiroso y farsante, no sería yo hoy uno de los vencedores en Ayacucho ni, por supuesto general de la República con opción a la presidencia, que es, como usted sabe, el ascenso inmediato y legítimo para los que lucimos entorchados y pala roja en las charreteras".

III

Después de la batalla de Zepita, en que Valdés tuvo que replegarse sobre Pomata, donde encontró una división de refuerzo, tomó la ofensiva sobre el ejército de Santa Cruz, forzando a éste a una retirada desastrosa, pues sufrió en ella la dispersión de gran parte de su tropa.

Sucre, con una pequeña división, acababa de llegar a Arequipa, donde recibió la noticia del contraste. Súpolo Valdés, y a marchas forzadas se encaminó a la ciudad del Misti.

En Arequipa, como en el Cuzco, el partido realista estaba por entonces en mayoría. El general colombiano tuvo aviso de la aproximación de Valdés cuando éste se encontraba ya a dos o tres leguas de distancia, y no era prudente esperar en población cuyo vecindario era hostil la llegada de un enemigo superior en número. Ordenó, pues, Sucre que la división abandonase en el acto Arequipa, dirigiéndose a la caleta de Quilca, donde se embarcaría para el Callao.

El último en abandonar la ciudad fué Sucre con su Estado Mayor y una pequeña escolta de lanceros, e hízolo en momentos en que llegaba a Arequipa la descubierta o vanguardia realista, recibida con vítores por el pueblo.

Al pasar Sucre bajo los balcones de una señora, doña María del Rosario Ofelan, goda hasta la médula de los huesos, ésta le gritó arrojando a la calle una cuerda:

—¡Zambillo Sucre, ahí te mando esa soga para que te ahorques!

El futuro Gran Mariscal de Ayacucho detuvo su caballo, mandó a su asistente recoger la

cuerda, y saludando con el sombrero a la realista dama, le contestó:

—Gracias, señora, por su fineza.

Un negro, esclavo de doña María, que estaba en la puerta de la calle, cogió una piedra y la lanzó certeramente sobre el pecho del general, que continuó su marcha, sin serle posible castigar el ultraje, porque a tres cuadras de distancia se veían ya las banderolas de la caballería enemiga.

En posesión de Arequipa, dispuso Valdés que, para reemplazar sus bajas, se reclutase gente del pueblo, y el esclavo de la señora Ofelan fué de los primeros levados. Súpolo el ama y se encaminó a la casa del general español.

Recibióla Valdés con exquisita cortesía impúsose del empeño que la traía, y le contestó:

—Será usted complacida, señora mía — y llamando a un soldado, añadió: — que venga en el acto un ayudante.

Mientras éste llegaba, doña María del Rosario, haciendo ostentación de su realismo, refirió a Valdés la escena de la cuerda y la pedrada.

—¡Hola! ¿Tan godo era ese negro? — murmuró Valdés. — Me alegro de saberlo. Bueno, señora: mis ayudantes andan ahora ocupadísimos en el desempeño de comisiones muy urgentes, y es probable que ninguno se encuentre cerca de aquí. Puede usted retirarse y volver a las ocho de la mañana, que palabra le empeño de entregarle en esa hora a su esclavo.

La señora fué puntual a la cita, el general la brindó el brazo y la condujo a un cuartel, donde le presentó el cadáver del negro, fusilado un cuarto de hora antes.

—¡Cómo, general, muerto mi negro! — exclamó la Ofelan.

— Muerto, sí, señora, muerto. Si usted se hubiera limitado — continuó Valdés — a pedirme su libertad, se la habría otorgado en el acto, como estuve llano a hacerlo; pero usted misma me contó después que su negro intentó asesinar al general Sucre, que es tan general como yo, aunque militemos en distinta bandera, y yo no he aprendido a perdonar cobardes asesinos. Lo que hizo ayer con Sucre lo haría mañana conmigo. He cumplido a usted mi palabra de entregarle a su negro, y puede llevárselo, que bien castigado va para no repetir la insolencia que con un general tuvo.

¡Dios mío! ¿Habrás roto el molde en que hiciste hombres tan caballerescos como D. Jerónimo Valdés?

LEON DE HOYOS

Yo recojo lo que fué mío, donde lo encuentro.

Eso me pasa hoy con un cuentecillo que en *La Opinión Nacional,* diario político de Lima, ha publicado su ilustrado director, sólo que, valgan verdades y dicho sea sin falsa modestia, mi cuento, como relato, aparece mejorado. Declaro que el fondo es mío; pero la forma del relato es ajena. — Tiene la palabra el periodista amable.

Muchos de nuestros contemporáneos recordarán el febril entusiasmo que, allá por los años de 1862 a 1863, hubo en nuestros centros sociales y políticos con motivo de la intervención europea en Méjico.

Cada plazuela era una asamblea, cada concurrente un orador, cada poeta un Tirteo.

Especialmente en el teatro, hasta las señoritas pagaban tributo de americanismo, pues se las exigía que cantasen estrofas del himno nacional.

—¡El palco número 10! — gritaba algún mozalvete, y el público todo clamoreaba.

Y no había tu tía. Supiera o no supiera modular notas, cantaba una de las niñas del palco.

Felizmente apareció un redentor.

Entre los artistas vocales inprovisados, descolló uno de poderosa voz de bajo, y engreído con ella, no desperdiciaba ocasión de lucirla.

Era un caballero, a quien conocimos y que se llamaba D. León de Hoyos.

Y verdaderamente que honraba el nombre. Sabía rugir.

Pues bien; compadecido de los apuros en que la exigencia del público ponía a las niñas, se hacía solicitar él y pasaba el chubasco.

Pero llegó a encariñarse tanto con su amabilidad, que pretendió el monopolio absoluto.

—¡La del palco número 21! — apuntaban algunas voces.

— Sacaré la cara por ella — decía Hoyos, y nos endilgaba la estrofa:

"Largo tiempo el peruano oprimido
la ominosa cadena arrastró....," etc.

— Las del palco número 15!

— Sacaré la cara por ellas — y soltaba esta estrofa:

"Ya el estruendo de broncas cadenas," etc.

—¡La del número 9!

— Sacaré la cara por ella — y nos aguantábamos aquello de

"Por doquier San Martín inflamado," etc.

Hasta que un chusco, nada menos que el festivo poeta Juan Vicente Camacho, aprovechando de una pausa, gritó con toda la fuerza de sus, por entonces, robustos pulmones.

"Salimos del León de Iberia:
¿no saldremos del León de Hoyos?"

¡Tapón!

DE GALLO A GALLO

(*Historia de dos improvisaciones*)

Entre el doctor don José Joaquín de Larriva y el presbítero Echegaray existía, por los años de 1828, constante cambio de bromas en verso. Ambos eran limeños, poetas festivos y, aunque sacerdotes, de costumbres nada edificantes.

Con menos culto público que hubiera tributado a Venus y con un poco más de consecuencia política, Larriva habría alcanzado, por su talento y erudición, a ocupar los más altos puestos del Estado. Con la misma pluma con que escribiera, en 1807, el elogio universitario de Abascal; en 1812, el discurso contra los insurgentes del Alto-Perú; en 1816, el elogio del virrey Pezuela; y en

1819, la oración fúnebre por los prisioneros realistas en la Punta de San Luis, producciones todas de subido mérito literario; con esa misma pluma, repetimos, escribió, en 1824, el sermón por los patriotas que murieron en la batalla de Junín; el elogio académico de Bolívar, en 1826; el bellísimo artículo crítico titulado *El Fusilico*, en que puso al Libertador como ropa de pascua, y la tan popular letrilla

Sucre, en el año veintiocho,
irse a su tierra promete...
¡cómo permitiera Dios
que se fuera el veintisiete!

Hasta 1820, juzgándolo por sus escritos, fué Larriva más monarquista y godo que el rey Wamba; y desde 1824 a 1826 más republicano y bolivarista que Bolívar. Después fué, en política, todo lo que Dios quiso permitirle que fuera. Siempre oportunista o partidario del sol que alumbra.

Un día hace frío
y otro hace calor....
¡qué tiempo, Dios mío,
tan jeringador!

Muy ventajosa idea del risueño poeta tendrá que formarse todo el que lea la parte que llegó a publicar de su poema *La Angulada*, y sus preciosas fábulas *La Araña* y *El Mono y los gatos*. Musa verdaderamente traviesa inspiraba al poeta que escribía, como el mismo nos lo dice,

en el silencio de la noche, cuando,
tosiendo y rebuznando,
los hombres y borricos
tienen en movimiento los hocicos.

Como periodista no está Larriva a la altura de su mérito como orador. En 1821 publicó varios números del *Nuevo Depositario;* y, en 1825, la *Nueva Depositaria,* papeluchos que, aunque chistosos, no tuvieron significación política ni social. Ambos fueron hacinamientos de injurias personales contra don Gaspar Rico y Angulo, periodista español de revesado estilo. No faltó quien echase en cara a nuestro paisano el que malgastara su tiempo ocupándose tan *tesoneramente* de un pobre diablo. Pero Larriva contestó:
—"Cada vez que se me dirige este reproche, me
" quiero desbautizar. ¡Gran empeño de la laya!
" Yo no escribo para todos, y si se me apura no
" escribo para nadie sino para mi solo; porque
" me agrada ver mis escritos en letras de molde.
" A nadie le pongo puñal sobre el pecho para que
" compre y lea el *Depositario.* ¿Qué cuenta tiene
" nadie con que yo *gaste mi tiempo* en lo que me
" diera la gana? ¿Yo gasto el tiempo de otro? ¿No
" es mío el que gasto? Si yo, para escribir, pidiese
" prestada una noche a zutano, un día a perensejo,
" y a mengano una semana, entonces sí que ten-
" dríanfundamento para hablar; pero, gracias a
" Dios que puedo dar una vuelta en redondo, sin
" que nadie me señale con el dedo y diga que le
" debo ni un minuto." (1).

Graciosa es la defensa; mas no por ella merece Larriva puesto culminante en el periodismo del Perú.

---

(1).—En 1872, es decir, años después de publicado este artículo, coleccionó Odriozola, en el tomo II de sus *Documentos literarios,* las principales producciones de Larriva.

El presbítero Echegaray era, como hemos dicho, un clérigo libertino; pero justo es también consignar que, si en la mocedad dió no flojo escándalo, fué en la vejez austero sacerdote.

De sus producciones literarias sólo nos son conocidas algunas fáciles y graciosas letrillas, impresas en los listines de toros: y entre las composiciones místicas, que escribió en los últimos años de su vida, es muy notable un soneto que existe en una pared del convento de los padres Descalzos.

Tertulios del café de Bodegones eran Larriva y Echegaray. El primero padecía de reumatismo en una pierna, dolencia que le había conquistado el apodo de *cojo;* y el segundo era de una gordura fenomenal, por lo que el pueblo lo bautizó con el nombre de *tinaja*..

En el frecuente tiroteo de chanzas entre los dos poetas decía *el cojo Larriva* que Echegaray era

Juicio final con patas;
nido de garrapatas;
envoltorio estupendo;
tambora de retreta y sin remiendo;
demonio vil injerto en papagayo
que viste largo sayo;
judío de Levante
que lleva el pujavante
para cortar los callos a Lonjino,
su padre y su padrino.

El adversario no tenía necesidad de ir a Roma por la respuesta y, entre otras bromas, ensartaba estos pareados:

Cállese usted, cojete;
cojo y recojo, cojo con bonete;
cojo con muletilla;

cojo y cojín con sudadero y silla;
cojo dequiem-eterna
que se desencuaderna;
palitroque cojito;
muleta de costilla de mosquito;
mísero monigote,
cojo desde los pies hasta el cogote.

Pero ya es tiempo de entrar en la historia de las dos improvisaciones, historia a la que ha servido de *introibo* todo el largo párrafo hasta aquí escrito.

Una noche charlábase sobre política, manjar de gente ociosa, entre los tertulios del café de Bodegones. Larriva había volteado la casaca y dejado de ser bolivarista. No se acordaba ya de que dos años antes, en 1826, había dicho en el discurso universitario, que ni con los ojos de la imaginación quería ver a Bolívar lejos del Perú, que la Fama necesitaba de clarín nuevo para ensalzar a un héroe tan grande como Alejandro, César y demás capitanes de la antigüedad, y pongo punto a las demás exageraciones lisongeras. Ahora decía Larriva

El tal don Simón
nunca ha sido santo
de mi devoción.

¡Desmemoriado poeta! A esa época de su vida pertenecen también estos popularísimos versos, que los peruanos repetimos siempre:

Cuando de España lastrabas
en Ayacucho rompimos,
otra cosa más no hicimos
que cambiar mocos por babas.

Mudamos de condición;
pero fué sólo pasando
del poder de Don Fernando
al poder de Don Simón.

No había por aquel tiempo hombre ilustrado que, en la conversación familiar, y como entre col y col lechuga, no soltase un latinajo. No sabemos a propósito de qué objeción que, sobre sucesos o partidos políticos, hizo Echegaray, contestó Larriva: — Puede que así sea. El *Potest* ni los teólogos lo rechazan. *Nihil dificile est* — y levantándose de la silla se dispuso a salir del café.

Echegaray lo detuvo, largándole a quemarropa este trabucazo:

Si *nihil dificile est,*
según tu lengua relata,
enderézate esa pata
que la llevas al revés.

Una salva de palmadas acogió la feliz redondilla. Larriva tomó vuelo, se terció el manteo, y poniendo la mano sobre el hombro de su rival en Apolo, contestó al pelo:

Cuando Dios hizo esta alhaja,
tan ancha de vientre y lomo,
no dijo: — *faciamus homo* —
sino: — *faciamus tinaja.*

No menos ruidosos aplausos obtuvo la improvisación de Larriva que los tributados a la de Echegaray.

¿En cuál de las dos improvisaciones hay mayor mérito? Decídalo el lector. De mí sé decir que no doy preferencia a la una sobre la otra. La lucha fué de bueno a bueno, de potencia a potencia, de gallo a gallo.

DISCURSO A SAENZ PEÑA

(*En la Biblioteca de Lima*)

Señor general:

La junta directiva del Centro Liberal de Arequipa ha querido sacarme del detraimiento social en que vivo desde hace dos años, encomendándome honrosísima misión cerca de vuestra persona tan ardorosamente amada por los que, abrigando lo que se llama la memoria del corazón, nunca olvidaremos que, en las horas de cruento batallar, vinisteis, impulsado por altruistas y generosas expansiones de americanismo, a compartir de nuestros laureles bélicos, como en la reñida acción de Tarapacá, y de nuestras ensangretadas hojas de ciprés, como en la eminencia del morro, de Arica. Con vuestra espada alcanzásteis a conquistaros bien ganado derecho a la gratitud nacional; pero aun algo tenemos que pretender y esperar, no del soldado valeroso y abnegado que nos ofrendó hasta su existencia, como gloriosa herida lo comprueba, sino del intelectual doctrinario que en el periódico, en la tribuna y en el libro, ha sido propagandista infatigable de los bellos ideales de libertad para la conciencia, de ilustración para el pueblo y de justicia para todos, grandes y pequeños, ideales sin cuyo triunfo y afianzamiento nuestras jóvenes democracias seguirán siendo como hasta hoy, democracias de oropel y de mentira.

Doctor Sáenz Peña: yo he encontrado siempre en vuestra palabra tribunicia, como en vuestras exaltaciones de polemista, un caudal de pensamientos grandiosos que se imponen y subyugan, porque son manifestaciones expontáneas de un espíritu honrado, más que expresión atildada y robusta de la frase literaria, que brotó sólo de un cerebro cultivado. Sois un poeta que no rima, es cierto; pero vuestra enérgica al par que galana prosa se graba en la memoria con la magia de los buenos versos. Las habreis acaso olvidado con el trascurso de ocho años; pero aun perduran en mi recuerdo frases vuestras, en soberbio discurso que pronunciásteis en medio de universal aplauso. Excuse vuestra modestia que las repita: — "La conquista es ley del bruto e ignominia del hombre, es el bandolerismo de las naciones, el asalto a la soberanía, un despojo sin proceso, un crimen sin juez: la fuerza no hace doctrina, ni la gendarmería funda derechos." — Eso queremos de vos los liberales, que peleéis siempre la buena batalla de la idea, y que sigáis prestigiándonos, con vuestra palabra y con vuestra pluma, en lucha que ya va siendo secular. Los mismos principios por los que habéis abogado en vuestra patria, son los que defenderéis patrocinando el credo que sustentaron en el Perú los liberales de la generación que se va hundiendo en las sombras del pasado, credo que la juventud de hoy mantiene también con fe incontrastable y con vivísimo entusiasmo.

Los liberales de Arequipa han honrado mis canas, y acaso la perseverancia en mis convicciones, confiándome el encargo gratísimo de poner en vuestras manos el modesto homenaje de su gratitud al noble compañero de Bolognesi en la épica tragedia de Arica, de su afecto al mantene-

dor de redentores principios, y de su admiración al autor de las tan brillantes como discretas páginas del libro DERECHO PUBLICO AMERICANO.

Diciembre de 1905.

NO EN MIS DIAS

Mujer, no me quieras tanto
o quiéreme con talento.

Bretón de los Herreros.

¡Por Dios, señores del *Imparcial!* ¿Qué daño he inferido a ustedes para que con su idea inconveniente de coronación me expongan a cosechar desazones, y, sobre todo, ridículo? ¡Bonita está la Magdalena para tafetanes! ¡Buenos están los tiempos para coronaciones de parroquia!

Yo blasono de no ser modesto, pues en uno de mis libros he estampado que la modestia es tartufismo de la vanidad. Pero mi inmodestia no llega hasta el punto de agradecer a ustedes que hayan puesto mi nombre en la picota con su apasionada iniciativa. El afecto que me dispensan los ha extraviado.

Yo combatí la coronación de mi queridísimo amigo y compañero Luis Cisneros, iniciada por José Santos Chocano y Juan Francisco Pazos, porque no deseaba para tan meritorio e ilustre poe-

ta una coronación de campanario sino nacional; esto es, iniciada por todas o la mayoría de las municipalidades de la república. Así fueron, en España, las coronaciones de Quintana y de Zorrilla. Eso sí revistió seriedad.

¿Y yo, que me opuse a la de mi inolvidable Luis, habría de contradecirme ahora porque se trataba de mi valetudinaria persona? No mojen, que no hay quien planche, amigos míos.

Buenos están los tiempos de pobreza franciscana que vivimos y de barullópolis política en la que apenas si hay hombre con hombre, para que las municipalidades perdieran tiempo en cosas frívolas halagadoras de la vanidad individual!!

No, amigos míos. Déjense ustedes de candideces, como gráficamente dicen los criollos de mi tierra. Risible es que, en país todavía de analfabetos, nos pirremos por imitar a naciones más cultas y avanzadas.

Como mi tirano el doctor Velásquez no me permite emborronar papel, dejé pasar sin varapalo aquello de los juegos florales, que tanto tuvieron de florales como yo de fraile camandulense. Bonitas frases encontró en su fantasía Morales de la Torre, en mantenedor, pero que nos venían tan a pelo, en Lima, como una bombarda en un altar mayor. Mi compañero don Eugenio, que es gallo de espolones recios, apenas si batió el ala sin revelar más que condescendencia y no fervor por los tales jueguitos. Menos malo, pues siquiera sirvieron de pretexto para enaltecer y alentar a un notabilísimo poeta como el jóven José Gálvez en quien admiro y aplaudo altísimas dotes literarias.

Uno de los inteligentes y simpáticos jóvenes del *Imparcial* me pidió una copia fotográfica de

mi estampa. Creyendo que se trataba sólo de reproducirla con las de los otros dos caballeros designados para el Comité de que ha de encargarse de honrar los restos del sabio Barranca, lo autoricé para que pidiese una tarjeta a mis hijas, lo que ciertamente no habría autorizado a sospechar que aparecería encabezando el editorial coronativo.

Yo soy viejo que ama mucho a la juventud intelectual, y que se siente complacido y hasta orgulloso con las reiteradas manifestaciones de cordial afecto que ésta le prodiga. Pero les ruego que, más que con el corazón, me quieran con la cabeza.

Mi amigo el general La Puerta, hablando de su retraimiento, decía: — Quiero ver cuantos años dura un general bien cuidado. — A mi vez, yo digo: — Quiero ver, sobre los veintiseis años que llevo en el sillón de bibliotecario, cuantos meses o años más, consigo vivir sin contrariedades, pues lo sería, y grande para mí, el que ustedes persistieran en su inconveniente propósito. Lo estimo en mucho, pero no lo acepto.

Muy de ustedes atento servidor.

RICARDO PALMA.

Por noble empeño de los habitantes de Miraflores se ha erigido en la alameda de la poética villa un busto de don Ricardo Palma. Para que fueran grabados en el pedestal, escribió el poeta nacional José Gálvez los siguientes, inspiradísimos versos:

DON RICARDO PALMA

Con su varita mágica despertó del pasado
oidores y virreyes, tapadas y guerreros,
dando vida a la muerte sus manos milagrosas;
abrió a nuestras miradas un inmenso Dorado,
nuestro sombrío cielo tachonó de luceros
y añadió a las coronas de Lima, una de rosas...

Curvado por la gloria, paseó en esta avenida
aquel patriarca mago su ancianidad gloriosa,
aquel que a nuestra historia diera vida con su alma;
y aunque los tiempos pasen y cambie nuestra vida,
ha de triunfar perenne, como una enseña airosa,
el nombre evocativo de DON RICARDO PALMA.

José Gálvez.



RECHAZO DE CORONACION

Mi hijo Clemente al que, acaso por leyes de atavismo, trae obsesionado la manía de entintar la pluma para echar luego a los cuatro vientos sus lucubraciones, principiaba su artículo del sábado último con esta frase: — Ni Dios ni los imbéciles retroceden. — Tengo para mí que el concepto, que reviste condiciones de aforismo, ha llegado hasta él truncado, o que maliciosamente lo truncó. Lo que escribiera literalmente, hace más de cuatro siglos, el arcipreste de Hita, fué: — Ni Dios, ni los ríos, ni los ignorantes, vuelven atrás.

Para mí, ni tanto de allá ni tan poco de acá: — ni de Dios ni de imbécil. Quédome en el medio, esto es, en la condición de río, y hasta, para que no me llamen pretensioso, en la de riachuelo.

Viene esto a cuento, para ratificar mi firme decisión de no admitir la afectuosa iniciativa del señor concejal don Federico Benza, caballero a quien no tengo la satisfacción de conocer personalmente, pero a cuya benevolencia y simpatía viviré siempre reconocido. Persisto en declararme riachuelo que no vuelve atrás.

Y a las diversas y fundadas razones que expuse hará veinte días en un articulejo para negarme a aceptar la gloriosa corona, que ya para mí empieza a ser de espinas, agrego lo expuesto por un señor concejal en la sesión del sábado. Después de darme su señoría la dedada de miel de llamar-

me literato de reputación universal, declaró que no debía gravarse al tesoro municipal con los gastos que ocasionaría la fiesta, cuando por falta de fondos hay servicios que no se atienden, y que a lo sumo, se me podría obsequiar una medallita de oro por el Honorable Concejo. Tiene razón que le sobra el señor concejal, y yo no quiero cargar con el remordimiento de haber ocasionado la bancarrota del municipio de mi tierra.

En eso de *enmedallarme* habría mucho de ripioso. Sépase el por qué. — Allá por los años de 1876, y cuando la Academia Española sólo había concedido a cinco peruanos el diploma académico, tuvo a bien la docta corporación investirme con tal honra. Mis antecesores fueron don Felipe Pardo y Aliaga, general don Manuel I. de Vivanco, don Pedro Tordoya, obispo de Tiberiópolis, don Manuel Pardo y general don Manuel de Mendiburu. Era, por entonces, no solo en las nuestras sino en las demás repúblicas tan *rara avis* un académico, que poco faltó para que con repiques de campanas se celebrase en Lima mi nombramiento. Los municipales jóvenes, de los que hoy sólo existe el doctor Colunga, obtuvieron que, por unanimidad, se me acordase una medalla, que recibí con sincero agradecimiento por mi ciudad natal a la que ellos representaban. Una medalla más sería hoy un derroche y una redundancia. Además las medallitas municipales son prendas que hoy andan bobas en el mercado y que se dan a roso y belloso.

Háganme el favor de dejarme tranquilo en mi retraimiento, y no me hablen mas del, para mí, enojoso tema.

El amor a la gloria es la noble aspiración a que la posteridad diga de nosotros: — por aquí pa-

só un hombre que pudo, quiso y supo cumplir con su deber. — Vale la pena de esforzarse toda una vida para llenar unos pocos renglones en el diccionario enciclopédico, ha dicho un camarada mío.

Renunciar a la coronación de farándula, no es renunciar a que la posteridad me honre si encuentra que lo he merecido. En febrero de 1933, si aún mis TRADICIONES se leen y si aún mi forma literaria tiene devotos, será correcto y justiciero que se honre mi centenario con alguna manifestación social: y si para entonces mi labor bibliotecaria de más de un cuarto de siglo ha fructificado, eríjanme un busto en el patio de la Biblioteca y cúbranlo con más toneladas de flores que las que desde ayer están lloviendo en España sobre los soldados que regresan de cumplir en Melilla el deber para con la patria.

Yo no quiero presenciar, en el breve tiempo de existencia que me queda, que, con el pretexto de una coronación caprichosa, se me vuelva a discutir y a empequeñecer como lo hizo un ministro de Estado.

Déjenme tranquilo acariciar el sueño de una justicia póstuma, y no me pongan en la picota con una coronación tan discutible como la proyectada.

Diciembre de 1909.

DISCURSO A LOS ESTUDIANTES AMERICANOS

(*En el Centro Universitario.*)

Señores universitarios del Perú:

Vuestra delicada atención al arrancarme de mi modesto retiro para hacerme respirar el aura de vuestro afecto juvenil conmueve profundamente mi alma. Y es más hermosa vuestra expresión de afecto para con el anciano tradicionista, porque habeis alcanzado a asociar en esta gentileza a vuestros hermanos, los jóvenes estudiantes de la América Latina, juzgando con razón que si, en el orden intelectual, soy vuestro abuelo, algo abuelo de ellos también, pues en la infancia leyeron, a guisa de cuentos, algunas de mis hoy rancias consejas. Para ellos y para vosotros el más ferviente y agradecido abrazo de mis ochenta años de labro, de luchas, de amarguras y de triunfo. Si, de triunfo; porque es un triunfo, el más halagador y hermoso, haber alcanzado, por la perseverancia en mi tarea literaria y ciudadana, este crepúsculo de afecto y de respeto, que viene a envolver mis canas con efluvios simpáticos antes de que descienda sobre mí la noche eterna.

Con infinito, inexpresable orgullo, recibo el album que me ofrendais, mis jóvenes amigos, y con el que me habeis querido significar vuestra

solidaridad conmigo en esa hora ingrata en que fué profanada mi obra de cerca de treinta años en pró de la cultura nacional. Habéis querido hacer testigos y aun partícipes de vuestra nobleza reparadora a vuestros hermanos de América: — Este es, les habéis dicho, ese viejo escribidor de narraciones que habéis oido narrar a los hombres de la generación que ya desaparece. Este es el rimador o poeta cuyos versos conocéis, más que por sus libros, por lectura en los periódicos.

Recibo este album con gratitud fervorosa. En él habéis querido dejar con vuestras rúbricas, una palpitación simpática de veneración a mis años y de complacencia por mi labor. Esta significativa actuación de hoy vibrará constantemente en mi espíritu con todos los prestigios de una fiesta triunfal, en la que vuestros expontáneos arranques de generosidad desplegaron los estandartes de esta América que tanto amo y a la que he consagrado mis esfuerzos de escritor. Gracias, infinitas gracias, amigos míos. Mi palabra fatigada no alcanza a expresar toda la emoción del alma por el agasajo que con tanta delicadeza ofrecéis al anciano hombre de letras.

Vosotros, estudiantes argentinos, llevad en mi nombre un saludo al poeta Carlos Guido Spano, mi compañero de ancianidad, asi como a vuestro presidente Sáenz Peña, mi noble amigo, a Estanislao Zeballos, a Pedro Arata, a Pastor y Rafael Obligado mis constantes corresponsales, y a los literatos que hoy enaltecen con sus producciones a la gran patria de Juan María Gutierrez, de Miguel Cané, de Hilario Ascasubi, de Faustino Sarmiento y de Bartolomé Mitre.

Jóvenes delegados de Chile y del Brasil: En vuestras patrias pasé gratas horas de mi mocedad

lejana en comunión espiritual con vuestros más grandes escritores del siglo XIX, Eusebio Lillo, Diego Barros, Benjamín Vicuña Mackena, los hermanos Amunátegui, Guillermo Matta, los Arteaga Alemparte, Eduardo de la Barra, Victorino Lastarria, Blest Gana, Zorobabel Rodríguez, Domingo Santa María y una pléyade de mis contemporáneos que duermen ya el sueño misterioso.

A vosotros, representantes del Brasil, cúmpleme pediros el servicio de que depositéis una hoja de laurel sobre el monumento que vuestra patria ha erigido a la memoria del poeta Gonzálvez Díaz, con quien me ligara, pocos meses antes de su fallecimiento, cordialísima amistad. Y si queréis, señores delegados, extremar vuestra benevolencia, poned en mi nombre una hoja de ciprés sobre el sepulcro de Quintino Bocayuva, a a quien traté en Río Janeiro en 1864, ha casi medio siglo, y que, corriendo los años, me favoreciera con su afectuosa correspondencia y con obsequio de libros para la Biblioteca de Lima.

Y vosotros, los delegados uruguayos, expresad a Zorrilla de San Martín, el ínclito cantor de TABARE y mi simpático compañero en el congreso de americanistas de la Rábida, así como al egregio Enrique Rodó y demás poetas y escritores, mi sincero aprecio por la cultura de vuestros literatos.

A vosotros, los delegados de la juventud estudiosa de la patria de Olmedo, tócame deciros que son imperecederos mi afecto y admiración por mis amigos personales Juan Montalvo, Pedro Carbo, Luis Cordero y Carlos Tobar.

Para mí, señores delegados de Bolivia, no cabe hacer distinciones entre vuestros literatos y los de mi país. Cuando hablo de Manuel Vicente

Ballivián, de José Carrasco, de Diez de Medina, de O'Connor d'Arlacho, de Lino Romero, paréceme estar hablando de los de casa. Tened la amabilidad de comunicarles mi efusivo recuerdo.

Entre el Perú y Centro América, patria del ilustre Irrisarri, hubo siempre escasez de relaciones, motivada por la condición geográfica. Os ruego, señores delegados, trasmitir mi más cariñoso recuerdo a Rubén Darío, a Batres y a Francisco Gavidia.

Para con los escritores de la patria de Andrés Bello, la heroica Venezuela, es también muy sincera mi admiración. El inspirado poeta Abigail Lozano, el genial Juan Vicente Camacho y el laborioso Arístides Rojas me favorecieron siempre con afectuosa correspondencia. Y entre mis amigos del presente, cuento al notabilísimo historiador Francisco González Guiñán y al ameno crítico Gonzalo Picón Febres. Tened la amabilidad, señores delegados, de trasmitirles, así como a los literatos de la nueva generación, mi efusivo saludo.

El Paraguay vivió, durante los tiempos coloniales, íntimamente ligado al virreinato de Lima. El trágico fin de Antequera conmovió a ambas colectividades y cuando aquel pueblo se independizó de España, arraigaron sus afinidades con nosotros. Los nombres de Manuel Domínguez, de Baez, de Silvano Mosqueira, del ex-presidente Gondra y de otros nos son familiares como cultivadores de las letras. Os pido, señores delegados del Paraguay, que les comuniquéis mis cariñosos conceptos.

La patria del más melodioso y delicado poeta de América, José Joaquín Palma, ha venido tambien a tomar participación en este grandioso certámen de las universidades americanas. Ruego a

los dignos delegados de Cuba que trasmitan mi más intenso saludo a mis amigos Rafael Montoro, Manuel Sanguily, Bonifacio Byrne, Manuel Pichardo, Aurelia Castillo de González y Lola R. de Tió.

Recientemente incorporada en el concierto de las naciones, la república de Panamá es ahora cuando nace a la vida literaria, por mucho que en las letras colombianas figuren con brillo nombres como el de mi amigo Arosemena. Hago votos porque el porvenir reserve para la república panameña estrella de primera magnitud.

Señores del Centro Universitario: De este día fausto con que me habéis obsequiado, día que yo y mis hijos señalaremos en la memoria con la piedrecilla más blanca de la gratitud, me llevo un album como testimonio tangible de la nobleza de vuestras almas, y el afecto vuestro, que yo ambicionaba poseer no es fantástico ensueño de literato, sino una realidad hermosa. El orador que en nombre de la juventud de mi patria me ofrendó este album quiere que el viejo tradicionista os bendiga; y vosotros todos tenéis la mejor bendición en vuestro cerebro, nutrido de ideales y en vuestro corazón, pletórico de voluntad para las buenas obras. Hago votos los mas calurosos y sinceros porque así como hoy sois jóvenes, abiertos a todas las generosidades y grandezas, conservéis para mañana, cuando seais hombres y ancianos, el alma jóven y altiva.

Gracias, infinitas gracias, mis buenos amigos. No encuentro otra forma de corresponder a vuestra cariñosa manifestación que enviar un beso a la frente pura de vuestras madres, de vuestras novias, de vuestras hermanas, ya que mis manos temblorosas no pueden vencer la incapa-

cidad de los años para cortar flores de mi jardín y ofrendárselas en un ramo.

He dicho.

31 de Julio de 1912.

CABELLOS BLANCOS

No los arranques, no los ultrajes,
pálidas flores de invierno son;
acaso, acaso les prestan savia
latidos últimos del corazón.
Para las tumbas, joven, respeto;
para las canas, veneración;
que toda cana flor es que brota
sobre el sepulcro de una ilusión.

PROSA RIMADA

Lógica de la Historia

A Pedro Santacilia, en Méjico.

No es crimen de un sólo hombre jamás la tiranía;
prodúcela de muchos la abyecta cobardía.
Materias descompuestas vida a gusanos dan;
en pueblos decadentes, tiranos brotarán.
La peste es el castigo del fango material:
castigo es el tirano a corrupción social.
Un pueblo sin virtudes de sí propio es verdugo:
es pueblo, como el toro, nacido para el yugo.
Ser demócrata y déspota es ser un Dios ateo:
la capa del apóstol no encubra al fariseo.
Virtud en la epidermis y vicios en el fondo;
no es pueblo el que no habla alto, el que no siente hondo.
Aniquilar prejuicios, matar el tartufismo
es salvar al mañana de hundirse en el abismo.
Para arrasar del crimen tiránico el cimiento
la dinamita pérfida no es sólido argumento.
¡A un César nuevo César! El crimen no se borra
al criminal matando o hundiendo en la mazmorra.
¡Humanidad, labora! La fuerza nada crea:
la redención es obra tan sólo de la idea.
¡Sí! ¡Bien están los déspotas en pueblos donde están!
Llenaron misión lógica Atila y Gengiskán.

A UN ENVIDIOSO

El reptil que se arrastra jadeante
jamás alcanzar puede a las alturas.
Si enano te hizo Dios ¿por qué gigante
¡imbécil! te figuras?
No has de crecer un geme
porque hasta tí, lunar de los lunares,
la talla rebajares
del que tu baba ponzoñosa teme.
Sigue, cobarde; el mérito destroza,
de barro ensucia todo lo eminente
y seméjate al cerdo pestilente
que sobre el mármol de las tumbas hoza,
¿Tienes talento? Exhíbelo altanero
para que el mundo su sanción te preste:
el talento ignorado vale un cero,
de talentos inéditos hay peste.
El mérito se impone y aún se aclama,
mal que le pese al envidioso anhelo:
caben todos los nombres en la fama
como todos los astros en el cielo.

CARTA DE PESAME

Miraflores, 25 de Junio de 1913.

Señor Doctor Don *Joaquín Capelo*

Presidente del partido Demócrata.

Mi viejo y querido amigo:

Sírvase expresar al comité directivo del Partido Demócrata, la íntima tristeza que embarga mi espíritu por la muerte del genial estadista y amigo, personal y político mío, durante casi cincuenta años. Muy pocos de los que hace medio siglo admiramos los albores de la genialidad de don Nicolás de Piérola, quedamos en pie. La ausencia eterna de quien fué la cumbre de una generación nos acongoja hondamente a los que, en el llano, contemplamos su excelsitud.

Hubiera querido ir a Lima para recibir el abrazo de despedida del noble camarada y viejo amigo y decirle: — Adios, no ¡Hasta muy pronto — pero el quebranto de mi salud me priva de fuerzas para llevar el cuerpo a donde el afecto del espíritu quisiera conducirlo. La imposibilidad física me ha obligado a acompañar con el alma enternecida el doloroso final de una vida tan egregia. En la penumbra de mis añoranzas melancólicas,

he contemplado, desde la ventana de mi retiro, la puesta del sol.

Quiera usted expresar, amigo mío, a la venerable viuda, a don Carlos de Piérola y a los hijos del gran hombre que acaba de entrar en la vida del apoteosis y de la inmortalidad, mis íntimos sentimientos de dolor y rogarles que acepten la excusa de mi ancianidad achacosa.

Siempre muy de usted

RICARDO PALMA.

¡ADELANTE!

¿A dónde vas? Tu destino,
humanidad, está escrito.....!
El libro del Infinito
lo encierra, lo sabe Dios!
El te guía, y nuevas glorias
para tu constancia crea,
y va espléndida la idea
de nuevos triunfos en pos.

Ayer del genio el pensamiento osado
expiraba en sus labios aún naciente;
mas la imprenta lució....! De gente en gente,
al trasmitirlo, lo tornó inmortal.
Y cruzó luego en el espacio gayo
la eléctrica cadena que conduce
la palabra del hombre, como rayo
o chispa divinal.

¡Tú avanzas! No ya con burlas
oirás las quejas del pobre....
de vil y dorado cobre
no eres, civilización!
Pronto no alzarás altares,
ciñendo corona verde,
al que se revuelca y pierde
en el fango y la abyección.

A una generación desventurada
otra vendrá que lave su impudicia,
y con ella el derecho y la justicia....
¿quién tu carro detiene, humanidad?
¡Dolorosa verdad! los pueblos tienen
su purificación en el martirio,
y al fin, lozana como hermoso lirio,
se alza la libertad.

¡Marcha! aparta los estorbos
en tu senda de progreso;
no te abrume con su peso
del pasado la impiedad;
y tu enseña clava altiva
en la meta del camino....
¡Avanzar es tu destino!
¡Adelante, humanidad!

VENECIA

(A Carlos Augusto Salaverry)

Heme aquí, peregrino de la América,
mirando audaz lo que Venecia fué;
y al cruzar su canales en la góndola
un cementerio me parece ver.

¡Venecia! Yo de tu pasado espléndido
quiero el recuerdo plácido evocar,
poderosa y feliz en la república,
grande y feliz bajo el poder ducal.

Mas doquier torno mis pupilas ávidas
marcas de esclavitud hallo en tu sién;
eres tan sólo ya glorioso túmulo,
como lo es Tiro y lo es Jerusalem.

Tu carnaval fantástico y tus máscaras
no turban de San Marcos al león
que, prisionero en su dorada cúpula,
duerme el sueño fatal de la abyección.

¡Oh! quién dijera al contemplarte, mísera,
que bajo el cielo que te cubre fué
donde colores encontraron mágicos
Schiavone, el Ticiano, el Veronés.

¡Pobre Venecia! Así dicen,
allá en el Lido tus hijos,
cuando en baja voz maldicen
llorando duelos prolijos.
Y esclavos tus gondoleros
cruzan tus traquilas olas,
sin entonar placenteros
barcarolas.

De enero en las noches gratas
no oyes, bajo tus balcones,
de plácidas serenatas
las amorosas canciones,
que pesando vil cadena
sobre la patria infelice
mal con sus dolores dice
la amorosa cantilena.

¡Pobre Venecia! El austriaco
besa audaz a tus doncellas
y entrando en el Rialto a saco
sembró del terror las huellas;
pero odian la tiranía
siempre tus hijos leales,
y aguzan en noche umbría
sus pañales.

¡Gondoleros! Vuestro canto
sea un canto de venganza!
Que, al llorar, en vuestro llanto
tenga aún vida la esperanza!
Ante el Austria que os desprecia
protestad, nobles y bravos,
que los hijos de Venecia
no nacieron para esclavos.

¡Venecia! ¡Polonia! ¡Hungría
hermanas que, entre cadenas,
miráis despuntar del día
las alboradas serenas;
el Austria y el moscovita
han hecho sucios girones,
vuestra libertad bendita,
vuestra vida de naciones.

Del Adriático azulado
un tiempo reina y señora;
tú que contemplas ahora
tu altivo pendón trozado
¿por qué, por qué desesperas?
ten fe, se acerca el mañana
en que a ser tornes lo que eras,
¡italiana!

CONSEJO DE VIEJO

Para el número del 1º *de Enero de* 1913 *de la revista bonaerense "Caras y Caretas".*

¿Te casaste? Pues, hijo, a lo hecho pecho
y que te haga el casorio buen provecho;
y para que el demonio
no alcance a perturbar tu matrimonio,
atente a mi consejo,
pues más que el diablo sabe todo viejo,
que la vejez es ciencia y experiencia
y para ella no hay grave emergencia.
Para que hagas feliz a tu costilla
basta sólo una cosa muy sencilla,
y es que el señor marido o gerifalte
cuide de que en su casa nunca falte
(pues la falta sería macuquina)
fuego en el corazón... ni en la cocina.

UNA VISITA AL MARISCAL SANTA CRUZ

(*Reminiscencias históricas.*)

En mi larga vida de octogenario, háme cabido la suerte de conocer y tratar a muchos prominentes personajes de Europa y América. Los nombres de Garibaldi, Lamartine, Alejandro Dumas (padre), Longfellow, Zorrilla, Campoamor, Cánovas del Castillo, Canalejas, Emilio Castelar, Núñez de Arce, Valera, Menéndez Pelayo, Sarmiento, Mitre, Juan María Gutiérrez, Mármol, Ascasubi, Julio Arboleda, Andrés Bello, Páez el legendario, Porfirio Diaz, García Moreno, Manuel Montt, Vicuña Mackenna, Sáenz Peña y muchísimos más evocan en mí gratos recuerdos de admiración entusiasta o personal afecto.

En mi tierra, cuya vida republicana he vivido casi íntegra, (pues nací nueve años después de la batalla de Ayacucho) puedo decir que no ha habido personalidad a la cual no me haya ligado vínculo estrecho o relación superficial. Desde 1852 en que, siendo presidente el general Echenique, entré a servir en la escuadra de mi patria como oficial del cuerpo político, he visto (y muy de cerca a alguno de ellos) a todos los mandatarios del Perú. Y si de la existencia laboriosa y luchadora del hombre, me remonto a los tan lejanos días de la niñez traviesa, veo perfilarse

entre las brumas del recuerdo las históricas siluetas de aquel don Manuel Menéndez (el Chancaquero), que ya viejo y apartado de la política, vivía en mi barrio, y me acariciaba paternalmente las mejillas al encontrarme por las tardes, de regreso de la escuela, camino de mi casa; la de aquel don Justo Figuerola que, oyendo desde su cama el vocerío de una poblada, exigiéndole la entrega de la insignia del mando supremo, llamó a su hija política y la dijo:

— Mira, Catita en el pimer cajón de mi cómoda está la banda; tírasela a esos que vociferan al pie del balcón, y diles de mi parte que se vayan.... a paseo — orden que fué cumplida al pie de la letra y acojida con aplausos; del general Gamarra, a quien vi aclamado en la plaza de Lima un año antes de su muerte en la batalla de Ingavi; de los generales Vivanco, Vidal y Torrico y del general Santa Cruz que, derrotado y fugitivo, oyó de mis labios infantiles el último "viva" que se le dió en tierra peruana y que acaso le pareció la voz la justiciera de la posteridad rindiendo tributo a sus sólidas cualidades de administrador y estadista, a la firmeza de sus convicciones y a su visión certera del porvenir de estas democracias. La obra imparcial del tiempo y el estudio sereno de la historia colocarán muy en alto la figura prócer del general Santa Cruz, de quien apunto a la ligera breves noticias biográficas, antes de pasar a los recuerdos personales, que, cediendo a amistoso e ineludible compromiso, y pese a justificada desconfianza en mis gastadísimas fuerzas, escribe hoy para la *Prensa* mi pluma mohosa.

II

Don Andrés Santa Cruz nació en 1794 del matrimonio de la cacica de Guarina doña Francisca Calaumana, descendiente de los incas del Perú, y del corregidor del mismo pueblo don Andrés Santa Cruz, hijo de padres españoles enriquecidos en la industria minera.

Cuando en 1811 principiaron a agitarse los ánimos en pró de la Independencia, tomó nuestro jóven, que a la sazón contaba diecisiete años de edad, servicio en las tropas realistas que mandaba el general Goyeneche, en la clase de teniente de un escuadrón de caballería, cayendo prisionero el flamante oficial, que, a poco, fugó de la prisión, asilándose en Buenos Aires de donde regresó por Río de Janeiro. Vuelto a Bolivia, continuó combatiendo a favor de España, hasta que tomó servicio en la división del general O'Reilly a la que venció Arenales en el Cerro de Pasco en Diciembre de 1820. Por causa de esta derrota, se suicidó el general O'Reilly.

Fué entonces cuando Santa Cruz se incorporó a las filas patriotas, reconociéndole San Martín la clase de coronel que le había sido acordada por los realistas de Bolivia. Dos años después, la gran victoria de Pichincha vino a poner sólida base a la reputación y prestigio de Santa Cruz que fué ascendido a general.

Encargado de la presidencia del Perú el mariscal Riva Agüero, lo secundó inteligentemente en sus trabajos de organización Santa Cruz, a quien, en premio de sus servicios, se envió al sur, al mando de una expedición libertadora, la cual fué

al cabo vencida por las fuerzas unidas del virrey La Serna y de los generales Valdés y Olañeta.

Bolívar, a quien Santa Cruz inspirara tanta estimación y afecto como antes a San Martín y Riva Agüero, lo nombró jefe de estado mayor general, y con este carácter firmó el parte oficial de la batalla de Junín; y al ausentarse de Lima el Libertador en dos ocasiones sucesivas, la una para visitar Bolivia y la otra para dirigirse a Colombia dejó encargado del poder a un consejo de gobierno presidido por Santa Cruz.

Al subir a la presidencia del Perú el general La Mar, alejó del país a Santa Cruz con el honroso pretexto de una plenipotencia en Chile, puesto que dejó para asumir, por renuncia de Sucre, el de mandatario de su patria en 1828.

El regreso del general Santa Cruz a Bolivia causó en toda la república vivísimo entusiasmo que supo consolidar su acción de gobernante sagaz, empeñado en lograr la concordia entre sus conciudadanos, y de organizador experto, reformador de abusos y creador de adelantos.

En 1835 el general Orbogoso, presidente del Perú, llamó en su auxilio a Santa Cruz para dominar la revolución triunfadora del joven y bizarro general Salaverry, ídolo popular. Acudió Santa Cruz con numeroso ejército boliviano que, no sin esfuerzo, logró derrotar en la batalla de Socabaya al valeroso Salaverry, que fué fusilado en Arequipa en Febrero de 1836.

Pacificado el país, dedicóse Santa Cruz a convertir en realidad su gran ensueño político: la confederación perú-boliviana que, al contrario de la ideada por Bolívar, que sometía a estas dos naciones a la tutela colombiana, según la opinión de mi muy querido amigo el joven escritor José

de la Riva Agüero en su notabilísima tésis para el doctorado en Letras "La Historia en el Perú", hubiera logrado mantener el verdadero equilibrio de la América meridional, poniendo frente a las ambiciones de Chile, a la grandeza de la Argentina y el Brasil y a la posible alianza del Ecuador y Colombia, la unión de dos repúblicas, llamadas a ella no solo por las voces de la raza y de la historia, sino por razones de índole internacional y comercial.

Harto conocidas son las causas a que motivaron el fracaso de tan vasto plan: alarmado Chile por el peligro que veía en la federación de sus vecinos del norte, prestó decidido apoyo a caudillos peruanos tan prestigiosos como Gamarra, Castilla, Nieto y otros, enemigos jurados del Protector y de sus proyectos, y un ejército de 3000 soldados, mandado por el general Blanco Encalada invadió el sur del Perú. Santa Cruz derrotó a Blanco Encalada y lo obligó a firmar el tratado de Paurcapata. Este convenio fué desautorizado en Chile, y una segunda expedición de 6000 hombres, a las órdenes del general Bulnes, desembarcó en Ancón, derrotó a Orbegoso en la batalla de Guía (arrabal de Lima) y, continuando su marcha hacia el norte, a donde se había retirado Santa Cruz, lo derrotó, el 20 de Enero de 1839 en los campos de Yungay. Allí quedó sepultado el ideal político que durante algún tiempo interesó vivamente no solo la atención de la América republicana, sino también la de la Europa monárquica, pues el rey Felipe seguía con tal minuciosidad las incidencias de la campaña y manifestaba tanta deferencia a Santa Cruz que dió lugar a que se dijera que el gobierno de las Tullerías favorecía la causa de la Confederación



Santa Cruz se retiró a Quito donde publicó un manifiesto de tanta importancia política como la tienen, en el orden jurídico, sus famosos Códigos de legislación civil. Intentó más tarde, sin éxito, un movimiento revolucionario en Bolivia, fué confinado a Chile y al poco tiempo un gobierno amigo lo mandó a Europa donde residió largo tiempo y desempeñó en varias ocasiones, cargos diplomáticos. Murió en Francia en 1865, a los setenta y un años de edad.

III

En una mañana de primavera de 1864, a poco de mi llegada a París, me invitó el caballero argentino don Domingo Puch, con quien había cultivado en Lima íntimas relaciones, a hacer una visita al mariscal don Andrés Santa Cruz. Habitaba éste en Versalles un preciosísimo chalet, al que llegamos poco antes de las once. Nos recibió un niño, hijo del dueño de la casa, al cual he tenido la satisfacción de volver a ver en Lima no hace muchos años, invistiendo la clase de coronel boliviano, y que recordaba mi visita a su padre en Versalles.

Tras dos o tres minutos de espera, presentóse en el salón el gran mariscal Santa Cruz. Vestía sencillamente levita negra abrochada desde el cuello y alto corbatín.

— Bien venido, mi señor don Dionisio — dijo, dando una empuñada al visitante.

— Me he permitido traer y presentar a usted a este joven peruano, que se halla de tránsito en París, en viaje al Brasil, donde va a desempeñar un consulado.

— Vea usted, joven, si en algo puedo serle útil, y disponga como suya de esa su casa.

Y, tras breves minutos de conversación, pasamos al comedor, en el que también había asiento para un caballero, que ejercía funciones de secretario, para dos de los hijos del anfitrión y para un jovencito boliviano que servía de amanuense.

El almuerzo fué frugalísimo y sin fórmulas.

El mariscal principió preguntándome por el general Castilla (1) y comentó mi respuesta con estas concisas palabras:

—¡Ese hombre es un carácter!

Me pidió después noticias sobre varios compatriotas míos, algunos de ellos amigos y partidarios suyos, otros tenaces opositores de su política; y tanto al hablar de los unos como de los otros, se mantuvo en los límites de la más perfecta cortesía, sin dejar escapar una frase indiscreta ni una palabra reveladora de añejos rencores.

Mientras así charlábamos, buscaba yo la forma de abordar un tema de conversación que, desde el principio de mi visita, ardía en deseos de entablar, por fin dije, sin más requilorios:

—Quizás no es esta la primera vez que nos encontramos en el camino de la vida, señor mariscal.

—Pues yo aseguraría que sí, amigo mío, —replicó Santa Cruz sonriendo. Cuando salí de su tierra, estaría usted todavía en pañales.

—No, señor; iba a cumplir seis años cuando ocurrió el incidente a que me refiero y que dejó

(1).—Precisamente el general Castilla, proscrito por el presidente Pezet, estaba recién llegado a Europa, y la prensa parisiense discurría largamente sobre la personalidad del desterrado. Los dos mariscales no llegaron a verse. Cuando don Ramón fué a París, acababa de morir en Versalles Santa Cruz. (1865)

honda huella en mi espíritu infantil. Era en Enero de 1839 y se vivía en Lima entre agitaciones y zozobras. Una noche, poco después de las siete, se oyó en la tranquila calle del Rastro de San Francisco, donde habitaba mi familia galopar de caballos. Corrí al balcón, y en la penumbra de la calle, pobrísimamente alumbrada, alcancé a percibir un grupo de tres o cuatro ginetes; ocurrióseme que llevaban arreos militares, y sobreexcitada mi imaginación por los relatos que oía continuamente a mi padre, partidario decidido de la confederación, grite: ¡Viva Santa Cruz!" — Creí que la cabalgata se había detenido un punto; pero pronto se perdió en las tinieblas. Por averiguaciones posteriores, he llegado a pensar que no me equivoqué al lanzar mi exclamación.

— Realmente, era yo — exclamó don Andrés, que me había escuchado con gran atención. — Por cierto que puede usted jactarse de haberme causado tan grave susto que a poco más da al traste con mis planes. Había yo salido de Yungay hacía tres días, y, a revienta-caballo, llegué a Lima, donde aun se ignoraba por completo el resultado de la batalla. Al oir mi nombre, temí que me hubieran reconocido y pensé por un momento retroceder y salir de la ciudad; pero reaccioné inmediatamente y continué mi marcha hacia la casa de don Juan Bautista de Lavalle, en la calle de Melchormalo; (1) allí tomé un baño y algún alimento, y a las doce de la noche, cabalgué nuevamente y partí, rumbo al destierro. Vea usted como hoy, al cabo de cinco lustros, la evocación de

---

(1).—Esta casa señorial ha sido reconstruída y forma hoy el suntuoso edificio del banco del Perú y Londres.

un episodio pueril, me proporciona la satisfacción de conocer una ignorada simpatía.

La voz de mi amigo Puch, recordándome que se aproximaba la hora del tren para París, me obligó, a pesar mío, a interrumpir el diálogo, y a despedirme del pro hombre boliviano. Ya en la calle, viéndome silencioso y preocupado, me interrogó don Dionisio con curiosidad:

—¿Qué le ha parecido a usted el mariscal?

Y yo, repitiendo inconscientemente el concepto que a Santa Cruz mereciera nuestro gran don Ramón Castilla, exclamé convencido:

—¡Ese hombre es también un carácter!

Miraflores, (Lima) 15 de Octubre de 1914.

NOTA—El retrato que acompaña a esta tradición es, seguramente, el último del mariscal Santa Cruz. Mi amigo el doctor don Eleodoro Romero adquirió por casualidad una tarjeta fotográfica del mariscal, fechada en París en 1863; mandó hacer una ampliación para colocar en el salón principal de la facultad de Jurisprudencia la imágen del autor de los códigos de legislación civil, y a mí me obsequió esta copia para ilustrar estas reminiscencias.

ÍNDICE